CLEMENTE DE ALEJANDRÍA

PROTRÉPTICO

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

PROTRÉPTICO

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 199

CLEMENTE DE ALEJANDRÍA

PROTRÉPTICO

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
M.ª CONSOLACIÓN ISART HERNÁNDEZ



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de esta obra ha sido revisada por HELENA RAMOS.

Depósito Legal: M. 36457-1994.

ISBN 84-249-1668-9.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1994. — 6688.

INTRODUCCIÓN

En el siglo II d. C. la Iglesia ya no es una secta oscura, sino que se va imponiendo en todas partes. Son muchos los filósofos que, como Aristides, Justino, Taciano, Atenágoras, Hermias y Clemente, entre otros, han abrazado la fe cristiana y, aunque no todos comprenden que la sabiduría clásica pagana no tiene por qué ser incompatible con la nueva fe[1], al menos sí reconocen todos que no era necesario prescindir del amor a la sabiduría. El evangelio, pues, no se dirige desde ahora sólo a los incultos, sino que hay cristianos de clases elevadas que, acostumbrados a la filosofía, buscan en la nueva religión una enseñanza superior[2].

Los maestros cristianos, queriendo satisfacer estas necesidades, comienzan a unir ciencia y fe, acomodando su doctrina a las partes de verdad que van encontrando en la filosofía y ciencia griega. Será Clemente de Alejandría quien mejor se sirva de las ciencias humanas como preparación al estudio de la teología propiamente dicha, comprendiendo que la sabiduría resulta imprescindible para el cristianismo[3].

Característica principal de este siglo II es el ser una época de transición y, por lo tanto, bastante confusa, como lo demuestra la gran profusión de cultos mistéricos; unos desembocarán en el neoplatonismo y la mayoría darán lugar a infinidad de supersticiones[4]. Las creencias en la magia y los espíritus son prácticas en boga en esta época, y Platón[5] se convierte en la suprema autoridad religiosa del siglo, el punto de partida para poder entender la concepción teológica de la época helenístico-romana[6].

Clemente crece en este ambiente, no podemos olvidarlo, pues es un hombre profundamente marcado por esta herencia cultural. No son personales todas sus ideas, ni asimiló todos los elementos recibidos del medio-platonismo, estoicismo y las doctrinas de Filón, aunque, más que préstamos directos de autores determinados, lo que solemos encontrar en su obra son lugares comunes al sincretismo filosófico de la época, pues las doctrinas de Platón, Aristóteles, Zenón y Epicuro —rivales en otro tiempo—, apenas podían distinguirse ya en época imperial[7].

No conocemos más que un breve período de su vida, el comprendido entre el 180, cuando aproximadamente entra en Alejandría para seguir la enseñanza de Panteno en su escuela catequética, hasta el 202 ó 203, en que sale de ella huyendo de la persecución de Septimio Severo. De esta última etapa sólo sabemos que se refugió en Capadocia y que su muerte debió de ocurrir sobre el 215. Su persona ocupa un lugar de primer orden en el pensamiento cristiano, aunque, en nuestra opinión, no hasta el punto de considerarle, como E. de Faye, el creador de la teología[8], pues en este aspecto es muy inferior a su sucesor Orígenes.

Tampoco sabemos con seguridad el lugar y año exacto de su nacimiento, pero es probable que sucediera en Atenas a mediados del siglo II en el seno de una familia pagana[9]. Su educación tuvo que ser esmerada por el enorme bagaje cultural que manifiesta a lo largo de su producción, en especial sus conocimientos de la literatura y filosofía antiguas tan fuera de lo corriente. Es asombroso no sólo el número de reminiscencias y citas que aparecen en sus obras (tanto de textos cristianos como de casi todos los autores clásicos), sino también la naturalidad con que se entremezclan y, aunque no es posible que hubiera leído todas las obras que menciona, sí las más importantes, de modo que sigue siendo uno de nuestros más valiosos informadores respecto a textos desaparecidos. Dominaba, en general, muy bien a los clásicos y poseía un perfecto dominio de la obra platónica, la que continuamente citaba de memoria[10].

Es cierto que parte de su erudición era de segunda mano, pero, con todo, se le ha considerado el escritor más sabio de los primeros siglos del cristianismo, uno de los que tiene mayor gusto a la hora de citar a los clásicos[11] y el representante más acabado de la Escuela de Alejandría. Lo mismo encontramos citas del *A.T.* que tradición judeo-cristiana, cartas subapostólicas, escritos apócrifos, o resonancias helenísticas, filtradas en su mayoría a través de Filón. Todo ello indica que el ambiente que rodeaba a nuestro escritor debía de ser sumamente refinado, para que pudiera comprender la densa prosa de Clemente, pues sólo los dotados de una especial preparación bíblica, clásica y filosófica serían capaces de descubrir las referencias y alusiones continuas que aparecen en toda su obra.

Con todo, tenemos que señalar que, cuando Clemente no se dirige a un público con cierto nivel intelectual y de formación griega, sino a cristianos sencillos, desaparece su helenismo para no presentar más que doctrina evangélica. Esta erudición bíblica de que se sirve no es tan digna de elogio cuando se la compara con la de otros escritores cristianos de la época, que muestran, asimismo, una gran

familiaridad con los textos sagrados[12]. Rasgo personal es la gran libertad con que utiliza las citas de la Escritura, fijándose siempre más en el fondo que en la forma, como la mayoría de los apologetas y escritores de la época; normalmente una le lleva a otra por asociación de ideas[13].

Lo encontramos, pues, en Alejandría hacia el año 180, después de haber recorrido varios sistemas filosóficos y cultos paganos[14] en busca de la verdad. Ninguno le da a conocer a Dios, por lo que abraza el cristianismo cuando, tras varios años de instrucción bajo la dirección de Panteno, descubre en él la solución a los grandes problemas que se planteaba relativos al hombre y su destino[15].

De la escuela catequética de Panteno y sus orígenes apenas se conoce nada. Durante mucho tiempo se ha hablado de su posible carácter oficial y de la sucesión de sus directores. Eusebio cuenta que en tiempos de Cómodo un hombre de gran cultura, de nombre Panteno, instruía a los cristianos en la ciudad y añade que apoya su afirmación sólo en la tradición[16]. Seguramente inició esta labor a comienzos del siglo II de forma muy sencilla, como contestación a la herejía gnóstica, siguiendo el mismo modelo de la escuela de Justino.

Lo que nadie pone en duda es la existencia de una comunidad importante de cristianos en Alejandría en esta época, a los que Clemente no teme exigirles un cristianismo hasta las últimas consecuencias, pues en su obra descubrimos con frecuencia que el pensamiento del martirio no es ni mucho menos una idea lejana[17].

Por el tipo de enseñanza que se daba —con tan gran amplitud de materias que parecía una pequeña universidad[18]— sabemos que el auditorio no estaba únicamente formado por catecúmenos, sino por hombres de posición elevada[19] e intelectuales en su mayoría, o, al menos, con formación griega clásica, que buscaban en la nueva religión un conocimiento superior, otra «gnosis». Clemente manifestó durante toda su vida gran admiración por el maestro que lo introdujo en el misterio de Cristo y, cuando le sucede en la dirección de la escuela en el 190, sigue seguramente las mismas directrices que impuso su fundador.

Su estilo literario va profundamente marcado por su profesión; en su producción nos encontramos, más que a Clemente como escritor, a Clemente como maestro, un maestro que en todo momento se dirige a un interlocutor que imagina presente. No le importa repetir, si cree que así se le va a entender mejor, es el educador que no busca su lucimiento personal, sino ser útil, instruir, profundizar en el misterio de su religión[20].

OBRA

Se nos ha conservado lo más importante de su obra, tres tratados de extensión muy desigual, *Protréptico, Pedagogo* y *Strómata*, considerados, por lo general, como las partes de una trilogía[21], y otros tres textos cortos: la homilía *Quis dives salvetur*[22] y dos notas para su enseñanza[23]. Como todos los Padres prenicenos que poseen una doctrina más interesante, su lectura no resulta fácil.

Método alegórico

La alegoría es el arte por excelencia de las analogías (en ocasiones, sumamente sutiles en Clemente)[24], el recurso preferido de nuestro escritor. Las ideas se asocian más por la imaginación que por la razón, llegando a veces a ser muy difícil su identificación. Así, todo el *A.T.* se transforma en símbolos de verdades que no debían ser reveladas hasta la llegada de Cristo.

Clemente cree que la Palabra de Dios es misteriosa y, como tal, emplea siempre un lenguaje simbólico. Así pues, junto al primer sentido evidente del texto suele encontrar otro que llama «místico» (*Ped*. II 8, 75, 1) o «simbólico» (*Strom*. V 8, 46, 1), que presenta con el primero analogías más o menos numerosas.

El método no fue un invento propio, sino una herencia de la escuela estoica, que lo aplicó abundantemente a los comentarios de la obra homérica, y podríamos decir que el medio general de expresión desde Platón[25]. Plutarco, Celso y Justino, entre otros, lo continuaron, siendo en tiempos del alejandrino el procedimiento usual.

Como aún no se han definido las bases comunes de la teología ni los métodos exegéticos de la Escritura, Clemente, en este procedimiento, encuentra toda su teología, haciendo, quizá, un uso excesivo de él para apoyar sus opiniones sobre la base sólida de la palabra divina, buscando siempre posibles analogías que sirvieran de fundamento a sus hipótesis.

El método llegó a ser un instrumento de notables progresos para la teología[26], aunque los peligros que entrañaba no eran pequeños, como el mismo Clemente reconocía al criticar interpretaciones libres de los gnósticos de algunos pasajes del texto sagrado[27]. Clemente, en la utilización del método en sí, sigue muchas veces a Filón, pero lo hace con total libertad, dejando notar siempre que posee una doctrina cerrada, ajena a toda influencia extraña.

Desde el punto de vista exegético, su obra es muy interesante porque aúna diversas corrientes, herencia de un pasado muy rico: la exégesis judeo-palestinense, la pitagórica o estoica, la judeo-cristiana, que hereda la tipología neotes-tamentaria y el método alegórico de Filón (con un doble sentido, moral o físico).

El Protréptico

La primera obra conservada de Clemente es *El Protréptico* y, tal vez, la más importante por producirse en ella, por vez primera, la fusión entre filosofía y cristianismo. El autor realiza en ella una invitación apremiante a los espíritus a la búsqueda de la verdad, a la conversión. La nota que domina en toda la obra es la alegría con que proclama la novedad del cristianismo, característica, es verdad, de la mayoría de los primeros autores cristianos, pero no de sus seguidores.

Cap. I. Los griegos han creído hasta ahora en fábulas absurdas, pero ya los antiguos mitos, que procedían de los demonios y esclavizaban al hombre, han envejecido.

Es preciso entonar la nueva canción, que, frente a los mitos inventados por los hombres, es celeste, conduce al yugo amigo de la bondad de Dios y es todopoderosa. El Logos es el «instrumento» de Dios:

a) Sólo quiere que el hombre se salve.

b) Se hizo hombre, para que el hombre llegue a ser dios.

Cap. II. Comienza el ataque del paganismo. Describe los misterios paganos, para mostrar su ridiculez y cómo muchos tienen su origen en crímenes. Son misterios indignos de los dioses; se burla de éstos y de sus objetos sagrados, afirmando finalmente que no se trata de dioses, sino de demonios.

Cap. III. Demuestra que los dioses son demonios inhumanos que disfrutan con la muerte de los hombres. Concluye con la descripción de sus pasiones.

Cap. IV. Condena la estatuaria considerando absurdo la invocación a las piedras (las esculturas) o pinturas[28]. Con todo, comprende que el escultor no puede engañar al hombre «lógico».

Cap. V. Pasa revista a los primeros filósofos que, en su ignorancia, divinizaron los elementos.

Cap. VI. Es especialmente brillante. Elogia los aciertos que tuvieron algunos de estos filósofos en su búsqueda de la verdad. Muestra su admiración especialmente por Platón, del que reconoce que rozó la verdad, pero porque sus maestros fueron los egipcios, tracios, asirios, babilonios y hebreos.

Cap. VII. Presenta textos de poetas que han dado culto en ocasiones a la verdad, denunciando errores de la mitología pagana.

Cap. VIII. Desde ahora el escritor no va a realizar otra cosa que una exhortación calurosa a abrazar la nueva religión. Los profetas son los que nos dicen la verdad sobre Dios: es un Dios cercano. Carecen de adorno, pero llevan a la salvación.

Cap. IX. Dios llama por medio de su Logos. ¡Ama profundamente al hombre! Es un bondadoso Padre y sólo quiere su salvación.

Cap. X. Está construido en «kúklos». Comienza y termina con la misma exclamación: Es preciso envejecer para la superstición (une de este modo el capítulo con el primero: los mitos paganos ya han envejecido). Dios da la vida, mientras que la superstición condena. Dios exhorta con gritos a volver a la «razón», por lo que no hay obstáculo para el que quiere conocer a Dios.

Cap. XI. El Logos, con su encarnación, se ha convertido en luz del mundo. Clemente no disimula su ansia por que todos lleguen a la salvación, pero han de mostrarse dignos del reino.

Cap. XII. Nueva exhortación a huir de la superstición y a correr tras Cristo, el Logos divino. Termina con otra apremiante exhortación a la sensatez, pues Dios se regala a sí mismo por medio del Logos al hombre: ¡Es preciso seguirle con todas las fuerzas!

La obra se divide, en realidad, en dos partes iguales: hasta el capítulo VI la primera, y de ahí hasta el final la segunda, aunque en la primera sería preciso efectuar algún apartado más, pues el primer capítulo hace las veces de prólogo y el VI sirve de engarce con la segunda parte, dejando en el centro los cuatro capítulos que forman la parte negativa del tratado con la crítica de las creencias y ritos paganos.

Se inicia con la primera llamada del Logos en el capítulo introductorio, capítulo de gran belleza, llegando en ocasiones a ser declamatorio por el empleo de medios y efectos del estilo retórico contemporáneo; propiamente es un himno a Cristo Salvador y una prueba de lo mucho que amaba su religión.

Su lenguaje está mucho más elaborado que el de Orígenes (en parte es una imitación del gusto literario del segundo movimiento sofista que se inició en el siglo II). Su prosa se acerca a veces a la poesía —imitando incluso medidas musicales—, se ha hecho famoso su vocabulario tan expresivo, sus períodos armónicos y la lengua atizante.

En opinión de W. Jaeger[29], estas primeras frases precisan ser cantadas, y E. Norden llega a afirmar que se trata de un estilo «refinado» por su ritmo, elección de las palabras y por su composición[30], hasta el punto de que algunos, incluso, lo han

comparado con una oda pindárica[31]. «Desde la época más antigua hasta muy avanzada la Edad Media —casi sin excepción— han defendido el punto de vista teórico de que era preciso escribir con un estilo menos adornado, pero en la práctica han hecho lo contrario», afirma de los primeros autores cristianos el mismo Norden[32]; Bardenhewer, sin embargo, no comparte una opinión tan general y pide una excepción para los Padres griegos, a quienes considera más cultivados intelectualmente que los latinos: «Ningún escritor de la Iglesia griega defendió nunca, que yo sepa, el punto de vista de que era preciso escribir con un estilo menos adornado»[33].

El mismo Clemente había dado su propia opinión sobre el tema: «Ya hemos dicho a menudo que no tenemos costumbre de 'helenizar' [...], en mi opinión, quien se ocupa de la verdad no debe componer sus frases con aplicación y reflexión, sino que debe buscar decir simplemente, como pueda, lo que quiere» (*Strom*. II 3). Es cierto que la obra de *Strómata* no pretendía ser «helena» en cuanto a su estilo, puesto que se escribió para la difusión secreta de los dogmas cristianos; sin embargo, también lo es que Clemente comprendió cómo muchos filósofos rechazaban la verdad por desdén del lenguaje de los bárbaros (cf. *Strom*. VI 67) y cómo, para atraerlos, era preciso utilizar el estilo más elevado que emplea en *Protréptico* y *Pedagogo*, obras tan cuidadas[34] que algunos capítulos podrían incluirse entre las más célebres de la literatura griega clásica. Era preciso «convertirse» en griego para ganar también a los griegos[35].

Tras el prólogo, realiza la crítica del paganismo en cuatro capítulos. Su apología del cristianismo es de signo muy diferente a la elaborada por Atenágoras o Justino, pues, junto a la parte apologética tradicional, en que destaca lo absurdo de tantos mitos[36] y «misterios»[37] paganos, así como las diatribas contra el materialismo y los ritos religiosos inhumanos[38], aparece la parte constructiva, una exposición positiva del cristianismo, elaborada de forma tan sincera que no tarda mucho en ganarse la simpatía del público; en ella el hombre es invitado a escuchar el canto nuevo del Logos de Dios[39]. H. Lietmann[40] afirma que presenta el cristianismo «con un sentimiento de superioridad y gran tranquilidad [...] como la verdadera filosofía».

Sabe que la conversión no resulta fácil, por lo que se esfuerza en mostrar el esplendor del Logos, incitando con vehemencia a seguirle.

Nunca fue Clemente un hombre combativo al estilo del hiriente Tertuliano, aunque no por ello deja de defender con fuerza su fe, enfrentándose principalmente a marcionitas y gnósticos. Al censurar los mitos paganos lo hace como quien se ha encontrado bajo su influjo en tiempos pasados y comprende el encanto que se encierra en muchas de sus narraciones poéticas.

Siempre trata a sus adversarios con respeto, sin dejar de plantearse en todo momento sus objeciones y de refutarlas en la medida de sus posibilidades, siguiendo en todo momento argumentos racionales. Muestra una profunda simpatía por todos, pero no por ello, en su intento de ganarlos para el evangelio, reduce la doctrina[41].

Los capítulos VII al XII constituyen la parte positiva. El Logos multiplica sus invitaciones, cada vez de forma más persuasiva. El XI y XII ofrecen las más hermosas páginas; en ellas nos muestra Clemente un alma profundamente cristiana y entusiasmada por la alegría que le ha comunicado la nueva fe, alegría que quiere transmitir a todos.

Hay que destacar el carácter optimista y positivo de la apología de nuestro autor, muy similar a la que encontramos en Justino, aunque le sobrepasa por la amplitud de su método.

En dos puntos es principalmente original: en su posición de cara a la filosofía y en la concepción que tiene de su religión. Quizá el más novedoso es el primero, el método que emplea para hacer volver a los hombres al Creador: lo que persigue a lo largo de estas páginas es una búsqueda intelectual, ya que el ser humano es, ante todo, ser racional[42]. Comienza con la narración detallada de fábulas antiguas (que sabe son tan del gusto del lector), para llevarlo en seguida a la verdad de la mano más poderosa, la inteligencia (I 2). Así pues, la filosofía se convierte en su mayor tesoro[43], como confiesa él mismo: «El vulgo, como los niños que temen al coco, teme a la filosofía griega por miedo de ser extraviado por ella. Sin embargo, si la fe que tienen —ya que no me atrevo a llamarla conocimiento— es tal que puede perderse con argumentos, ¡que se pierda!, pues con esto solo ya confiesan que no tienen la verdad. La verdad es invencible, las falsas opiniones son las que se pierden...»[44].

Cree que Dios concedió la filosofía a los griegos para conducirlos hacia la salvación, impidiendo con ella las emboscadas de la sofística contra la verdad. En varias ocasiones insiste en su origen divino[45] y su influencia bienhechora en la humanidad privada de la luz de Cristo. Lo que la Ley fue para los judíos, eso ha significado la filosofía para los griegos: «Si decimos, como se admite universalmente, que todas las cosas necesarias y útiles para la vida nos vienen de Dios, no andaremos equivocados. En cuanto a la filosofía, ha sido dada a los griegos como su propio testamento, constituyendo un fundamento para la filosofía cristiana...»[46].

Sus lectores seguramente seguían una de las muchas religiones helenísticas con bastante escepticismo, como la mayoría de sus contemporáneos. No podía realizar, por tanto, una presentación del cristianismo como si se tratara de una simple predicación moral, sino que procura elevar la doctrina sobre la sólida base de la razón. Sus mejores aliados van a ser siempre Platón y la filosofía.

Con todo, la utilización que hace de la filosofía griega se encuentra siempre dominada por la preocupación incesante de conservar íntegro el mensaje evangélico; es la continua lucha que nos presenta su producción, un pensador profundamente cristiano que permanece «résolument philosophe», según la palabra muy precisa de J. Tixeront[47].

Original, asimismo, es su concepción del cristianismo, pues, aunque aún no poseemos una exposición sistemática de la teología, sin embargo, da a la nueva religión una orientación muy precisa: estima los valores logrados por la inteligencia, pero con el convencimiento de que no encuentran su fin sino en Dios. De este modo establece las bases del humanismo cristiano[48], al unir en su persona al hombre griego (por su confianza en la razón humana y su afán de conocer) y al cristiano. Esta preferencia por la filosofía le reportaría numerosas críticas de sus contemporáneos alejandrinos, muchos de los cuales veían en ella más un obstáculo que un acercamiento a la fe[49].

Sin embargo, no podemos olvidar que su helenismo no fue nunca el de un artista, sino el de un moralista, que procuró poner todos los conocimientos al servicio de su fe. De este modo, Clemente impidió que el cristianismo quedara aislado del mundo de la cultura, al establecer nuevos fundamentos para sistematizar el contenido de la doctrina.

El «Protréptico» en la tradición

Con *Protréptico*, Clemente continúa la tradición literaria de la exhortación, tradición, en principio, filosófica[50], pero desarrollada rápidamente por la apologética cristiana[51].

Realiza en la obra no tanto un ataque al paganismo como una calurosa invitación a acoger la nueva religión, mostrando en todo momento un conocimiento directo de la cultura pagana, en especial de la filosofía griega.

La primera obra de que tenemos noticia que en la Antigüedad llevara este nombre es el *Protréptico* de Aristóteles[52], actualmente perdida. Sin embargo, no fue la primera en su carácter exhortativo a filosofar, pues ya Platón había escrito algunos diálogos en este sentido. El tema es, desde luego, platónico, pues los términos *protrépein eis aretḗn, eis sophían, protreptikós, lógos*, nacieron en el círculo de Sócrates[53], pues, en realidad, los discursos de exhortación son la forma primitiva de la diatriba filosófico-popular de éste.

Festugière ha encontrado tres protrépticos platónicos[54].

La exhortación a la sabiduría aparece por vez primera en los dos discursos

protrépticos de *Eutidemo*[55] y por segunda vez en *Fedón*[56]. En *Epinomis*, el tercer diálogo protréptico, la tenemos desde el principio[57].

Aristóteles, pues, no hizo más que seguir esta misma línea del maestro. La existencia de su *Protréptico* la conocemos gracias a un par de textos, uno de Alejandro de Afrodisia (*In top*. 149, 9 = B 6), donde afirma que el filósofo formulaba la pregunta de si era necesaria la filosofía para la felicidad[58], y otro de Zenón (*Stob*. IV, 785 Henze = A 1), que reproduce un breve fragmento, al parecer de la obra perdida.

Según Düring[59], fue I. Bywater[60] quien en el siglo pasado demostró que parte del *Protréptico* de Yámblico[61] contiene extractos bastante amplios tomados del aristotélico. En 1923, Jaeger, basándose en el trabajo de Bywater, llevó a cabo su reconstrucción. Pensó que se trataba de un programa de la Academia y que las partes esenciales eran en su mayoría filosofía platónica. Sin embargo, Düring no admite que Aristóteles se volviera propiamente aristotélico sólo tras la muerte del maestro, mientras que en sus primeras obras fuera seguidor ferviente de Platón[62], ya que no se puede demostrar tal hecho ni basándose en su obra ni en la tradición.

Resumimos brevemente el esquema de la obra[63] para comprobar más adelante las posibles analogías con el *Protréptico* clementino.

1) Dedicación y exposición del tema principal: la posesión de bienes materiales sin prudencia y principios morales es un mal.
2) Demuestra lo ineludible de la tarea de filosofar.
3) Demuestra la importancia de la filosofía incluso para la vida política y práctica.

Formalmente el escrito es un *epángelma* a un soberano chipriota, pero, en realidad, se trata de un mensaje a los jóvenes que se agruparon en torno a las escuelas áticas y de una confesión de su ideal de vida[64]. En el primer período de su filosofía defiende la idea de que el hombre es, sin duda, feliz sólo por el hecho de poseer la virtud, sin que le sean necesarios los bienes exteriores. Era la misma doctrina platónica y de la Academia, que luego combatirá el propio Aristóteles en su *Ética a Nicómaco* II 53b17.

Sin embargo, la obra sólo se entiende si la encuadramos en su momento histórico. En el año 353/2, Isócrates ataca el programa educativo de la Academia en su discurso *Antídosis*. El *Protréptico* de Aristóteles sería, pues, la respuesta.

En ella polemiza también contra los cirenaicos por su hedonismo, poniendo de relieve que el verdadero bien del hombre no está en el placer (común con los animales), sino en lo que le es realmente propio, la *phrónēsis* y la vida intelectual.

Tuvo gran éxito a juzgar por la influencia que ejerció en la posteridad[65]. Así,

Heráclides Póntico, en su polémica contra Epicuro, se basa en ella, lo mismo que Plutarco en su *Contra Epicuro*, 1093A y *De latenter vivendo*[66]. En la misma línea siguen el *De brevitate vitae* de Séneca (I 2), el *Hortensio* de Cicerón[67], el *Protréptico* de Temistio, *Or*. XXIV 307a, y el de Galeno, cap. VI 109. Contra Aristóteles realiza también Epicuro una obra protréptica, la *Epístola a Meneceo*.

Ejerció, asimismo, influencia en los escritores cristianos, como nos lo demuestra el discurso sobre san Juan Bautista de Greg. Nacianceno, *Or*. XL, que presenta notables semejanzas con los pasajes plutarqueos mencionados[68] y el *Protréptico* de Clemente de Alejandría que estamos estudiando. No podemos olvidar que los escritos de esta época son esencialmente apologéticos, de propaganda, y que la forma literaria fue un pretexto para que la obra fuera leída tanto por judíos como por paganos o cristianos. En este sentido, el influjo que ejerció la literatura clásica protréptica, en la que la propaganda de la filosofía había encontrado su expresión más tradicional, fue decisivo[69].

En apariencia, nuestra obra tiene poco que ver con las clásicas y, sin embargo, el filósofo cristiano mantiene lo esencial del género exhortativo. Y es que, para invitar a los paganos a aceptar la nueva religión, los escritores cristianos de estos primeros siglos no tienen necesidad de acudir a argumentos diferentes de los que eran ya familiares para la defensa. Elementos comunes a los protrépticos antiguos son, por ejemplo:

1. El tema del gozo: tiene un precedente en el concepto —común a los protrépticos— de la filosofía como medio para alcanzar la virtud. En las obras cristianas, la felicidad prometida a los que sigan la nueva religión es continua.
2. La exhortación universal a la búsqueda de la verdad, sin distinción de sexo o edad, al estilo de los filósofos estoicos.
3. La eficacia de la filosofía sobre las costumbres (confirmada y demostrada por el cristianismo), así como los efectos que produce en los más incultos.
4. La vanidad de las riquezas y de las otras cosas humanas que no producen la felicidad (tema que aparecía ya con frecuencia en las obras de la filosofía cínico-estoica).
5. El regalo que Dios otorga al hombre al hacerlo a su imagen y semejanza.
6. El tema de la luz (aparece también en el *Antiguo* y *Nuevo Testamento*).

De ellos, los cinco primeros los recoge nuestro autor en su *Protréptico*. Clemente, mejor preparado que cualquiera de los escritores contemporáneos por su conocimiento y simpatía hacia el mundo clásico, llegará a presentar a Cristo, en su primera obra, como el verdadero «Protrepticós».

Quizá el elemento más importante de todos es su exhortación a la búsqueda de la

verdad, exhortación que no puede llevarse a cabo sin una invitación previa a sus lectores a la filosofía, a que ejerciten su capacidad racional.

Desde el principio el alejandrino ofrece a los hombres, como animales «inteligentes»[70] que son, la «inteligencia más brillante» (I 2, 2), «su derecha poderosa, la inteligencia, para su salvación» (I 2, 3), «la sabiduría sobrehumana, el Logos celeste» (I 5, 4). De este modo, el hombre, apoyado en su «logos», llega hasta el Logos.

Es significativo, asimismo, que a Clemente le guste designar con el nombre de Logos[71] a Cristo (hasta cuarenta y nueve veces en esta obra) y que lo identifique con la sabiduría[72], la luz que disipa las tinieblas, la que, en otro tiempo, inspiró también a numerosos poetas y filósofos griegos que entrevieron algo de la única verdad.

Como Justino[73], especula con los términos «lógos», «logikós» y «álogoi», para probar que los hombres que se conducen como «logikoí» son los únicos que reciben el conocimiento de Cristo-Logos. Con frecuencia juega con el sentido ambivalente de los términos, aludiendo a Cristo y al raciocinio humano que garantiza el discernimiento del bien y del mal.

A partir del capítulo X la exhortación a volver a la *phrónēsis* se hace más apremiante; es preciso envejecer para la superstición (contraria a la razón) y correr tras el Logos divino, que es el único que otorga la salvación. Insiste en que no puede haber obstáculo para quien quiere conocer de verdad a Dios, puesto que el Logos es imagen de Dios y el hombre lo es del mismo Logos. En el capítulo XII repite nuevamente su invitación a la sensatez.

TEXTO GRIEGO

Los manuscritos que conservamos de *Protréptico* son poco numerosos:

Parisinus graecus 451 (= P). Es del siglo X.
Mutinensis III D7 (n.° 126) (= M). De los siglos X-XI. Tiene tres copias.
Monacensis graecus 97.
Valicellensis F 33 (con el texto incompleto).
Ottobonensis 94.
Gennensis Missionis Urbanae 28. De los siglos XIV-XV.
Oxoniensis Collegi Novi 139. Es una copia del anterior (= N).
Parisinus Suppl. graec. 254. De los siglos XIV-XV.

Notable es sobre todo el primer códice, que fue escrito en el 914 por el escriba Baanes para el famoso arzobispo de Cesarea de Capadocia, Aretas, gracias al cual

conservamos obras sumamente preciosas de la Antigüedad. Además del *Protréptico* y del *Pedagogo* contiene obras de Justino, Atenágoras y Eusebio. Los demás, más o menos directamente, remontan todos a este prototipo, lo que explica el gran acuerdo en todas las ediciones de la obra.

A pesar de que el texto de nuestro autor no siempre ofrece una sintaxis clara —lo que ha dado pie a numerosas correcciones o supresiones—, nosotros hemos preferido seguir el texto manuscrito, salvo en contadas ocasiones que señalamos a continuación. Hemos utilizado para nuestro trabajo las ediciones de Stählin, Butterworth y sobre todo la de Mondésert, pues del texto de su magnífica edición es del que hemos partido para nuestra traducción.

Las citas bíblicas las traducimos de acuerdo con el texto que nos presenta Clemente, aunque a veces no concuerden exactamente con las de nuestras Biblias actuales.

Variantes textuales

	Texto adoptado	Texto Mondésert
5.1	αὐτῇ mss	αὐτὴν Stählin
83.2	θάνατον Stählin, Butterworth	ἄν[θρωπον] mss
104.1	ὑπολάμβανε Markland	ὑπολαμβάνετε mss
111.1	ἐπεὶ mss	ἔτι Klostermann

[1] Taciano, por ejemplo, o Teófilo de Antioquía, que, con espíritus más recelosos, realizan una dura crítica, mientras que Justino o Clemente no tienen reparo en recurrir continuamente a citas de autores clásicos para avalar su propio pensamiento.

[2] Cf. J. LEBRETON, «Le désacord de la foi populaire et de la théologie savante dans l'Église chrétienne du troisième siècle», *Revue d'Histoire Éccles*. 19 (1923), 481-506, y 20 (1924), 5-37.

[3] Cf. P. CAMELOT, «Les idées de Clément d'Alexandrie sur l'utilisation des sciences et de la littérature profane», *Rech. Sc. Relig*., 21 (1931), 39-40. La iglesia alejandrina es menos impetuosa que la asiática y conservará con gozo toda la producción intelectual de Grecia (cf. E. BUONAIUTI, «Clemente alessandrino e la cultura classica», *Rivista storica delle Science Teol*. 1 (1905), 400-401.

[4] Cf. M. P. NILSSON, «Ocultismo y teosofía», en *Historia de la religiosidad griega*, Madrid, 1969, págs. 155 ss.

[5] También los primeros pensadores cristianos se ven en la necesidad de explicar el mensaje cristiano con los medios de expresión conocidos de la filosofía platónica (cf. E. VON IVÁNKA, *Plato Christianus*, París, 1990; R. KLIBANSKY, *The continuity of the Platonic Tradition during the Middle Ages*, Londres, 1950, y J. WYTZES, «The Twofold Way. Platonic Influences in the Work of Clement of Alexandria», *Vig. Christ*. 2 (1957), 242-244.

[6] Las palabras contenidas en el *Teeteto* de Platón respecto a la «imitación de Dios» serán la base de la concepción teológica posterior, que incluso llegará a ser en parte asimilada por el cristianismo (cf. MERKI, *Homoiôsis Theo*, Friburgo de Suiza, 1952).

[7] Cf. C. NARDI, *Clemente Alessandrino. Estratti Profetici*, Florencia, 1985, págs. 22-23.

[8] Cf. E. DE FAYE, *Clément d'Al*...., pág. 2. Sin duda su contemporáneo Ireneo era más seguro en su exposición.

[9] EUSEBIO, *Demonstratio evangelica* II 2, 64.

[10] Cf. C. NARDI, «Tradizione subapostolica e motivi platonici in Clemente Alessandrino, *Ecl. proph. 27*», *Sileno* 9 (1983).

[11] Estudios muy interesantes sobre las fuentes de la erudición de Clemente y los orígenes de su pensamiento son los de: M. C. MERK, *Clem. Alex. in seiner Abhängigkeit von der griechischen Philosophie*, Leipzig, 1879 (afirma que Clemente sólo es cristiano superficialmente y que en el fondo siguió siendo griego en mentalidad y cultura); M. P. WENDLAND, *Quaestiones musionianae*, Berlín, 1886; M. HILLER, «Zur Quellenkritik des Clem. Alex.», *Hermes* 21 (1886), 126-133 (cree que el alejandrino usó sin mucho escrúpulo diversas compilaciones de textos, fijándose especialmente en *Protr*. 42 y *Strom*. I 132-135).

[12] Cf. P. CAMELOT, «Clément et l'Écriture», *Revue Biblique* 53 (1946), 242.

[13] Sobre su interpretación de los textos sagrados y el uso de la alegoría, cf. R. MORTLEY, *Connaissance religieuse et herméneutique chez Clément d'Alexandrie*, Leiden, 1973.

[14] Muestra un conocimiento tan preciso de los ritos mistéricos que es difícil pensar que no hubiera sido instruido en ellos (cf. especialmente el cap. II de *Protr*.).

[15] La conversión al cristianismo desde la filosofía es bastante frecuente en esta época (cf. el célebre prólogo de san Hilario en *De Trinitate* I 1-14; también san Agustín explicará su conversión a raíz de la lectura del *Hortensius* de Cicerón).

[16] Cf. *Hist. Eccl*. V 10. Cf. G. BARDY, «Aux origines de l'École d'Alexandrie», *Rech. Sc. Relig*. 27

(1937), 65-90, y «Pour l'histoire de l'École d'Alexandrie», *Rev. Biblique* (1942), 80-109.

17 Cf. *Protr*. 10, 104, 2.

18 Gregorio el Taumaturgo nos indica el programa que seguía Orígenes en su escuela de Cesarea (seguramente el mismo que en Alejandría): física, geometría, ética, teología y metafísica (*P.G.* X 1049 ss.). A Clemente le interesaban todos los conocimientos que fueran bellos y útiles, aunque siempre los subordina a la filosofía (cf. *Strom*. VI 80, 82 y 83).

19 Cf. *Quis dives salvetur* I 2, 4. Todos los consejos del *Ped*. van también en la misma línea.

20 Cf. C. MONDÉSERT, *Clément…*, pág. 29.

21 Cf. Á. CASTIÑEIRA FERNÁNDEZ, *Clemente de Alejandría. El Pedagogo*, Madrid, 1988 (B.C.G., n.° 118, introducción, págs. 17-21).

22 Síntesis del pensamiento de *QDS* la tenemos en: M. G. MARA, *Richezza e povertà nel cristianesimo primitivo*, Roma, 1980, págs. 33-43.

23 Sobre una de ellas tenemos la edición reciente de C. NARDI, *Clemente Alessandrino. Estratti Profetici*, Florencia, 1985, con una breve pero buena introducción.

24 Estudios importantes son: H. DE LUBAC, «Typologie et allégorisme», *Rech. Sc. Relig.* 37 (1947), 180-226; S. G. P. SMALL, «On Allegory in Homer», *Class. Journal* 44 (1949), 423-430; J. PEPIN, *Mythe et allégorie*, París, 1958; R. MORTLEY, *Connaissance religieuse et herméneutique chez Clément d'Alexandrie*, Leiden, 1973; J. N. GUINOT, «La typologie comme technique herméneutique», en *Figures de l'Ancien Testament chez les Pères*, Estrasburgo, 1989, págs. 10-33.

25 Cf. C. MONDÉSERT, «Symbolisme chez Clément d'Alexandrie», *Rech. Sc. Relig*. 26 (1936), 144-145.

26 Cf. J. DANIÉLOU, «Clément d'Alexandrie exégète», en *Message évangélique et culture hellénistique*, París, 1961, págs. 232-233.

27 Cf. *Strom*. XV 125.

28 El arte cristiano de esta época aún está bajo lo simbólico, no existen imágenes. Sin embargo, Clemente no condena todo el arte en general, sino lo que hay en él de inmoral, pues ve en ello un atentado contra la naturaleza humana.

29 *Cristianismo primitivo y paideia griega*, Méjico, 1965, págs. 88-89.

30 E. NORDEN, *Die antike Kunstprosa* II, Leipzig, 1898, pág. 549.

31 Cf. P. CAMELOT, «Les idées de Cl. d'A. sur l'utilisation...», págs. 54-58.

32 *Die antike*... II, pág. 529.

33 *G.A.K.L*. I, pág. 66, citado en P. CAMELOT, «Les idées de Cl. d'A...», pág. 54; cf. asimismo W. JAEGER, *Cristianismo primitivo*, págs. 88-89.

34 Hay que tener en cuenta, además, que *Strom*. quedó sin concluir.

35 Cf. *Strom*. I 9, 20-21.

36 No podemos saber en qué medida eran aún adeptos convencidos de las antiguas religiones, pero lo que sí podemos deducir del comienzo del *Protr*. (I 1-3) es que apreciaban esos mitos, que habían aprendido desde niños (cf. FESTUGIÈRE, *L'idéal religieux des Grecs*, París, 1932, págs. 17 ss. y 161 ss.).

37 Un estudio importante sobre la palabra *misterion* en Clemente es el de H.-G. MARSCH, «MYSTEPION», *Journal of Theol. St*. (1936), 64-80. Parece que el propio Clemente sufrió su influencia, no sólo por el uso de un vocabulario especial, sino también por la seguridad con que se expresa (cf. P. BATIFFOL, *Études d'histoire et de théologie positive*, París, 1902, pág. 36). C. HONTOIR (*Le Musée belge*, 1905, págs. 180 ss.) cree incluso que fue iniciado en los misterios de Eleusis.

38 A partir del siglo VI a. C. la religión griega va siendo destruida por poetas. El cristianismo no tenía

más que sacar las últimas consecuencias de la dura crítica que durante siglos había llevado a cabo la filosofía.

39 Cf. *Protr.* I 6.

40 *Historia de la Iglesia antigua*, París, 1937, II, pág. 286.

41 Por ejemplo, nunca niega que la cruz es esencial en la doctrina cristiana (cf. *Protr.* 11, 111, 2; 12, 119, 3; etc.).

42 Es el primer escritor que utiliza la lógica como disciplina, empleándola también para interpretar la Escritura (cf. E. OSBORN, «Logique et exégèse chez Clément d'Alexandrie», *Cahiers de Biblia Patristica, 1. Lectures anciennes de la Bible*, Estrasburgo, 1987, págs. 169-190).

43 Para Clemente se trata de un regalo de la providencia divina, aunque no es suficiente por sí misma, sino sólo una preparación para recibir la fe (*Strom.* I 5, 28; VI 5, 44).

44 *Strom.* VI 10, 80, 5.

45 Cf. *Strom.* VI 8, 67; I 7, 37, 6; I 9, 43, 1-2.

46 *Strom.* VI 8, 67.

47 *Histoire des dogmes dans l'antiquité chrétienne* I, París, 1915 (8.ª ed.), pág. 282.

48 Cf. A. M. MALINGREY, *La littérature grecque chrétienne*, Vendôme, 1967, pág. 48.

49 Cf. P. CAMELOT, «Cl. d'Al. et l'utilisation...», págs. 558-559.

50 En la enseñanza de la filosofía desempeñaba un papel de suma importancia el llamado «discurso de exhortación», *lógos protrepticós*, la lección inaugural para atraer discípulos.

51 Cf. M. PELLEGRINO, *Letteratura greca cristiana*, Roma (1956[1]), 1978, págs. 64-66.

52 Fr. 50-61 (Rose).

53 Cf. JENOFONTE, *Memorables* I 4, 1; IV 5, 1; *Eutidemo* 282d5, y los *Protreptikoì lógoi* de Antístenes. También en la *Carta VII*, Platón emplea la expresión *anthrṓpous néous epì tà agathà kaì tà dìkaia protréponta* para designar su propia actividad.

54 A. J. FESTUGIÈRE, *Les trois «Protreptiques» de Platon*, París, 1973.

55 El primero llega a una conclusión positiva: la felicidad consiste en la posesión del único bien verdadero, la sabiduría, y es preciso ejercerla, *anankaîon eínai philosopheîn* (282c8-d2). El segundo, por el contrario, intenta explicar en qué consiste la verdadera sabiduría, pero no llega a ninguna conclusión. La *sophía* y la *phrónēsis* son consideradas como condición «sine qua non» de la virtud, lo que tendrá una gran repercusión en los *Protrépticos* posteriores (también aparece la misma idea en Clemente).

56 La exhortación, en este caso, es a una virtud contemplativa. Fue considerada desde la Antigüedad una obra protréptica y, como tal, copiada ampliamente por Yámblico.

57 El uso de los discursos protrépticos se generaliza rápidamente: PS. ISÓCRATES, *Demonicos* 3; PS. PLATÓN, *Clitofon*; el *Protréptico* de Aristóteles, Cleante, Epicuro, Yámblico, etc. (cf. FESTUGIÈRE, *o. c.*, pág. 25).

58 Las palabras más importantes son: *eíte chrḕ philosopheîn eíte mḗ*. (Hemos tomado la cita de I. DÜRING, *Aristóteles*, Méjico, 1990, pág. 619.)

59 *O. c.*, págs. 620-623.

60 «On a Lost Dialogue of Aristotle», *Journ. of Philology* 2 (1869), 55-69.

61 En realidad se trata de una colección de centones.

62 Además, Aristóteles escribe su *Protr.* cuando ya lleva quince años en la Academia.

63 Seguimos la obra mencionada de Düring, en donde realiza un valiosísimo estudio del tema (págs. 623-669).

64 Es lógico que las huellas platónicas sean abundantes en una obra en que se plantea el sentido de la

filosofía para la vida, pues fue Platón quien creó tal ideal (principalmente en su *Eutidemo*, que tanta repercusión tendrá en el *Protréptico* aristotélico).

65 Recogemos los datos de E. BIGNONE, *Studi sul pensiero antico*, Roma, 1965, págs. 267-312.

66 Dirigida, asimismo, contra Epicuro.

67 Sabemos mucho de sus motivos, programa y desarrollo de esta obra perdida (con excepción de unos cien fragmentos) gracias a sus cartas y al prólogo al *De divinatione*: «En mi *Hortensio* exhortaba a mis conciudadanos con la mayor seriedad posible al estudio de la filosofía [...]». En ella deseaba interesar en especial a los jóvenes que podían llegar a ser influyentes en la dirección del Estado (cf. E. J. KENNEY y W.V. CLAUSEN, *Historia de la literatura clásica*, Madrid, 1989, págs. 296-297).

68 Se cree que poseía el texto, ya que el estilo antitético es totalmente similar al del pasaje imitado.

69 Cf. M. PELLEGRINO, *Studi su l'antica apologetica*, Roma, 1947, págs. 1-21. Por el contrario, G. Lazzati (*L'Aristotele perduto e gli scrittori cristiani*, Milán, 1938, pág. 12) no cree que los escritos cristianos puedan calificarse propiamente entre los protrépticos, pues inútilmente buscaremos en ellos el esquema y los lugares comunes del protréptico tradicional.

70 En Clemente la palabra *logikós* significa tanto «espiritual» como «racional», lo mismo que en san Pablo, *Rm* 12 (cf. C. MONDÉSERT, «Vocabulaire de Clément d'Alexandrie. Le mot *logikós*», *Rech. Sc. Relig*. 42 (1952) 258-265).

71 Algunos han creído ver en él la huella del Logos de Filón, sin embargo, no es ésta la tendencia de la crítica actual. El filósofo judío lo concibió para completar el hueco que Platón había dejado en su pensamiento: Dios era el trascendente y, como tal, no podía tener ningún contacto con el hombre. Plutarco pensó en los «demonios» como seres intermedios entre la divinidad y el hombre. Filón descubrió en el Logos el intermediario deseado que acerca a la materia, sin mezclarse con ella, el elemento divino.

A primera vista, el Logos de Clemente reproduce el de Filón; sin embargo, no es así; Filón se refiere a él tan vagamente que no es fácil conocer con claridad su pensamiento. Parece que lo consideraba la Idea principal de Dios, pero no Dios mismo, no se llega a saber si el Logos es un atributo de Dios o una persona totalmente independiente, mientras que Clemente afirma claramente que se trata de Cristo (*Protr.* 5,7). Más bien, parece que Clemente se inspira en el comienzo del evangelio de san Juan, I 1-19, que presenta la misma idea. El Logos joánico es una persona histórica y divina, que nada tiene que ver con la imagen de Filón. Muy importante en este sentido sigue siendo el magnífico estudio que llevó a cabo A. PUECH, en su *Histoire de la Littérature Grecque Chrétienne*, t. I, París, 1928, págs. 134 ss.

72 Recordemos que Sócrates (o, más bien, Platón) no fue capaz de decir en qué consistía la sabiduría ni, por tanto, el camino para ir a ella (cf. *Eutidemo* 288d5-293a6).

73 La teoría central en su obra es la del Logos «espermatikós», el Verbo de Dios que inserta semillas de verdad en todos los hombres, de suerte que muchos filósofos han vivido y pensado, en alguna medida, conforme al mismo. Sólo los cristianos no poseerían estas semillas de verdad, sino al propio Logos.

BIBLIOGRAFÍA

1. *Ediciones y traducciones de la obra*

G. H. AURELIANO, *Clementis Alexandrini omnia opera*, Florencia, 1551.

—, *Clementis Alexandrini, viri longe doctissimi qui Panteni quidem martyris fuit, discipulis praeceptor vero Origenes, omnia quae quidem exstant opera, a paucis iam annis inventa et nunc denno accuratis excussa*, Basilea, 1566.

—, *T. Flavii Clementis Alexandrini opera omnia e graeco in latinum conversa, commentariis illustrata a Gentiano Herveto Aureliano*, París, 1590.

J. POTTERUM, *Clementis Alexandrini opera. Recognita et illustrata*, Venecia, 1757.

W. WILSON, *The Writings of Clement of Alexandria*, Edimburgo, 1882-1884.

J. P. MIGNE, *Clementis Alexandrini opera quae exstant omnia* (Series graeca) VIII-IX (trad. al latín), I, París, 1891.

O. STÄHLIN, *Clemens Alexandrinus. Protrepticus und Paedagogus* (trad. alemana), Leipzig, 1905.

G. W. BUTTERWORTH, *Clement of Alexandria. The Exhortation to the Greeks. The Rich Man's Salvation*, Cambridge-Londres, 1919 (reimpr. 1939, 1958, 1960, 1968).

Q. CATAUDELLA, *Protreptico*, Turín, 1940.

C. MONDÉSERT, *Clément d'Alexandrie. Le Protreptique*, París, 1949.

E. BAND, *Clemens Alexandrinus. Protrepticus und Paedagogus*, Berlín (Akademie Verlag), 1972.

2. *Índices y léxicos*

M. GEERARD, *Clavis Patrum Graecorum*. I: *Patres antenicaeni*, Turnhout, 1983.

A. HAMMAN, *Dictionnaire des Pères de l'Église*, París, 1977.

R. JOLY, *Christianisme et Philosophie. Études sur Justin et les Apologistes grecs du deuxième siècle*, Bruselas, 1973.

G. W. H. LAMPE, *A Patristic Greek-English Lexicon*, 3 vols., Oxford, 1951-1968.

3. *Estudios generales*

G. BARDY, *Littérature grecque chrétienne*, París, 1927.

—, *En lisant les Pères*, París, 1933.

—, *La vie spirituelle d'après les Pères des trois premiers siècles*, París, 1935.

—, «Aux origines de l'École d'Alexandrie», *Rech. Sc. Rel*. 27 (1937), 65-90.

—, «Pour l'histoire de l'École d'Alexandrie», *Rev. Biblique* (1942), 80-109.
H. VON CAMPENHAUSEN, *Los Padres de la Iglesia*. I: *Padres griegos*, Madrid, 1974.
J. DANIÉLOU, *Histoire des Doctrines Chrétiennes avant Nicée*. I: *Théologie du Judéo-Christianisme*; II: *Message évangélique et culture hellénistique*, Tournai, 1958-1961.
R. GRANT, *Gnosticism and early Christ.*, Nueva York, 1959.
W. JAEGER, *Cristianismo primitivo y paideia griega*, Méjico, 1965.
G. LAZZATI, *L'Aristotele perduto e gli scrittori cristiani*, Milán, 1938.
H. LEISEGANT, *Gnosis*, Stuttgart, 1924 (trad. francesa, París, 1951).
S. LILLA, «Middle Platonism, Neoplatonism and Jewish-alex. Philosophy», *Arch. Ital. per la Storia della pietà* 3 (1962), 3-36.
A. M. MALINGREY, *La littérature grecque chrétienne*, Vendôme, 1967.
A. ORBE, «La Patrística y el progreso de la teología», *Gregor*. 50 (1969), 543-570.
M. PELLEGRINO, *Letteratura greca cristiana*, Roma, 1956 (1.ª ed.).
J. PEPIN, *Mythe et Allégorie. Les origines grecques et les contestations judéo-chrétiennes*, París, 1957 (2.ª ed. 1976).
—, *Idées grecques sur l'homme et sur Dieu*, París, 1971.
A. PUECH, *Les Apologistes grecs du II^e siècle de notre ère*, París, 1912.
—, *Histoire de la littérature grecque chrétienne*, II vol., París, 1928.
H. RAHNER, *Griechische Mythen in christ. Deutung*, Zúrich, 1957 (trad. italiana, Bolonia, 1971).
J. RIVIÈRE, «Le démon dans l'économie rédemptrice d'après les Apologistes et les premiers Alexandrins», *BLE* 31 (1930), 5-20.
D. RUIZ BUENO, *Padres apologetas griegos*, Madrid, 1979.
L. TONDELLI, *Gnostici*, Turín, 1950.
J. VIVES, *Los Padres de la Iglesia*, Barcelona, 1982.
M. VILLER, *La spiritualité des premiers siècles chrétiens*, París, 1930, págs. 37-44.
H. WOLFSON, *The Philosophy of the Church Fathers*, I, Cambridge, 1964 (trad. italiana, Brescia, 1978).

4. *Estudios particulares*

G. BARDY, *Clément d'Alexandrie*, París, 1926.
E. BUONAIUTI, «Clem. Alessandrino e la cultura classica», *Riv. Stor. delle Sc. Teol*. 1 (1905), 108-128.
P. TH. CAMELOT, «Clément et l'utilisation de la philosophie grecque», *Rech. Sc. Rel*. 21 (1931), 541-569.
—, «Les idées de Clément sur l'utilisation des sciences et de la littérature profane», *Rech. Sc. Rel*. 21 (1931), 38-66.
—, *Foi et gnose. Introduction à l'étude de la connaissance mystique chez Clément d'Alexandrie*, París, 1945.
—, «Clément et l'Écriture», *Rev. Biblique* 53 (1946), 242-248.
M. CHADWICK, *Early Christ. Thought and the Class. Tradition*, Oxford, 1966.
E. FAYE, *Clément d'Alexandrie*, París, 1906.
M. GALLONI, *Cultura, evangelizzazione e fede nel «Protreptico» di Clemente Alessandrino*, Roma, 1986.
F. LADARIA, *El Espíritu en Clemente alejandrino*, Madrid, 1980.
G. LAZZATI, *Introd. allo studio de Clem.*, Milán, 1939.
S. LILLA, *Clem. Alex.*, Oxford, 1972.
M. MEES, *Die Zitate aus dem neuen Testament bei Clemens von Alexandrien*, Bari, 1970.
J. MEIFORF, *Der Platonismus bei Clem. Alex.*, Tubinga, 1928.
C. MONDÉSERT, «Le symbolisme chez Clément d'Alex.», *Rech. Sc. Rel*. 26 (1936), 158-180.
—, *Clément d'Alexandrie. Introduction à l'étude de sa pensée religieuse à partir de l'Écriture*, París, 1944.

B. MONDIN, *Filone e Clemente. Saggio sulle origine della filosofía religiosa*, Turín, 1969.
E. OSBORN, *The Philosophy of Clem. Alex.*, Cambridge, 1954.
R. E. WITT, «The Hellenism of Clement of Alex.», *Class. Quart*. 25 (1931), 195-204.
J. WYTZES, «The Twofold Way. Platonic Influences in the Work of Clement of Alexandria», *Vigil. Christ*. 11 (1957), 226-245; 14 (1960), 129-153.

5. *Estudios sobre el género «protréptico»*

E. BIGNONE, *L'Aristotele perduto*, Florencia, 1936 (tomo I, págs. 115 ss.).
I. DÜRING, *Aristotle's Protrepticus. An Attempt at Reconstruction*, Goteborg, 1961.
—, *Aristóteles*, Méjico, 1990.
A. J. FESTUGIÈRE, *Les trois «Protreptiques» de Platon*, París, 1973.
M. PELLEGRINO, *Studi su l'antica apologetica*, Roma, 1947 (2.ª ed. 1978), págs. 1-65.

EXHORTACIÓN A LOS GRIEGOS[1]

CAPÍTULO I
EL CANTO NUEVO SUCEDE A LOS MISTERIOS PAGANOS

Anfión de Tebas[2] y Arión de Metimna[3] fueron los dos **[1]** hábiles en el canto y ambos formaban parte de una leyenda. Esta canción griega se canta aún hoy día en coro: uno por su destreza con la música atrajo a un pez y el otro amuralló Tebas. Un sofista tracio[4] (éste es otro mito griego) domesticaba a las fieras sólo con su canto, y hacía brotar con su música árboles y hayas.

Podría contarte incluso otra leyenda parecida a éstas, la [2] de Eunomo[5] de Locrios y la cigarra de Delfos. Toda la asamblea[6] de los griegos aplaudía en Delfos la muerte del dragón[7], mientras Eunomo entonaba el canto fúnebre del reptil. No puedo decir si la canción era un himno o un treno[8] a la serpiente, pero se trataba de un concurso y Eunomo tocaba la cítara en la hora de mayor calor, cuando, en los montes, cantaban bajo las hojas las cigarras abrasadas continuamente por el sol. Pero ciertamente no cantaban al dragón muerto, el délfico, sino un canto independiente al Dios sapientísimo, mucho mejor que las melodías de Eunomo.

Se le rompió una cuerda al locrio y la cigarra voló al mástil y se colocó en el instrumento, como si se tratara de una rama. El cantor se unió al canto de la cigarra y, de este modo, suplió la cuerda que faltaba.

[3] Así pues, la cigarra no fue atraída por el canto de Eunomo, como pretendía el mito, cuando erigió en Delfos una estatua de bronce a Eunomo con su cítara y su compañero de concurso. La cigarra voló voluntariamente y voluntariamente cantó; en cambio, a los griegos les pareció que fue el intérprete de la música.

[2] ¿Cómo habéis creído en aquellas fábulas, pensando que a las fieras se las cautiva con música? Al parecer, tan sólo creéis que es engañoso el rostro luminoso de la verdad, resultando sospechoso a vuestros ojos incrédulos.

Habéis divinizado y cantado himnos al Citerón[9], el Helicón, los montes de Odrisas[10] y los «telesteria»[11] tracios, los cultos mistéricos del error.

Yo, aunque se trate de una fábula, no puedo soportar [2] tantas desgracias como se cantan en las tragedias. En cambio, vosotros no sólo tenéis en los dramas un archivo de maldades, sino que su representación os resulta de gran placer.

¡Ea!, tomemos de una vez los dramas y a los compositores que participan en las Leneas[12], que terminan totalmente borrachos, se ciñen con yedra, desvarían de un modo inusual durante su iniciación báquica, que se agitan en loco arrebato, y encerrémoslos junto al resto del coro de demonios[13] en el Helicón y Citerón, que ya se han hecho viejos.

Hagamos descender desde lo alto de los cielos la verdad junto a la inteligencia más brillante[14] sobre el monte santo de Dios y el coro sagrado de los profetas.

[3] Esta luz que ilumina todo y resplandece de lejos, ilumine también a los que se agitan en las tinieblas y libre a los hombres del error extendiendo su derecha poderosa[15], la inteligencia, para su salvación.

Éstos, con la cabeza erguida y saliendo a flote, habitan Sión[16], después de abandonar el Helicón y el Citerón: porque «de Sión saldrá la ley, y el Logos del Señor de Jerusalén»[17], el Logos celeste, el verdadero *agonistés*[18], que recibe la corona a vista de todo el mundo.

Canta, mi Eunomo, no la canción[19] de Terpandro, ni de [4] Cepión, ni la frigia, lidia o doria, sino la perenne canción del nuevo orden, a la que le conviene el nombre de celeste, la canción nueva de los levitas:

La que disipa el dolor y la cólera, la que se olvida de todos los males[20].

Mezcla en su canción un dulce y verdadero remedio de persuasión[21].

[3] A mí me parece que aquel tracio Orfeo[22], el de Tebas y el de Metimna, hombres tales que no eran hombres, se convirtieron en unos impostores que, con la excusa de la música, han destruido la vida; poseídos por los demonios[23], mediante un hábil encantamiento[24], llevan a la perdición; celebran, como si fueran ceremonias religiosas, actos de orgullo, divinizan las ceremonias fúnebres y han sido los primeros en guiar de la mano a los hombres hacia los ídolos. Sí, a las piedras y maderas, es decir, a las estatuas y pinturas, estableciendo la costumbre más vil, al haber unido aquella que, en realidad, es la hermosa libertad de los ciudadanos bajo el cielo a la peor esclavitud mediante cantos y encantamientos.

[2] No es así mi canto, ni viene tarde a abolir la amarga esclavitud de los demonios que tiranizan, sino que nos conduce al yugo de la piedad, que es suave y

amante de los hombres[25], y de nuevo nos llama al cielo a los que estábamos caídos en tierra.

En efecto, sólo Él domesticó a los más terribles animales **[4]** que hubo nunca, ¡a los hombres! A los irreflexivos, que son como aves, a los mentirosos como reptiles, a los iracundos como leones, a los voluptuosos como cerdos, a los ladrones como lobos, y a los necios como piedra o madera. Incluso más insensible que las piedras es el hombre que se encuentra sumergido en la ignorancia.

Que se presente en nuestro favor la voz de los profetas, [2] canto concorde con la verdad, que se lamenta por los que consumen la vida en la ignorancia y en la insensatez: «Pues Dios puede hacer surgir de estas piedras hijos de Abraham»[26]. Se compadeció del gran desconocimiento y de la dureza del corazón de los que eran piedras para la verdad, y suscitó una semilla de piedad, que puede comprender la virtud a partir de aquellas piedras, de esos pueblos que creían en las piedras.

En alguna parte además llamó «raza de víboras»[27] a los [3] de lengua viperina y a los tramposos hipócritas que ponían impedimentos a la justicia. Sin embargo, si una de estas serpientes cambia voluntariamente y sigue al Logos, se convierte en «hombre de Dios»[28]. Habla simbólicamente[29] de otros que son como «lobos», que se cubren con pieles de oveja[30], insinuando que son ladrones bajo apariencia de hombres.

A todos estos animales, que son los más salvajes, y a tales piedras, el canto celeste los ha transformado en hombres civilizados.

[4] Fuimos en otro tiempo también nosotros insensatos, desobedientes, estábamos extraviados y esclavizados por toda clase de placeres y pasiones, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles y odiándonos unos a otros, como afirma el texto del Apóstol[31]: «Pero, cuando apareció la benignidad y el amor al hombre de Dios, Nuestro Salvador, nos salvó, no por las obras de justicia que hubiésemos hecho, sino conforme a su misericordia»[32].

Mira cuánto es el poder[33] del canto nuevo. Ha sacado hombres de las piedras y hombres de las fieras. Y, por otra parte, los muertos, que no tenían parte de esta vida verdadera, sólo por ser discípulos del canto, han resucitado de nuevo.

[5] Ordenó también todo este mundo con armonía y dirigió la diferencia que había entre los elementos del mundo a una disposición de concordia, para que todo el universo fuera una armonía[34].

Extendió[35] el mar embravecido, pero le impidió que traspasara la tierra. A su vez, no permitió que ésta fuera arrastrada y fijó en ella un límite al mar[36]. Suavizó, asimismo, el calor del fuego con el aire, como si mezclara la armonía doria con la lidia. Armonizó la dura frialdad del aire con la introducción del fuego, mezclando así

estos sonidos, que son los más extremos de todos, con armonía.

Este canto puro, apoyo de todo el universo y concordia [2] de todos los seres, se extendió desde el centro hasta los límites y desde las cumbres hasta el centro y armonizó todo esto, no según la música tracia, semejante a la de Yubal[37], sino según el designio paternal de Dios, que admiró David.

El Logos[38] de Dios, que procede de David, pero que [3] existía antes que él, despreció la lira y la cítara, instrumentos sin alma, y llenó de armonía, por el Espíritu Santo, este universo[39] y el pequeño universo[40] que es el hombre, su alma y su cuerpo. Entona un himno a Dios a través del instrumento polífono y canta con el instrumento que es el hombre: «Pues tú eres para mí una cítara, una flauta y un templo»[41]. Una cítara por tu armonía, una flauta por el soplo divino, un templo por tu razón[42], para que la cítara resuene melodiosamente, el soplo aliente y el templo haga un sitio al Señor.

[4] David el rey, el citarista, al que recordábamos un poco antes, nos exhortó a la verdad y nos apartó de los ídolos. Lejos de cantar himnos a los demonios, los perseguía con su música de verdad, como cuando Saúl estuvo poseído, y aquél, sólo con su canto, lo expulsó[43]. El Señor sopló en este hermoso instrumento que es el hombre y lo modeló según su propia imagen[44].

Sin duda, también él (el Logos) es instrumento de Dios, armónico por completo, concorde y santo, la sabiduría sobrehumana, el Logos celeste.

¿Qué quiere el instrumento, el Logos de Dios, el Señor **[6]** y su canto nuevo? Abrir los ojos a los ciegos, los oídos a los sordos, conducir de la mano a los que cojean o a los que se desvían de la justicia, mostrar a Dios a los insensatos, detener la corrupción, vencer a la muerte y reconciliar con el Padre a los hijos desobedientes.

Es el instrumento de Dios que ama a los hombres[45]. El [2] Señor se compadece, educa, exhorta, amonesta, salva, custodia y nos anuncia el Reino de los cielos como añadidura en recompensa a nuestro aprendizaje. A cambio sólo obtiene de nosotros que nos salvemos. Mientras que el mal apacienta la corrupción de los hombres; en cambio, la verdad, lo mismo que la abeja, que no maltrata nada de cuanto existe, se vanagloría sólo con la salvación de los hombres.

Puesto que tienes la promesa de Dios, tienes su amor al [3] hombre: ¡participa de la gracia! No consideres nuevo[46] mi canto salvador, como si se tratara de un mueble o una casa. Existía «antes del lucero de la mañana»[47] y «en el principio era el Logos y el Logos estaba junto a Dios y el Logos era Dios»[48].

[4] El error es antiguo y, en cambio, la verdad parece nueva. En efecto, las cabras de las leyendas[49] enseñan que los frigios son los hombres más antiguos; por su parte, los poetas escriben que los arcadios fueron anteriores a la luna[50]; o bien que lo

son los egipcios, según otros que dicen que han soñado que esta tierra fue la primera en alumbrar a dioses y hombres. Pero antes de este mundo ninguno de ellos existió; en cambio, antes de la fundación del mundo[51], nosotros fuimos engendrados por Dios anteriormente, porque era necesario que viviéramos en Él, nosotros, las imágenes[52] razonables del Logos de Dios, por el que somos antiguos, porque «en el comienzo era el Logos»[53].

[5] Puesto que el Logos era del cielo, era el comienzo divino de todas las cosas, y lo es, y, puesto que ahora recibió el nombre santificado de nuevo, nombre digno de poder, el nombre de Cristo, lo llamo un canto nuevo.

[7] Por eso el Logos, Cristo, es causa no sólo de que existamos nosotros desde antiguo (pues Él estaba en Dios), sino también de que seamos felices (puesto que ahora se nos ha manifestado a los hombres[54]). Este mismo Logos es único y ambas cosas a la vez, Dios y Hombre, la causa de todos nuestros bienes. Por Él aprendemos a vivir bien y somos conducidos a la vida eterna.

Como decía aquel divino apóstol del Señor: «Ha aparecido [2] para todos los hombres la gracia, la salvación de Dios, educándonos para que, rechazando la impiedad y los placeres mundanos, vivamos en el tiempo presente con moderación, justicia y piedad, aguardando la bienaventurada esperanza y la aparición gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo»[55].

Éste es el canto nuevo, la aparición que ha brillado ahora [3] entre nosotros, del Logos que existía en el principio y desde antes. Ha aparecido hace un momento el Salvador, que existía desde antes, apareció el que es en realidad maestro, porque «el Logos estaba junto a Dios», apareció el Logos, por el que se creó todo y, otorgándonos vida en el comienzo mientras creaba como un demiurgo, nos enseñó a vivir bien, al aparecer como maestro, para conducirnos finalmente, como Dios, a la vida eterna[56].

No es la primera vez que se compadeció de nuestro extravío; [4] lo hizo antiguamente, en el principio. Pero ahora, cuando ya nos encontrábamos perdidos, al aparecer, nos salvó. Pues el cruel reptil, con sus hechizos, esclaviza y atormenta incluso ahora a los hombres —en mi opinión— vengándose cruelmente como los bárbaros, que dicen atan los prisioneros de guerra a cadáveres, hasta que se descomponen también con ellos.

[5] Este cruel tirano y dragón es capaz de apropiarse de algunos desde su nacimiento, tras haberlos ligado estrechamente por la atadura fatal de la superstición[57] a las piedras, maderas, estatuas y algunos ídolos de tal clase. Esto es lo que se dice que llevó como ofrendas[58] a los que estaban vivos y los sepultó hasta que se corrompieron.

[6] Gracias a uno sólo (pues uno fue el que engañó a Eva en el comienzo y él conduce también ahora a la muerte a los demás hombres), uno también es nuestro defensor y ayuda, el Señor, el que desde el principio nos enseñaba por los profetas y, en cambio, ahora nos llama ya claramente a la salvación.

[8] Obedezcamos a la consigna del Apóstol y huyamos «del príncipe de las potestades aéreas, del espíritu que actúa en los hijos rebeldes»[59]; corramos al Salvador, al Señor, el que ahora y siempre nos exhorta a la salvación, por medio de milagros y prodigios en Egipto, y en el desierto por la zarza[60] y la nube[61] que, por su amor al hombre, acompañaba a los hebreos como una criada.

[2] Con este temor exhortaba a los de duro corazón. También por medio del sapientísimo Moisés y de Isaías, el amante de la verdad, y de todo el coro de los profetas vuelve hacia el Logos, del modo más razonable, a los que tienen oídos.

Pero, ¿hasta dónde reprende y hasta dónde amenaza? A unos hombres incluso les llora, a otros les canta, como el buen médico[62] que aplica emplastos a unos cuerpos enfermos, a otros los baña, en otros vierte ungüentos, a otros los opera, a otros los quema, y hay también ocasiones en que corta algo, si aún es posible sanar al hombre en algún miembro o parte[63].

El Salvador tiene varios registros de voz y varias formas [3] de salvar a los hombres. Castiga amenazando, al censurar convierte, al lamentarse se compadece. Cuando hace sonar su instrumento llama, habla por medio de la zarza (aquellos hombres tenían necesidad de señales y prodigios[64]), y aterroriza con el fuego a los hombres, al colgar la llama de una columna, lo que supuso un ejemplo de gracia y temor a la vez.

Si obedeces, tendrás la luz, si desobedeces, el fuego. Puesto que la carne tiene más valor[65] que una columna o una zarza, después de esto, los profetas nos hablan, pero es el Señor mismo el que nos habla en Isaías, Él, quien lo hace en Elías y en boca de los demás profetas.

[4] Pero, si tú no crees a los profetas y consideras un mito tanto a esos hombres como al fuego, el mismo Señor te hablará[66]: «El cual, teniendo la condición divina, no reputó codiciable tesoro mantenerse igual a Dios, antes se anonadó a sí mismo»[67], Él, que es Dios lleno de misericordia y desea vivamente salvar al hombre.

El mismo Logos, incluso, te habla ya claramente avergonzando tu incredulidad. Sí, lo afirmo, el Logos de Dios se ha hecho Hombre, para que también tú, en cuanto hombre, aprendas cómo un hombre puede llegar un día a ser dios[68].

[9] ¿Acaso no es extraño, amigos, que Dios nos exhorte siempre a la virtud y que nosotros rehusemos la ayuda y aplacemos la salvación? ¿Nos invita también Juan Bautista a la salvación, no es todo su ser una voz profética que nos exhorta? Vamos a

preguntarle: ¿Quién eres y de dónde vienes?[69]. Dirá que no es Elías y negará ser Cristo. Reconocerá que es una voz que grita en el desierto. ¿Quién eres entonces, Juan?[70].

Permitidme hablar tomando una imagen: una voz del Logos que exhorta gritando en el desierto. ¿Qué gritas, voz? «Dínoslo también a nosotros»[71]. «Enderezad los caminos del Señor»[72].

Juan es un precursor y su voz precursora del Logos, voz [2] que anima y predispone para la salvación, voz que exhorta a buscar la herencia de los cielos. Por ella, la mujer estéril y solitaria[73] no estará ya más sin hijos. La voz de un ángel me anunció este embarazo. Esta voz también era precursora del Señor, al traer la buena noticia a la mujer estéril, lo mismo que Juan al desierto.

Por esta voz del Logos la mujer estéril da a luz felizmente [3] y el desierto produce frutos. Las dos voces precursoras del Señor, la del ángel y la de Juan, me insinúan[74] la salvación que encierran, para que, una vez que ha aparecido este Logos, recibamos el fruto de este feliz alumbramiento, la vida eterna.

Después de reunir ambas voces en una, la Escritura explica [4] todo con claridad: «Que escuche la que no ha dado a luz, que entone un grito de alegría, tú, que no has sufrido los dolores del parto, porque los hijos de la mujer solitaria serán más numerosos que los de la que tiene marido»[75].

[5] El ángel nos anunció la buena nueva, Juan nos exhortó a conocer al labrador, a buscar al hombre; pues éste es único y el mismo, el esposo de la estéril, el labrador del desierto, el que llenó de poder divino tanto a la mujer estéril como al desierto.

En efecto, la mujer de buena raza tiene hijos numerosos y, en cambio, por su incredulidad está sin hijos la hebrea, a pesar de que tuvo muchos en otro tiempo. La estéril recibe un esposo y el desierto un labrador. Éste da frutos y aquélla creyentes. Ambos se vuelven fecundos gracias al Logos. Pero para los infieles aún queda una mujer estéril y un desierto[76].

[10] Juan, el heraldo del Logos, exhorta de este modo a que estén preparados para la venida de Dios, del Cristo. También era esto lo que insinuaba[77] el silencio de Zacarías[78], porque esperaba el fruto que iba a preceder a Cristo, para que la luz de la verdad, el Logos, resolviera el silencio misterioso de los secretos proféticos, al convertirse en buena nueva.

Si tú deseas verdaderamente ver a Dios, participa de las [2] purificaciones dignas de Él. No te adornes con hojas de laurel, ni con cintas de lana o púrpura[79]. Tras coronarte, en cambio, con la justicia y ceñirte la frente con hojas de fortaleza, ocúpate de las cosas de Cristo: «Pues Yo soy la puerta»[80], afirma en algún sitio. Puerta que es necesario que conozcamos los que queremos conocer a Dios, para que

nos abra todas las demás del cielo.

Las puertas del Logos son «razonables»[81] y se abren [3] con la llave de la fe: «Nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quisiere revelar»[82].

Sé con certeza que esta puerta, que tanto tiempo ha estado cerrada, es Él quien la abre y después revela su interior y muestra lo que no se ha podido conocer antes, a no ser los que habían pasado a través de Cristo, por el que únicamente se revela Dios.

[1] El escrito no se dirige al pueblo griego como tal, sino a los paganos, siguiendo a san Pablo (cf. *Rm* 1, 16).

[2] Anfión de Tebas era hijo de Zeus y Antíope. Recibió de Hermes como regalo una lira y se dedicó desde niño a la música. Con su hermano gemelo Zeto, fundó y fortificó Tebas (cf. *Odisea* XI 260 ss.; EUR., tragedia perdida *Antíope*; APOL. RODAS, *Arg*. I 735-741; escol. a IV, 1090; PAUS., II 6, 4; 21, 9-10; V 16, 4; VI 20, 18; IX 5, 6-9; 8, 4; 16, 7; 17, 2-7; 25, 3; X 32, 11; PROP., I 9, 10; HOR., *Epis*. I 18, 41-44; *Odas* III 11, 2; *Arte poét*. 394 ss.; Ov., *Met*. VI 271; LUC., *De Salt*. 41; HIG., *Fáb*. 7-11; 14; 69; 155).

[3] Arión, músico de Lesbos; cuenta Heródoto que en una travesía por el mar fue arrojado de la nave y que un delfín le salvó la vida conduciéndole de nuevo a tierra (I 24). Cf. también: Ov., *Fast*. II 79 ss.; HIG., *Astr. Poét*. II 17; *Fáb*. 194; escol. a Arat., pág. 165.

[4] Cf. EUR., *Reso* 924.

[5] Fue alumno de Terpandro de Lesbos, s. VII, el primer citaroda de fama.

[6] Órgano consultivo, que desde la época de Pericles se convirtió en el supremo del gobierno.

[7] Cf. 34.1, n. 230 sobre la serpiente Pitón.

[8] Canto fúnebre.

[9] Montaña famosa en la mitología por ser la mansión de las Erinias. En la Antigüedad estaba consagrada a Zeus, así como el Helicón a las Musas (cf. PAUS., IX 1, 2; 3, 15; PLUT., *De fl*. II 2, 3).

[10] Situados en Tracia y consagrados a Dioniso.

[11] «Santuarios sagrados», lugares de iniciación en los ritos mistéricos.

[12] Se trata de las fiestas de los lagares, que se celebraban en honor de Dioniso, de quien toman el nombre (Dioniso Leneo, epíteto que procede de *lênai*, «bacantes»). Este dios ateniense es el dios de las orgías, el de origen tracio, por oposición al de Asia Menor (cf. L. DEUBNER, *Attische Feste*, Berlín, Keller, 1932, pág. 133, y É. DES PLACES, *La Religion Grecque*, París, 1969, pág. 91). Reciben el nombre del mes en que se celebran (corresponde al Gamelión ático, enero-febrero). De estas fiestas surgirá en Atenas la tragedia.

[13] El nombre parece que viene del verbo *daíesthai*, «dividir» (haría referencia al «distribuidor», cf. H. FRISK, *Griechisches etymologisches Wörterbuch*, I, Heidelberg). En la *Odisea* designa de manera vaga una «divinidad intermedia», una especie de poder misterioso bienhechor o malhechor que interviene en los asuntos humanos (cf. P. CHANTRAINE, «Aspects du vocabulaire grec...», en *Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, 1954, pág. 452. A. J. FESTUGIÈRE (*Contemplation et vie contemplative*, París, 1936, págs. 270-290) afirma que a medida que la palabra se va alejando de Homero pierde el valor personal para acercarse a un neutro, siempre que se emplea en singular; en plural señala una clase de seres divinos intermediarios entre los dioses y los hombres. Con el cristianismo toma el significado de «espíritu maligno». Los apologistas los identifican con las divinidades paganas (cf. *Sal* 95, 5; 1 *Cro* 16, 26; 1 *Co* 10, 20). El tema lo desarrolló JUSTINO en 2 *Apología*, 5, 5 (cf. F. ANDRES, *Die Engelehre der griechischen Apologeten des zwieten Jahrhunderts und ihr Verhältnis zur griechisch-römischen Dämonologie*, Paderborn, 1914; D. BOURGEDIS, *La sagesse des Anciens dans le mystère du Verbe*, París, 1981; J. J. AYÁN, *Antropología de San Justino*, Santiago de Compostela-Córdoba, 1988).

MINUCIO FÉLIX—al que seguirán Tertuliano y Cipriano— desarrolla el tema en su *Octavio*: «Estos ángeles caídos no dejan de extraviar a los hombres y de extender la corrupción» (cf. J. RIVIÈRE, «Le démon dans l'économie rédemptrice d'après les Apologistes et les premiers Alexandrins», *BLE* 31 (1930), 5-

20). En realidad, la demonología nació con Platón y Jenócrates, en su deseo de descargar a los dioses de las acciones indignas que los poetas les habían atribuido (cf. J. DANIÉLOU, *Message évangélique et culture hellénistique*, París, 1961, págs. 392-393). El abismo que separaba al hombre de Dios en la filosofía platónica se puebla con una serie infinita de demonios («daímones»), a partir sobre todo de Plutarco (cf. REINTZENSTEIN, *Die Hellenistischen Mysterionreligionen*, Stuttgart, 1956[2].

[14] Cf. PLATÓN, *Filebo* 16c. Frente a Platón, Clemente no ofrece sólo un Logos inspirado (cf. *Fedón* 85d), sino revelado, un Logos personal encarnado, como dirá más adelante (cf. 7,1; 8,4).

[15] En el *A.T.* simboliza el poder omnipotente de Dios.

[16] Sión es la simbólica montaña de la Nueva Alianza frente a la Jerusalén terrestre. En ocasiones se refiere también a la cruz de Cristo (cf. *De montibus Sina et Sion*, obra pseudocipriánica del s. II).

[17] *Is* 2, 3.

[18] Desde la más remota antigüedad se ha recurrido a la idea de la lucha para uno de los aspectos más hondamente religiosos del hombre. Ya Job concebía la vida en la tierra como milicia (*Jb* 7, 1). PLATÓN comparó la vida del hombre con las competiciones atléticas (*Rep*. X 621c y *Fedón* 114e) y SÉNECA dice algo parecido: *vivere militare est* (*Ep*. 96, 5). La Escritura abunda en imágenes agonísticas, sobre todo en los textos paulinos (1 *Co* 9, 24 ss.; *Ef* 6, 10-18). Para el tema de Cristo como *agonistés* en Clemente y la primera literatura cristiana, es imprescindible consultar las páginas que A. ORBE dedica al tema en su *Cristología gnóstica*, I, Madrid, 1976, págs. 134-153. En realidad, el término *agōnistḗs* se desconoce en el *A.T.* y en el *N.T.*, teniendo poca aceptación entre los primeros autores cristianos; sin embargo, Clemente lo emplea con alguna frecuencia; es notable que se lo aplique a Cristo ya desde el primer escrito, en este pasaje y en 110, 2-3 (evoca el pasaje de *Is* 7, 13).

[19] Existe un juego literario con el significado ambiguo de la palabra «nomos» en griego, puesto que se refiere tanto a «canción» como a «ley». Clemente contrapone la «canción de Terpandro» a la «perenne ley del nuevo orden» (es decir, Cristo).

[20] *Odisea* IV 221.

[21] *Peithoús* mss. («persuasión»), frente a la conjetura *pénthous* de Reinkens, Stälin («aflicción»).

[22] Famoso músico tracio que según las leyendas atraía de tal forma con su música que cuantos le oían se iban tras él (PÍND., *Pítica* IV 177; SIMÓNIDES, fr. 40; Ov., *Metamorfosis* X 8 ss.; XI 115). Cf. 74, 3.

[23] Cf. n. 13.

[24] La alusión a la acción de los demonios en la magia era corriente en los apologistas (cf. JUST., I *Apol*. 14, 1). Para todo ello conviene consultar el artículo de J. DANIÉLOU «Idolatría y demonología», en su obra *Les origines du christianisme latin*, París, 1978.

[25] La palabra «filantropía», especialmente paulina, fue utilizada con frecuencia por los Santos Padres. Hoy ha perdido gran parte de su significado originario, un «auténtico y desinteresado amor al hombre» (cf. *Timeo* 3, 4). En nuestro texto volveremos a encontrarla en 87, 3. Platón había dado a Dios dos notas, la abstracción y la trascendencia; por ésta, Dios no podía comunicarse con el hombre, concibiendo un gran abismo entre el mundo de las ideas y lo sensible (cf. 71, 4). Esta concepción influyó mucho en toda la teología del siglo II, pensando que Dios no podía ser objeto de la ciencia por no poderse probar su existencia de modo racional. A Dios no se le podía definir con ningún lenguaje (idea que recoge Clemente en esta misma obra, 68, 1) y sólo se podía adquirir de Él una vaga intuición: «Dios no podía ser demostrado» (*Strom*. IV 156).

Sin embargo, el Dios de Clemente es, sobre todo, un Dios cristiano, cercano, no sólo amante del hombre, sino que llega a afirmar, al final de su obra, emocionado, que el hombre es amigo de Dios (122, 3). A la noción fría de la filosofía, el cristianismo le comunica una intensa vida.

[26] *Mt* 3, 9; *Lc* 3, 8.

[27] *Mt* 3, 7 (*Lc* 3, 7).

[28] Expresión propia de san Pablo: 1 *Tm* 6, 11 y 2 *Tm* 3, 17.

[29] Por primera vez aparece en Clemente el término *allēgoréō*: cf. introducción, pág. 11 y n. 13. En esta ocasión el autor se apoya en el texto evangélico explicado por el mismo Cristo. En la misma frase encontramos también el verbo *ainíttomai*, «explicar por enigmas» (cf. *Protr*. 9, 1). Sobre la interpretación clementina de la Escritura y su uso de la alegoría y el símbolo, cf. R. MORTLEY, *Connaissance religieuse et herméneutique chez Clément d'Alexandrie*, Leiden, 1973.

[30] Cf. *Mt* 7, 15.

[31] Así llama siempre Clemente a san Pablo; para él es el apóstol por antonomasia.

[32] *Tt* 3, 3-5.

[33] El «poder de Dios» en función cosmológica es el Verbo, según vemos en este pasaje (cf. P. B. PADE, *Lógos Theós. Untersuchungen zur Logos-Christologie des Titus Flavius Clemens von Alexandrien*, Roma, 1939).

[34] El tema que desarrolla a continuación sobre la armonía del cosmos es de origen estoico.

[35] Se inspira de lejos en el Alma del mundo platónico, el Demiurgo, que es el que, en *Timeo* 30a y 34b, se extiende por el universo en términos parecidos a los de Clemente, introduciendo el orden (cf. A. BORTOLOTTI, *La Religione nel pensiero di Platone dai primi dialoghi al Fedro*, Florencia, 1986, pág. 500). FILÓN identifica el alma del mundo con su «logos» (cf. *De Plant*. 2, 8-9). Cf. también J. DANIÉLOU, *Message évangélique*..., pág. 335. Tema asimismo paulino (cf. *Col* 1, 15-23), para quien la «reconciliación» (*Rm* 5, 10-11; 2 *Co* 5, 18-19) es también la instauración de Dios en el mundo.

[36] Cf. *Gn* 1, 9; *Jb* 38, 8-11.

[37] *Gn* 4, 21: «El nombre de su hermano era Yubal, padre de cuantos tocan la cítara y la flauta» (el autor se está refiriendo a la descendencia de Caín).

[38] Cincuenta veces menciona Clemente en la obra al Logos. Algunos han intentado ver aquí una influencia del Logos de Filón, pero éste se refiere a él tan vagamente que no se sabe si con él alude sólo a un atributo de la divinidad o a un ser independiente. Creemos que, en este caso, se encuentra, más bien, sometido a la influencia joánica.

[39] Metáfora muy utilizada por los Padres Griegos: METODIO, *De resurr*. II 10, 2; GR. DE NISA, *De opif. homm*., XVI, etc.

[40] También PLATÓN, en *Filebo* 28d-30a, relaciona al hombre con el universo en términos de macrocosmos y microcosmos. En realidad, el ser humano posee en su cuerpo y alma los mismos elementos del universo.

[41] Autor desconocido.

[42] Cf. 1 *Co* 6, 19.

[43] Es decir, al demonio. Cf. 1 *Sm* 16, 23.

[44] Cf. *Gn* 1, 26. Estamos ante el tema central de la antropología de Clemente. *Eikṓn*, la palabra que emplea aquí, subraya la semejanza con Dios que constituye el verdadero destino del hombre; *homoíōsis* marca el aspecto dinámico de esta perfección, que es el fin a conseguir. Ambas son realidades muy diferentes para Clemente (cf. J. DANIÉLOU, *Message évangélique*..., págs. 374-376). Las palabras contenidas en *Teeteto* 176a-c sobre *homoíōsis theôi*, serán la base de la concepción teológica posterior (cf. MERKI, *Homoiosis Theoi*, Friburgo de Suiza, 1952). «La semejanza con Dios» es un concepto clave en el pensamiento cristiano de esta época; aquí lo encontramos unido también a la idea platónica: el filósofo, cuando encuentra la verdad, se hace semejante a Dios (cf. *Teeteto* 176a-c; *Timeo* 89d-90d; *Fedón* 64a-70b). Cf. E. VON IVÁNKA, *Plato Christianus*, París, 1990, pág. 431. Más adelante, *Protr*. 120, 4, el autor declara que todos los hombres son imagen de Dios, pero sólo algunos su semejanza. Sólo por la imitación de Cristo, «la imagen llega a ser semejante» (*Ped*. I 3, 9, 1), es entonces cuando se realiza plenamente el texto de *Gn*.

[45] Una vez más Clemente se admira ante el amor que ha mostrado siempre el Dios de los cristianos por el hombre, quizá por el contraste con lo que conocía personalmente de las divinidades paganas (cf. nota 25 sobre la «filantropía»).

[46] Clemente quiere aclarar que el nuevo canto del que habla es, en realidad, muy antiguo. En el Logos se cumple la doble condición de antigüedad y novedad.

[47] *Sal* 109, 3.

[48] *Jn* 1, 1.

[49] HERÓD., 2, 2.

[50] Cf. APOL. DE RODAS, 4, 264.

[51] Cf. *Ef* 1, 4. En esta segunda parte del capítulo, Clemente nos presenta los dogmas más importantes del cristianismo (creación, Trinidad, predestinación, revelación y redención), así como la pedagogía de Dios para salvar a cada hombre.

[52] Cf. n. 44.

[53] *Jn* 1, 1.

[54] El tema de la encarnación del Logos es central en el pensamiento clementino, haciendo girar a su alrededor toda la cristología.

[55] *Tt* 2, 11-13.

[56] El motivo de la redención como liberación del demonio lo desarrolla en este pasaje, 7, 4-6; en 11, 1 ss. y 114, 1-4 (cf. J. RIVIÈRE, «Le démon dans l'économie rédemptrice d'après les Apologistes...», págs. 5-20).

[57] La superstición era una enfermedad muy antigua en el mundo griego, pero tomaba formas inquietantes a comienzos del s. II, así como las creencias en la magia y los espíritus, prácticas tan en boga también en esta época (cf. P. DECHARME, *La critique des traditions religieuses chez les Grecs*, París, 1904, págs. 413-501, y M. P. NILSSON, *Historia de la religiosidad griega*, Madrid, 1969, págs. 155 ss.).

[58] El verbo se utiliza para las ofrendas a los muertos.

[59] *Ef* 2, 2.

[60] *Éx* 3, 3-4.

[61] *Éx* 19, 16.

[62] Palabra de innegable cuño griego. Cf. SÓF., *Edipo Rey* 68; PLATÓN, *Banquete* 188c y *Filebo* 46a. Nuestro autor alude muchas veces al Logos con el sentido de Cristo-médico.

[63] Como buen pedagogo, compara la obra de Dios con el hombre con la labor de un buen médico que se sirve de diferentes recursos para salvar a cada enfermo. Esta misma idea la recogen los Padres posteriores, así J. Crisóstomo: «Como los buenos médicos, que no curan de un modo solo» (*Homilías sobre san Mateo*, 29).

[64] Cf. *Jn* 4, 48, en donde los judíos piden milagros para creer.

[65] Clemente no es platónico en lo relativo a la antropología. Exalta los dos puntos extremos, cuerpo y alma, que Dios une en el hombre: lo más humilde de la tierra y lo más alto del cielo. Frente a la actitud despreciativa de la gnosis ante la carne, el santo adopta exactamente la contraria, pues cree que un día la carne será deificada como ya lo fue en Cristo (en la misma línea san Ireneo, cf. A. ORBE, «El hombre ideal en la teología de san Ireneo», *Gregor*. 43 (1962), 477 y 491).

[66] Clemente une las dos alianzas frente a la tentativa gnóstica y marcionita de separarlas (cf. también *Strom*. I 1, 16, 3).

[67] *Flp* 2, 6-7. Se llega al centro de la apologética con esta presentación de Cristo, encarnado para la salvación y divinización del hombre.

[68] «El destino del hombre a la divinización y su vivencia venía expresado y realizado de forma efectiva en el paraíso» (J. JOSÉ AYÁN, *Antropología*..., págs. 244-245). La historia del hombre es el camino ininterrumpido desde la carne animal (el hombre estricto) hacia la carne espiritual (el Hombre-Dios), cf. A. ORBE, «El hombre ideal en la teología de san Ireneo», *Gregor*. 43 (1962), 477.

[69] Cf. *Odisea* I 170; XIX 105.

[70] *Jn* 1, 20-23.

[71] Cf. *Odisea* I 10.

[72] *Is* 40, 3. Texto citado en *Mt* 3, 3; *Mc* 1, 3.; *Lc* 3, 4 y *Jn* 1, 23.

[73] Clemente juega con el sentido real de la palabra *érēmos*, al hablar del desierto de Juan, y el metafórico, al aludir a la mujer estéril.

[74] La Escritura, para Clemente, siempre habla de modo velado (cf. nota 29).

[75] Cf. *Is* 54, 1. Los símbolos que toma Clemente en este pasaje, la mujer estéril y el desierto, aluden a sentidos diversos; el desierto es el que atraviesa el pueblo de Israel en busca de la tierra prometida y en el que Juan va preparando a los hombres para la nueva tierra prometida, la llegada de Cristo. La mujer estéril va a ser ahora la judía, la sinagoga. En otro tiempo tuvo muchos hijos, pero en la actualidad se ha negado a aceptar la buena nueva.

[76] El tema está ya en *Gn* 4, 27 (pertenece a la literatura judeocristiana). La que antiguamente no tenía hijos se vuelve fecunda por el poder de Dios, mientras los infieles esperan aún el don de Dios. Lo que quiere resaltar Clemente en todo el pasaje es la gratuidad del don y la misericordia de Dios. La mujer sin hijos, que llega a ser madre por el poder de Dios, es la Virgen (símbolo de la Iglesia, opuesta a la sinagoga judía). El motivo aparece desarrollado muy tempranamente en II Clem. 2, 1 (con referencia a *Is* 54, 1); posteriormente lo retomarán Clemente Alejandrino, Ireneo y Tertuliano (una de las primeras referencias la encontramos asimismo en V *Esdras*, de la apocalíptica judeocristiana del s. II).

[77] Cf. n. 29.

[78] Cf. *Lc* 1, 20.

[79] Así se adornaban los que participaban en las fiestas paganas.

[80] *Jn* 10, 9.

[81] El término *logikaí* alude a la sabiduría del «Logos» divino. En Clemente posee un doble sentido: 1) La segunda Persona de la Stma. Trinidad. 2) Es el raciocinio del hombre que garantiza su discernimiento del bien y del mal (C. MONDÉSERT, «Vocabulaire de Clément A. Le mot *logikós*», en *Rech. Sc. Relig*. 42 (1954), 258-265).

[82] *Mt* 11, 27.

CAPÍTULO II

LO ABSURDO E IMPÍO DE LOS CULTOS Y MISTERIOS PAGANOS[83]

[11] No os preocupéis, pues, de los santuarios impíos, ni de las entradas de los abismos llenas de prodigios, ni de la urna de Tesprotia[84], el trípode de Cirra o el bronce de Dodona[85]. Abandonad el viejo tronco de árbol honrado sólo por las arenas del desierto, y el oráculo que se consume allí en el mismo árbol con las antiguas fábulas.

Ya está silenciosa la fuente de Castalia[86] y de Colofón[87]. Los demás manantiales proféticos han muerto igualmente y se encuentran sin humo; se ha demostrado, aunque tarde, que han desaparecido con las propias fábulas.

Descríbenos también la otra adivinación, más bien imaginación [2] extraviada, los inútiles oráculos de Claros[88], Delfos[89], Dídima, Anfiareo[90], Apolo, Anfíloco[91] y tantos otros.

Pregunta con ellos también, si quieres, a los que observan los prodigios y las aves y a los intérpretes de los sueños. Lleva al mismo tiempo junto al Pítico a los que adivinan por medio de granos de trigo o cebada y a los ventrílocuos, tan estimados aún por la mayoría. Sí, que caigan en las tinieblas los santuarios de los egipcios y las necromancias de los tirrenos.

[3] Todas estas locuras, en verdad, son engaños de los incrédulos y juegos de un simple extravío: compañeros de esta magia son las cabras amaestradas en la mántica, y los cuervos adiestrados por hombres para servir también a hombres.

[12] ¿Y si te enumero los misterios[92]? No los ridiculizaré, como dicen que hizo Alcibíades[93], pero los despojaré muy bien, según la palabra[94] de la verdad, del encantamiento que poseen oculto en su interior. Y a los que se llaman vuestros dioses y sus ceremonias religiosas secretas los presentaré a los espectadores de la verdad como en el teatro de la vida.

[2] Las bacantes celebran a Dioniso[95], en delirio báquico, con ceremonias religiosas; comen carne cruda, estando poseídas por una demencia sagrada y realizan la distribución de la carne de las víctimas, después de coronarse con serpientes[96],

mientras dan gritos de «Eva», aquella Eva por la que sobrevino el extravío[97]. El símbolo de las orgías báquicas es una serpiente consagrada. Actualmente, según la pronunciación exacta de los hebreos, el nombre de Hevia, pronunciado con espíritu áspero significa «serpiente femenina»[98].

Deo y Core[99] se convirtieron en un drama misterioso y Eleusis[100], en su honor, celebra con antorchas el viaje errante, el rapto y el duelo.

[13] Creo que es necesario explicar la etimología de las orgías y misterios. Las primeras nacieron de la cólera que surgió de Deo contra Zeus; éstos del crimen que se llevó a cabo con Dioniso, o quizá de un tal Mionto del Ática, que murió en una cacería, según dice Apolodoro (yo no tengo inconveniente). Pero vuestras ceremonias religiosas se parecen a una gloria fúnebre.

[2] Te es posible también, de otro lado, considerar los misterios como tradiciones míticas, pues se corresponden las letras[101]. Tales mitos cautivan, como ningún otro, a los tracios más bárbaros, a los frigios más insensatos y a los griegos más supersticiosos.

[3] Perezca, pues, el que comenzó este engaño entre los hombres, ya sea Dárdano[102], el que manifestó los misterios de la Madre de los dioses, o Etión[103], aquel que estableció las orgías y las iniciaciones de los de Samotracia, o aquel Midas[104] el frigio, quien, después de aprender junto al odrisio, entregó un terrible engaño a los que le estaban subordinados.

[4] Que no me seduzca el isleño chipriota Ciniras[105], el que se atrevió a mostrar las orgías lascivas de Afrodita, sacándolas de la noche al día, porque quería divinizar a una prostituta de su ciudad.

Otros afirman que fue Melampo[106], el hijo de Amitaón, [5] el que trasladó las fiestas de Deo desde Egipto a Grecia, es decir, su duelo, que se canta con himnos. Yo diría que éstos fueron el principio del mal, los padres de mitos impíos y de una funesta superstición, al sembrar en la vida los misterios como semillas de maldad y de corrupción.

Pero ahora, puesto que es el momento oportuno, os voy **[14]** a probar que vuestras mismas orgías están llenas de engaño y de relatos inverosímiles. Y, si os habéis iniciado en los misterios, os reiréis más aún con estos mitos vuestros tan venerados. Voy a proclamar abiertamente lo secreto, sin avergonzarme de decir lo que vosotros no os avergonzáis de adorar.

Así pues, «la nacida del mar», la de Chipre, la amiga de [2] Ciniras (me refiero, claro está, a Afrodita, «la amante de los órganos sexuales», porque nació de ellos[107], de aquellos órganos sexuales amputados de Urano[108], de los miembros lascivos que cayeron en las olas, tras el corte). Ya que Afrodita se ha convertido para vosotros en

un digno fruto de los miembros lascivos, en las iniciaciones de esta diosa marina del placer, como testimonio de su nacimiento, se les entrega un grano de sal y un falo[109] a los que se inician en el arte de la corrupción. A cambio, los iniciados entregan a la diosa una moneda, como hacen los amantes con su concubina.

[15] Los misterios de Deo[110] son las uniones amorosas de Zeus con su madre Deméter y la cólera de Deo (no sé si en adelante debo llamarla madre o esposa); debido a esta cólera, se dice que se hizo llamar a sí misma Brimó[111]. Se dan también las súplicas de Zeus, la bebida de la hiel, la extracción del corazón y acciones vergonzosas. Esto mismo realizan los frigios en honor de Atis[112], Cibeles y los coribantes.

[2] Una y otra vez se ha repetido que Zeus, tras arrancar los dos testículos de un carnero, los cogió y los arrojó en medio del seno de Deo, pagando un falso castigo por su forzada unión amorosa, como si se hubiera mutilado a sí mismo.

[3] Al presentar con detalle los símbolos de esta iniciación, sé que moverán a risa al examinarlos, incluso a vosotros que no os reiríais: «Yo comí en el tambor, bebí en el címbalo, llevé los vasos sagrados, penetré abajo en la cámara nupcial».

¿No son una insolencia estos símbolos? ¿No son motivo de risa estos misterios?

¿Y si añadiera lo restante?: Deméter da a luz y Core[113] **[16]** crece; y de nuevo el mismo Zeus, que la engendró, se une a Ferefata, su propia hija, tras hacerlo con su madre Deo. Se olvidó de su primer crimen —fue padre y violador de su propia hija— y se unió a ella, tras tomar la forma de dragón, dando así pruebas de lo que era.

El símbolo de los misterios de los sabazios para los que [2] se inician en ellos es el dios a través del seno. Éste es una serpiente que se arrastra por el seno de los iniciados, prueba de la falta de dominio de Zeus.

Ferefata engendra, de este modo, un hijo con forma de [3] toro. Sin duda, lo afirma un poeta idólatra, cuando dice:

… el toro
es padre de la serpiente y padre del toro la serpiente,
en la montaña, boyero, el aguijón oculto…

Creo que se llama aguijón del boyero a la palmeta con que se coronan las bacantes.

¿Quieres también que te cuente la «recogida de flores» **[17]** de Ferefata, su canasto, su rapto por Edoneo, el resquebrajamiento de la tierra, los cerdos de Eubuleo[114] que fueron tragados junto con las diosas[115] (por esta causa se arrojan cerdos en las Tesmoforias[116] al visitar los mégara)?

Este mito lo celebran las mujeres de forma diversa según la ciudad; son las fiestas de las Tesmoforias, Esciroforias o Arretoforias[117] y representan de forma

diferente el rapto de Ferefata[118].

[2] Los misterios de Dioniso son totalmente inhumanos. Cuando aún era un niño y a su alrededor bailaban en tumulto los Curetes[119] en una danza armada, se introdujeron los Titanes con engaño y, tras engañarle con juguetes infantiles, lo descuartizaron, a pesar de ser aún muy niño, como afirma el poeta de esta iniciación, el tracio Orfeo:

una piña, una rueda y muñecas articuladas,
hermosas manzanas de oro de las Hespérides de armoniosos sonidos[120].

No es inútil mostraros los vanos símbolos de esta iniciación **[18]** para condenarlos: ¡una vértebra, una pelota, una bola, manzanas, una cuerda, un espejo y un copo de lana! Así pues, Atenea, que se apoderó del corazón de Dioniso, fue llamada Palas[121] por el hecho de agitar fuertemente el corazón.

Los Titanes[122], que lo habían descuartizado, colocaron un caldero sobre un trípode y arrojaron los miembros de Dioniso. En primer lugar lo cocieron y luego, tras atravesarlo con pequeñas jabalinas, lo «pusieron sobre Hefesto»[123].

Apareció poco después Zeus (si fuera un dios, al punto [2] hubiera cogido su parte de humo de la carne asada, el que vuestros dioses están de acuerdo en «recibir como homenaje»[124]); hirió a los Titanes con el rayo y confió los miembros de Dioniso a su hijo Apolo, para que los enterrara. Éste llevó el cadáver despedazado hasta el Parnaso y lo depositó allí, sin desobedecer a Zeus.

[19] Si quieres te revelaré también las orgías de los coribantes[125]. Dieron muerte al tercer hermano, cubrieron la cabeza del muerto con una tela color púrpura, le pusieron una corona y lo enterraron, llevándole sobre un escudo de bronce al pie del monte Olimpo.

[2] (Éstos son los misterios: muertes y enterramientos, por decirlo en una sola palabra). Sus sacerdotes, en cambio, a los que los interesados llaman anactolestés[126], fingen portentos en el acontecimiento y prohíben colocar perejil que tenga raíz sobre la mesa, pues creen que el perejil nació de la sangre que brotó del coribante.

[3] Como sin duda también las que celebran las Tesmoforias ponen cuidado en no comer las semillas de la granada, pues piensan que de las gotas de sangre de Dioniso que cayeron en tierra surgieron las granadas.

[4] Si llamamos cabires a los coribantes, denunciamos también la iniciación cabírica. Éstos eran los dos fratricidas que, cogiendo el cesto en que se encontraban los órganos sexuales de Dioniso, lo llevaron a Tirrenia[127] ¡traficantes de una gloriosa mercancía!

Permanecieron allí un tiempo, puesto que estaban huyendo, y recomendaron a

los tirrenos honrar con ceremonias religiosas los órganos sexuales y el cesto, como si se tratara de la más preciosa lección de piedad. Por esta causa algunos, con razón, quieren llamar a Dioniso Atis, por estar privado de los órganos sexuales.

Pero ¿qué tiene de extraño si los tirrenos bárbaros se inician **[20]** de este modo en placeres vergonzosos, cuando los atenienses y el resto de Grecia (me da vergüenza hasta decirlo) tienen una mitología sobre Deo[128] totalmente vergonzosa? Cuando Deo estaba errante a la búsqueda de su hija Core, se sintió desfallecer en los alrededores de Eleusis (lugar del Ática) y, entristecida, se sentó en un pozo. Aun ahora se prohíbe esto a los que se inician, para que no parezca que están imitando a la que se lamentaba.

Habitaban Eleusis entonces hombres autóctonos: sus [2] nombres eran Baubó, Disaules, Triptólemo, Eumolpo[129] y Eubuleo. Triptólemo era boyero, Eumolpo pastor, y Eubuleo porquerizo. Eran de las familias de los Eumólpidas y Cerices, familia de hierofantas[130] floreciente en Atenas.

Ciertamente (pues no voy a dejar de contarlo), Baubó, [3] que había recibido a Deo en hospitalidad, ofreció a la diosa «ciceón»[131], pero ella rechazó cogerlo y no quiso beberlo (puesto que se encontraba de duelo). Baubó se entristeció mucho pensando que la despreciaba y entonces, levantando su túnica, muestra su desnudez a la diosa. Deo se divierte con el espectáculo y a duras penas acepta la bebida, alegre con la visión.

[21] ¡Éstos son los misterios ocultos de los atenienses! También los cuenta Orfeo. Te citaré sus mismos versos, para que tengas como testigo al «mistagogo»[132] de esta desvergüenza:

Después de hablar así, se subió el peplo y mostró todo
su cuerpo, hasta las formas que menos convienen. Se encontraba presente el niño
Yaco[133]
y, riéndose, le golpeaba con a mano por debajo del pecho.
Y, cuando la diosa se sonrió en su corazón,
aceptó la multicolor copa, donde se hallaba el ciceón.

[2] La señal convenida en los misterios de Eleusis[134] es ésta: «ayuné, bebí el ciceón, cogí del cesto y, después de probarlo, lo deposité en la canasta y de la canasta al cesto». ¡Hermosos y apropiados espectáculos para una diosa!

En efecto, son ceremonias dignas de la noche, del fuego **[22]** y del pueblo de «gran corazón»[135], o mejor dicho, del pueblo frívolo de los Erecteidas[136], junto con el resto de los griegos también, a los que «les aguarda un destino que no esperaban, una vez muertos»[137].

¿Para quiénes profetiza Heráclito de Éfeso? «Para los [2] que se mueven durante la noche, los magos, los bacantes, las leneas, los iniciados»; a éstos amenaza después de la muerte; a éstos les predice el fuego, «por iniciarse con impiedad en lo que creen que son misterios según el pensamiento humano»[138].

Se trata de una costumbre, una vana concepción y una [3] engañosa iniciación de la serpiente, que se observa religiosamente. Se piden iniciaciones, en realidad, profanas y ceremonias deshonrosas, por una piedad corrompida.

[4] Lo mismo ocurre con los cestos secretos. Hay que desnudarlos de lo sagrado y revelar lo desconocido. ¿No se trata de pasteles de miel, de harina y de sésamo y tortas adornadas para el sacrificio, granos de sal y una serpiente, el símbolo religioso de Dioniso Basareo?[139].

¿No hay, además de esto, granadas, ramas de árboles, palmetas, yedra e incluso un pastel redondo y adormideras? ¡Éstos son sus objetos sagrados!

[5] Y aún más, los símbolos secretos de Temis[140] son el orégano, una lámpara, una espada y un peine de mujer, para aludir eufemística y misteriosamente a los órganos femeninos.

[6] ¡Oh desvergüenza manifiesta! Hace tiempo la noche silenciosa era un velo del placer para los hombres sensatos. Y ahora es la noche la que se revela a los iniciados como experiencia de la incontinencia, y el fuego de las antorchas pone de manifiesto sus pasiones.

[7] Apaga, hierofanta, el fuego; respeta, portador de la antorcha, las lámparas. Tu luz acusa a Yaco[141]. Devuelve los misterios a la noche, para que los oculte. Que las orgías sean honradas en la oscuridad. El fuego no disimula, ordena acusar y castigar.

[23] Éstos son los cultos mistéricos de los ateos. Los llamo con razón ateos, porque han ignorado que existe un Dios verdadero, y adoran desvergonzadamente a un niño destrozado por los Titanes, a una mujer que llora y a miembros que, en verdad, no se pueden nombrar por vergüenza. Están poseídos por una doble impiedad; la primera por ignorar a Dios, no reconociendo como Dios al que lo es realmente; y la segunda por este error, por creer que los que no existen existen realmente y por llamar dioses a estos que no lo son en realidad y, aún más, que ni siquiera existen y que no han recibido más que un nombre.

Por eso también el Apóstol[142] nos convence diciendo: [2] «Erais extraños a las alianzas de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo»[143].

Muchos bienes sobrevinieron por obra del que fue durante **[24]** algún tiempo rey de los escitas, cualquiera que fuera[144]. Éste a un ciudadano suyo, que representaba entre los escitas los misterios de Cícico[145] en honor de la Madre de los dioses, mientras tocaba un tambor y hacía resonar los címbalos[146], llevando en el cuello las

figurillas que llevan los sacerdotes de Cibeles cuando piden, le disparó con sus flechas, por haberse convertido en un afeminado entre los griegos y maestro para los demás escitas de la enfermedad del afeminamiento.

Por esto (pues, de ningún modo voy a ocultarlo) me sorprende [2] ver de qué forma han llamado ateos a Evémeros de Acrigento, a Nicanor de Chipre, a Diágoras e Hipón de Melos y con éstos a aquel cireneo (de nombre Teodoro) y a otros muchos que vivían con sensatez y se dieron cuenta con mayor agudeza que los demás hombres del error que existía en relación con estos dioses.

Aunque no conocieron la verdad misma, sospechaban, sin embargo, el error, lo que precisamente hace germinar una semilla, no pequeña, que vivifica el fuego del entendimiento en su camino hacia la verdad.

[3] Uno de éstos recomendaba a los egipcios: «Si los consideráis dioses, no los lloréis, ni os hagáis daño; y, por el contrario, si os lamentáis por ellos, ya no creáis que son dioses»[147].

[4] Otro (mientras cocinaba algo en su casa, como es natural) cogió un Heracles[148] hecho de madera y le dijo: «Ea, Heracles, ahora es ya tu oportunidad. Lo mismo que para Euristeo[149], realiza también para nosotros este decimotercer trabajo y prepara a Diágoras el alimento[150]». A continuación lo puso al fuego como otro trozo de madera.

[25] El ateísmo y la superstición[151] son dos extremos de la ignorancia; tenemos que procurar permanecer fuera de ellos. ¿No ves al hierofanta de la verdad, a Moisés, que ordenó que no participaran en la asamblea ni un eunuco, ni un castrado, e incluso ni el hijo de una prostituta[152]?

Con los dos primeros alude enigmáticamente a la conducta [2] atea, la que está privada de la fuerza divina y fecunda. Con el tercero, al que invoca a muchos dioses falsos en vez de al único verdadero, lo mismo que el hijo de una prostituta invoca a muchos padres por desconocer a su padre de verdad.

Existía una alianza antigua de los hombres con el cielo; [3] era innata y se encontraba en las tinieblas por ignorancia, pero de repente salió de la tiniebla y brilló; se ha dicho de ella:

> *¿Ves este éter infinito en lo alto,*
> *que rodea la tierra con húmedos brazos?*[153].

Y también:

Oh sostén de la tierra, que tienes tu trono sobre ella,
es difícil comprender quién eres tú, al mirarte[154].

Otras cosas parecidas cantan los hijos de los poetas.

Son, sin embargo, pensamientos erróneos y que desvían [4] del camino recto, verdaderamente funestos; apartaron a la «planta celeste»[155], al hombre, de la vida del cielo y lo arrojaron sobre la tierra, mientras le persuadían a ligarse a las criaturas de la tierra.

[26] Unos se engañaron al punto en su contemplación del cielo, se fiaron sólo de su vista, se llenaron de admiración al contemplar los movimientos de los astros y los divinizaron. Llamaron a los astros *theoús* a partir de la palabra *theîn*[156] y adoraron el sol como los indios y la luna como los frigios.

[2] Otros, cosechando frutos cultivados de los que brotan de la tierra, llamaron Deo al trigo, como los atenienses, o a la viña Dioniso, como los tebanos.

[3] Otros se fijaron en los castigos propios del vicio y divinizaron los cambios de bienes, llegando incluso a adorar las desgracias. Los poetas inventaron para la escena las Erinias[157] y Euménides, los criminales y protectores de los suplicantes e incluso los espíritus vengadores.

[4] Ahora algunos filósofos —también ellos con los poetas— hacen ídolos de las pasiones que hay en vosotros, el Miedo, el Amor, la Alegría, la Esperanza, como sin duda también el antiguo Epiménides, que erigió altares en Atenas a la Insolencia y a la Desvergüenza[158].

[5] Otros, partiendo de los mismos hechos, son divinizados por los hombres y los representan con figura humana: una tal Dice[159], Cloto, Láquesis, Átropos[160], Himarmene, Auxó y Taló[161], las atenienses[162].

Hay una sexta manera de introducir el engaño y de inventar [6] dioses, según la cual se enumera a las doce divinidades. Sobre ellas canta Hesíodo en su *Teogonía*, y Homero relata gran cantidad de hechos suyos.

Queda una última manera (pues hay en total siete modos), [7] la del beneplácito divino que se preocupa de los hombres. Pues, no conociendo al Dios bienhechor, imaginaron unos ciertos Dioscuros[163] salvadores, a un Heracles que alejaba los males, y a un Asclepio[164] médico.

Todos éstos son modos resbaladizos y perjudiciales para **[27]** salir del camino de la verdad. Arrojan del cielo al hombre y le hunden en el abismo. Quiero yo, sin embargo, mostraros a los mismos dioses de cerca, de qué clase son y si es que existen algunos, para que un día deis término al engaño y corráis de nuevo al cielo[165].

«Pues nosotros también un día fuimos hijos de la ira, como [2] los demás; pero Dios, que es rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó[166], estando nosotros muertos por nuestros delitos, nos vivificó juntamente con Cristo»[167]. «Pues el Logos viviente[168] fue sepultado con Cristo, pero ha sido elevado con Dios»[169].

Los que aún permanecen incrédulos son llamados «hijos de la cólera», porque se alimentan de ella. Nosotros, en cambio, los que hemos sido arrancados del error y nos lanzamos hacia la verdad, no somos ya criaturas de la cólera.

[3] Por eso, los que éramos hijos de la indignidad en otro tiempo, por el amor que ha tenido el Logos al hombre, hemos llegado a ser ahora hijos de Dios. Y a vosotros incluso vuestro poeta Empédocles de Acrigento os insinúa:

En efecto, si estáis abrumados por penosas desgracias,
no aliviéis nunca vuestro corazón de miserables sufrimientos[170].

[4] La mayor parte de lo relativo a vuestros dioses está inventado y es ficticio. Incluso eso que se supone sucedido se ha escrito acerca de hombres que han vivido vergonzosa y desenfrenadamente:

Camináis con orgullo y locura y, un camino trillado
y todo recto habiendo dejado, marcháis a través de cardos
y espinas. ¿Por qué os perdéis, mortales? Descansad, hombres vanos,
dejad la oscuridad de la noche y tomad la luz[171].

A esto nos exhorta la profética y poética Sibila. Y nos [5] exhorta también la verdad, desnudando a la multitud de dioses de estas máscaras horribles y espantosas, refutando esas creaciones imaginarias con otras sinónimas.

Por ejemplo[172], hay quienes hablan de tres Zeus, el hijo **[28]** de Ether en Arcadia y los otros dos, hijos de Cronos. De éstos uno habría nacido en Creta y otro, a su vez, en Arcadia.

Otros admiten cinco Ateneas: una la hija de Hefesto, la [2] ateniense; otra la del Nilo, la egipcia[173]; la tercera es hija de Cronos, la inventora de la guerra; la cuarta, hija de Zeus, la que los mesenios llaman Corifasia[174] por su madre. Y entre todas sobresale la hija de Palante[175] y de Titánide, hija del Océano, la que sacrificó a su padre impíamente y se adornó con su piel como si fuera una piel de oveja.

Sí, y Aristóteles nos habla de un primer Apolo, hijo de [3] Hefesto y Atenea (luego ya no era virgen Atenea); un segundo, hijo de Cirbas, nacido en Creta; el tercero hijo de Zeus, y un cuarto, el arcadio, hijo de Sileno[176]. A éste los arcadios le llaman Nomio. Añade a éstos el libio, hijo de Ammón[177]. Y el gramático Dídimo añade un sexto, el hijo de Magnes[178].

[4] ¿Cuántos Apolos hay también ahora, innumerables mortales y otros hombres sujetos a muerte, que se llaman poco más o menos con estos nombres dichos?

[29] ¿Y qué, si te hablara de los muchos Asclepios[179], o de los Hermes[180]

enumerados o de los Hefestos[181], que nos habla la leyenda? ¿No voy a parecer también pesado al inundar vuestros oídos con esta gran cantidad de nombres? Pero sus patrias, sus oficios, sus vidas e incluso sus muertes os muestran que se trata de hombres.

[2] Ares[182], honrado entre los poetas cuanto pueden:

Ares, Ares, funesto para los mortales, asesino, destructor de murallas[183],

este Ares «veleidoso» y «enemigo», como afirma Epicarmo era de Esparta; Sófocles, en cambio, creía que era tracio[184] y otros de Arcadia.

[3] De él afirma Homero que estuvo prisionero durante trece meses:

Ares sufrió, cuando Oto y el poderoso Epialtes,
hijos de Aloeo, lo ataron con una fuerte soga;
estuvo atado durante trece meses, en una prisión de bronce[185]

¡Muchos bienes obtengan los carios que le sacrifican [4] sus perros! Y no dejen de inmolar los escitas sus burros, como nos cuentan Apolodoro y Calímaco:

Febo se alza sobre los sacrificios de los asnos de los hiperbóreos.

El mismo dice en otro lugar:

Los pingües sacrificios de asnos agradan a Febo[186].

Hefesto, al que Zeus arrojó del Olimpo, «casa divina»[187], [5] cayó en Lemnos y trabajó el hierro; se hirió los pies, y «las débiles piernas corrían presurosas»[188].

Tienes también un médico, no sólo un herrero, entre los **[30]** dioses. Era un médico amante del dinero, de nombre Asclepio. Te presentaré a su poeta, el beocio Píndaro:

Cuando apareció el oro en sus manos, sedujo también a aquél con un magnífico salario.
Pero Zeus los arrojó con sus manos y, tomando el aliento de ambos pechos
rápidamente, su ardiente rayo dejó caer el destino[189].

[2] También Eurípides dice:

Zeus es culpable, puesto que ha matado a mi hijo,

Asclepio, al arrojarle el rayo al pecho[190].

Así pues, éste yace fulminado en los límites de Cinosuris[191].

[3] Filócoro afirma que en Tenos Posidón es venerado también como médico, que bajo Sicilia se encuentra enterrado Cronos y que se le honra allí con ritos funerarios.

[4] Patroclo el turio y Sófocles el joven narran en tres tragedias la historia de los Dioscuros. Estos dos Dioscuros fueron hombres sujetos a muerte, si hay que dar crédito a lo que nos cuenta Homero:

> *A éstos los retuvo ya la tierra fecunda,*
> *en Lacedemonia, su querida patria*[192].

[5] Añade también el autor de los poemas cipriacos:

Cástor era un mortal y le estaba determinado el destino de la muerte;
sin embargo, Polideuces era inmortal, vástago de Ares[193].

[6] En esto nos engañó de forma poética. Es más digno de crédito Homero cuando habla sobre ambos Dioscuros y cuando prueba, además, que Heracles es un «ídolo»: «Un hombre era Heracles, autor de grandes hazañas»[194].

Homero mismo sabía que Heracles era hombre mortal y [7] el filósofo Jerónimo nos muestra el aspecto exterior de su cuerpo: Era pequeño, fuerte y con los cabellos erizados. Dicearco (nos habla de él) como de un trozo de madera rígido, nervioso, moreno, de nariz aguileña, cabellos largos y ligeramente canosos. Este Heracles vivió cincuenta y dos años y terminó su vida recibiendo los honores funerarios en la pira del monte Eta[195].

De las Musas[196] dijo Alemán que eran hijas de Zeus y **[31]** de Mnemosine; los demás poetas y escritores las han divinizado y las veneran; ya todas las ciudades han consagrado «museos» a las que en realidad fueron sirvientas misias, que compró Megaclo, la hija de Macar[197].

Macar era rey de los lesbios y siempre se oponía a su [2] mujer. Megaclo se indignaba en favor de su madre. ¿Cómo no? Compró un gran número de estas esclavas misias y las llamó Moisas en el dialecto eolio.

Les enseñó a cantar y a tocar hazañas antiguas con la cítara [3] armoniosamente. Tocando sin interrupción y cantando tan bellamente hechizaron a Macar con sus canciones y lograron terminar con su cólera.

[4] En señal de agradecimiento por su madre, Megaclo las talló en bronce en

honor de su madre y ordenó que se veneraran en todos los templos. ¡Tales son las Musas! ¡La historia se encuentra en el lesbio Mirsilo![198].

[32] Escuchad también los amores de vuestros dioses, las extrañas fábulas de su falta de dominio, sus heridas, encarcelamientos, risas, batallas e incluso esclavitudes y festines, sus abrazos, y lágrimas también, y, por otra parte, sus pasiones y placeres desenfrenados.

[2] Llámame a Posidón[199] y al coro de las que violó: Anfitrite[200], Amimone[201], Alope[202], Melanipa[203], Alcíone[204], Hipotoe[205], Quione y otras mil. A pesar de ser tantas, las pasiones de vuestro Posidón se sentían insatisfechas aún.

[3] Llámame también a Apolo; éste es Febo, adivino sagrado y buen consejero; pero no dice esto Esterope, ni Etusa[206], ni Arsínoe, ni Zeuxipe, ni Protoe, ni Marpesa[207], ni Hipsipila; pues Dafne[208] fue la única que escapó del adivino y de su violación.

Que venga sobre todo el mismo Zeus, «el padre de hombres [4] y dioses»[209], según vosotros. Tanto se entregó a los placeres del amor, que deseaba a todas y satisfacía su deseo en todas. Se hartaba, en efecto, de mujeres no menos que el macho cabrío de los Tmuitos de cabras[210].

Estoy admirado de tus poemas, Homero: **[33]**

dijo, y con sus negras cejas hizo el Cronida una señal de asentimiento.
Entonces la divina cabellera del señor flotaba
sobre la cabeza inmortal. Y el gran Olimpo tembló[211].

Nos pintas, Homero, un Zeus grandioso y le atribuyes [2] un movimiento de cabeza honorable. Sin embargo, si le mostraras solamente, amigo, una tela bordada, se pondría en evidencia Zeus y su cabellera quedaría deshonrada.

¿A cuánto desenfreno condujo aquel Zeus, cuando pasó [3] desordenadamente tantas noches con Alcmena[212], pues no le resultaron largas las nueve noches[213] al desenfrenado (al contrario, toda la vida le parecía corta para la lujuria), para engendrarnos al dios que aparta los males?

[4] El hijo de Zeus, Heracles, hijo de Zeus en verdad, el que nació de la larga noche, durante mucho tiempo se fatigó para realizar los doce trabajos[214] y, en cambio, en una sola noche violó a las cincuenta hijas de Testio, convirtiéndose al mismo tiempo en adúltero y esposo de tantas vírgenes.

Los poetas le llaman con razón «perverso» y «cruel»[215]. Pero sería largo relatar sus adulterios de todas clases y sus relaciones con los muchachos.

[5] Pues no, ni siquiera se privaron vuestros dioses de los muchachos. Uno fue

amante de Hilas[216], otro de Jacinto[217], otro de Pélope[218], otro de Crisipo[219] y otro de Ganimedes[220].

[6] ¡Adoren vuestras mujeres a estos dioses y pídanles que sus maridos sean semejantes, tan prudentes, para que se parezcan a los dioses y rivalicen en las mismas empresas! ¡Que vuestros hijos se acostumbren a respetarlos, para que lleguen a ser también hombres, tomando a los dioses como imagen evidente del adulterio!

Pero quizás no sean los dioses varones los únicos que se [7] lanzan a los placeres del amor:

las diosas permanecieron cada una en su morada por vergüenza[221].

Dice Homero que las diosas se avergonzaron por su mayor dignidad, al ver que Afrodita había cometido adulterio.

Sin embargo, ellas viven desenfrenadamente, prisioneras [8] del adulterio de un modo aún más apasionado: Eos[222] con Titón, Selene con Eudimión, Neréis[223] con Éaco[224]; con Peleo Tetis[225], con Jasón Deméter y con Adonis[226] Ferefata.

Y Afrodita, tras cometer adulterio con Ares, se unió a [9] Ciniras[227] se casó con Anquises, cautivó a Faetón y amó a Adonis. Se enfrentó a la de los ojos de novilla[228], y las diosas, una vez que se quitaron los vestidos ¡por una manzana!, se presentaron desnudas ante un pastor para que dijera ¡cuál le parecía más hermosa de las dos[229]!

[34] ¡Venga! Examinemos también rápidamente los certámenes[230] y terminemos con estas asambleas fúnebres, los juegos Ístmicos, Nemeos, Píticos y especialmente los Olímpicos. En Pitón[231] se venera a la serpiente Pitón y el «panegírico» de la serpiente se llama Pítico.

En el Istmo el mar arrojó los restos lamentables de Melicertes[232] y los Ístmicos le lloran. En Nemea se rinden honores fúnebres a otro niño, Arquemoro[233], y sus funerales se llaman Nemeos. Pisa es la tumba para vosotros, hombres de toda Grecia, de un cochero frigio; y las libaciones en honor de Pélope, los juegos olímpicos, se las apropia el Zeus de Fidias[234]. Los misterios eran, al parecer, en otro tiempo, los concursos fúnebres en que se luchaba violentamente y, lo mismo que los oráculos, se hicieron también públicos.

Pero los misterios de Acrigento y Halimonte del Ática [2] han quedado limitados a los atenienses. Sin embargo, ya son una vergüenza mundial los certámenes y los falos, que se realizan en honor de Dioniso, porque se han extendido de mala manera a toda la vida.

Dioniso, en efecto, anhelaba bajar hasta el Hades, pero [3] ignoraba el camino. Un tal Prósimno prometió decírselo, pero no sin recompensa, recompensa que no era

hermosa, aunque sí para el dios. La paga que se le pedía era el favor del amor. La petición le fue agradable al dios y le prometió concedérsela si regresaba. Confirmó su promesa con juramento.

Una vez informado, se alejó. Regresó de nuevo, pero no [4] encontró a Prósimno (pues había muerto). Dioniso ofrece sacrificios expiatorios al amante y se lanza a la tumba lleno de lujuria. Corta una rama de higuera al azar y, dándole la forma del miembro viril, se une a ella, para cumplir la promesa con el muerto.

Como recuerdo misterioso de esta pasión, en las ciudades [5] se dedican los falos a Dioniso. Dice Heráclito que «si no hicieran una procesión al dios y no entonaran un himno a los órganos sexuales, se realizarían hechos aún más vergonzosos». «El mismo es Hades y Dioniso, por el que quedan fuera de sí y celebran las fiestas báquicas»[235], no tanto por la borrachera del cuerpo, creo yo, cuanto por la iniciación vergonzosa del desenfreno.

[35] Con razón esos dioses vuestros, que son de tal clase, eran esclavos de las pasiones; incluso llevaron el yugo de la esclavitud[236] antes que los que se llaman ilotas, entre los lacedemonios. Apolo sirvió a Admeto[237] en Feres, Heracles a Onfale[238] en Sardes, Posidón y Apolo sirvieron a sueldo a Laomedonte[239]. Apolo como un servidor inútil, pues ni siquiera, por cierto, fue capaz de obtener la libertad de su primer amo. En este tiempo construyeron las murallas de Troya para el frigio[240].

[2] Homero no se avergüenza de decir que Atenea aparecía junto a Odiseo «con una lámpara de oro» en las manos[241]. Hemos leído que Afrodita, como una sirvienta joven, sin moderación, llevaba un asiento a Helena y lo colocaba cara al seductor, para que le arrastrara a la unión[242].

[3] Paniasis, además de éstas, cuenta también que otros muchos dioses sirvieron a hombres y lo escribe de este modo:

Fue esclava Deméter y el famoso cojo,
fue esclavo Posidón y esclavo Apolo, el del arco de plata;
estuvieron al servicio de un mortal durante un año.
Y fue esclavo Ares, el de robusto corazón, por orden de su padre,
y otras cosas, además de éstas[243].

A esto se sigue, con razón, que estos dioses vuestros, **[36]** amantes y pasionales, tienen los mismos sentimientos que los hombres y se comportan del mismo modo. «Ciertamente poseen un cuerpo mortal»[244]. Homero lo prueba con mucha exactitud al introducir a Afrodita en escena dando grandes y agudos gritos por una herida[245]. Nos describe también al mismo Ares, el más belicoso, cuando fue herido asimismo en

el vientre por Diomedes[246].

Polemón dice que Atenea fue herida por Ornito[247]. Homero[248], [2] que Edoneo[249] fue herido también por una flecha de Heracles, y Paniasis cuenta lo mismo de Helio. El mismo Panyasis dice que Hera[250], la que preside los matrimonios, fue herida por Heracles «en la arenosa Pilos»[251]. Y Sosibio relata que incluso a Heracles lo hirieron los Hipocóntides en la mano[252].

[3] Si hay heridas, hay también sangre. Ese «icor»[253] de los poetas es más horrible que la sangre, pues se cree que el icor es la putrefacción de la sangre. Hay que suministrarles, asimismo, cuidados y alimentos, pues los necesitan.

[4] Tienen, por tanto, festines, borracheras, risas y relaciones sexuales. No mantendrían relaciones al estilo humano, ni tendrían hijos, ni dormirían, si fueran inmortales y estuvieran libres de necesidades, en perpetua juventud.

[5] El mismo Zeus participó con los etíopes[254] en una comida humana, comida inhumana e impía, invitado por el arcadio Licaón[255]. Comió, pues, sin quererlo, carne humana, pues desconocía Zeus que su anfitrión Licaón, el arcadio, mató a su propio hijo (se llamaba Níctimo) y se lo presentó como alimento a Zeus[256].

[37] ¡Excelente profeta Zeus! ¡El protector de huéspedes y suplicantes, el que atiende a los que le invocan, el que vaticina todo, el vengador de los crímenes! Más bien es el injusto, culpable, sin ley, impío, inhumano, violento, corruptor, adúltero, apasionado. Pero existió entonces, cuando había uno semejante, es decir, cuando había un hombre, pero ahora ya me parece que incluso vuestros mitos han envejecido[257].

Zeus ya no es una serpiente, ni un cisne, ni un águila[258], [2] ni un hombre enamorado. No vuela como un dios, no mantiene relaciones con los jóvenes, no ama, no hace violencia, aunque también ahora hay muchas hermosas mujeres; son más bellas que Leda[259], más atractivas que Sémele[260], y muchachos más encantadores y cultivados que el pastor frigio[261].

¿Dónde está ahora aquel águila? ¿Y dónde el cisne? [3] ¿Dónde está el propio Zeus? Ha envejecido con sus alas, pues, sin duda, no se arrepiente de sus amoríos, ni se instruye para ser prudente. El mito queda desnudo ante vosotros: murió Leda, murió el cisne, murió el águila. ¿Buscas tu Zeus? No mires al cielo sino a la tierra.

El cretense Calímaco, en cuya tierra está enterrado, te lo [4] explicará en sus himnos:

Tu tumba, señor, la construyeron los cretenses[262].

Así pues, Zeus murió —no te enfades— como Leda, como el cisne, como el

águila, como el hombre apasionado o la serpiente.

[38] Ahora incluso los mismos supersticiosos parece que han comprendido su error respecto a los dioses, aun en contra de su voluntad:

> *no proceden de una antigua encina, ni de una roca,*
> sino que *son «linaje humano»*[263];

y poco después se convertirán en árboles y piedras.

[2] En efecto, cuenta Estáfilo que se venera en Esparta a un Zeus Agamenón[264]. Y Fanocles, en su libro *Los amores o los bellos*, dice que Agamenón, el rey de los griegos, erigió un templo a Afrodita Arginnos en honor de su amante Arginnos[265].

[3] Los arcadios invocan a una Ártemis llamada Estrangulada, según dice Calímaco en *Las causas*[266]. En Metimna dice Condilitis que se venera a otra Ártemis y en Laconia hay también un templo de otra Ártemis, Podagra, según dice Sosibio[267].

[4] Polemón conocía una estatua de Apolo «con la boca abierta» y otra, a su vez, de un Apolo «glotón», que se venera en Elis[268]. Allí los eleos ofrecen sacrificios a un Zeus «cazador de moscas»[269]; los romanos a un Heracles «cazador de moscas» y a la Fiebre y al Miedo, a los que inscriben como compañeros de Heracles.

Y me olvido de los argivos. Ellos y los laconios adoran [5] a Afrodita «que despoja las tumbas» y los espartanos veneran a Ártemis «tosedora», pues al toser lo llaman *chelíttein*.

¿Crees que hemos puesto nosotros estos textos para ganarte? **[39]** Parece que no reconoces a tus escritores. A ellos los llamo como testigos contra tu desconfianza; oh infelices, que habéis atado a un objeto de burla impío toda vuestra vida, una vida verdaderamente insoportable.

¿No se ha venerado en verdad a un Zeus calvo en Argos [2] y a otro vengador en Chipre? ¿Y los argivos no hacían sacrificios a una Afrodita Peribaso[270], los atenienses a una cortesana y los siracusanos a una «Calipigo», que el poeta Nicandro llamó en alguna parte «la de las bellas nalgas»[271]?

No hablo ya de Dioniso «Coiropsala»[272]. Los siciones [3] adoran a este Dioniso y le encargan de los órganos femeninos, porque le veneran como el guardián que provoca el desenfreno vergonzoso. Tales son sus dioses y tales también ellos mismos, cuando se burlan entre los dioses, pero más se burlan y se ultrajan a sí mismos.

¿No son mucho mejores los egipcios, que adoran a animales [4] irracionales[273] en sus villas y ciudades, que los griegos que honran a semejantes dioses? Pues los animales, aunque son fieras, no son adúlteros, ni están dominados por la lujuria, ni persiguen un solo placer contra la naturaleza. En cambio, los otros ¿por qué es

necesario decir aún cómo son, cuando se les ha refutado suficientemente?

[5] Los egipcios, que acabo de nombrar, tienen sus cultos completamente dispersos[274]. Los sienitas adoran al pez fagro; los que viven en Elefantine al mayote (otro pez); los oxirrincitas al pez que lleva el mismo nombre que su tierra; los heracleopolitas al icnenmón; los saítas y tebanos a la oveja; los licopolitas al lobo; los cinopolitas al perro; los de Menfis a Apis y los de Mendes al macho cabrío[275].

[6] En cambio, vosotros, que en todo sois mejores que los egipcios —temo decir que peores— y que no dejáis de reíros cada día de ellos, ¿cómo sois también respecto a los animales irracionales? Los tesalios honran a las cigüeñas por costumbre; los tebanos a las comadrejas a causa del nacimiento de Heracles. ¿Y qué, por su parte, los tesalios? Cuentan que veneran a las hormigas, porque saben que Zeus se hizo semejante a una hormiga para unirse a Eurimedusa, la hija de Cletor, y engendrar a Mirmidón[276].

[7] Polemón narra que los habitantes de Tróade veneran a las ratas de su país, a las que las llaman «esmintos», porque royeron las cuerdas de los arcos enemigos[277]. Por aquellas ratas también a Apolo le llaman «Esmintio»[278].

[8] Heraclides, en su libro *Fundaciones de santuarios en Acarnania*, afirma que, donde se encuentra el promontorio Actio y un templo de Apolo Actio, se inmolaba un buey a las moscas[279].

No me olvidaré de los samios (una oveja afirma Euforión [9] que veneran los samios[280]), ni de los sirios que habitan Fenicia; de ellos, unos veneran las palomas y otros los peces[281] de modo tan extraño como los eleos veneran a Zeus.

Bien, puesto que no son dioses esos que adoráis, de nuevo **[40]** me parece que hay que examinar si, en realidad, se trata de demonios, catalogados en un segundo orden, como decís vosotros. Pues, si son demonios, son ambiciosos y malvados[282].

Es posible hallar también demonios locales que reciben [2] honra públicamente en las ciudades: Menedemo entre los citnios, Calistágoras entre los tenios, Anio entre los delios y Astrábaco entre los laconios[283].

En Falero se honra también a un cierto «héroe en la popa»[284]. Y la Pitia ordenó a los plateenses que sacrificaran a Andrócrates, Demócrates, Cicleo y Leucón, cuando tenían lugar las batallas más importantes de las Guerras Médicas[285].

El que es capaz de pensar un poco, puede ver aún otros **[41]** muchos demonios:

hay en la tierra fecunda tres mil
demonios inmortales, guardianes de los hombres mortales[286].

Quiénes son los guardianes, beocio, no te niegues a decírnoslo. [2] Es evidente

que ésos y los que reciben más honor que éstos, los grandes demonios: Apolo, Ártemis, Leto, Deméter, Core, Plutón, Heracles y hasta el mismo Zeus. Pero no vigilan, habitante de Ascra[287], para que no escapemos, sino, quizá, para que no cometamos alguna falta, ¡ellos que, sin duda, no tienen experiencia de las faltas!

Aquí conviene decir un proverbio:

un padre que no es reprendido, reprende a su hijo[288].

[3] Y, si éstos son guardianes, no se muestran apasionados por vuestro interés, sino que, emprendiendo vuestra propia perdición, persiguen la vida como los aduladores, atraídos por el humo. Los mismos demonios reconocen su glotonería cuando dicen:

de la libación y el humo de las víctimas recibimos nosotros la honra[289].

[4] Si los dioses egipcios, como las comadrejas o las gatas, recibieran voz, ¿qué otra preferirían más que la homérica y poética, la del humo de las víctimas y amiga de la grasa de los sacrificios? ¡Tales son, ciertamente, vuestros demonios y los dioses y si hay algunos semidioses, como llaman a las mulas, pues no tenéis escasez de nombres para las uniones de la impiedad!

[83] Desde el s. v a. C., la religión griega está sometida a un proceso que la va socavando interiormente: en primer lugar, por parte de los poetas y, más adelante, por los filósofos, que se recrean con frecuencia en lo absurdo o escandaloso de los mitos. El cristianismo, en realidad, sólo tiene que esgrimir los mismos argumentos y sacar las últimas consecuencias (cf. O. GIGON, *La cultura antigua y el cristianismo*, Madrid, 1970, págs. 106-116).

[84] Los griegos adoraron siempre los oráculos, quizá por el hecho de ser un pueblo curioso e impaciente que quería conocerlo todo, incluso el futuro. A continuación menciona los más famosos.

[85] Zeus ostenta en el Olimpo el poder supremo, por lo que posee asimismo el don de predecir el futuro. Se decía que en Dodona «los robles de Zeus» daban los oráculos del dios por el movimiento de su follaje (interpretado por las sacerdotisas del santuario). La credulidad griega nunca tuvo límites en este sentido, recurriendo a la adivinación desde muy antiguo (cf. *Ilíada* I 106-108).

[86] Cf. Escol. a Eur., *Or*. 1087; PAUS., X 8, 5.

[87] Fuentes famosas en Grecia. La primera situada cerca del santuario pítico de Delfos y la segunda junto a otro santuario de Apolo, el de Claros. Alude Clemente a las arraigadas creencias que aún se mantenían en el pueblo griego acerca de la magia y de los oráculos. El origen está en la falta de explicación de ciertos fenómenos de la naturaleza en los primeros siglos de la humanidad. Se hicieron famosas especialmente algunas fuentes y cuevas, donde, mediante la exhalación de ciertos gases, se decía que el dios se revelaba al consultante.

[88] El dios por excelencia de la adivinación era Apolo. En tres santuarios se oían sus oráculos: en Asia Menor, el de Claros (cerca de Colofón) y Dídima (en Mileto); en Grecia, Delfos (cf. É. DES PLACES, *La Religion Grecque*, París, 1969, pág. 132, y C. PICARD, *Éphèse et Claros*, París, 1922, págs. 451 y 464). Nuestra mejor fuente es JÁMBLICO (*De mysteriis* III 2).

[89] Cf. PAUS., X 6, 3; 32, 2.

[90] Adivino, protegido por Zeus y Apolo y guerrero famoso por su honradez y valentía no menos que por su piedad (cf. *Ilíada* XV 245-253; PAUS., I 34, 1-5; V 17, 7 ss.; IX 41, 2; VIRG., *Eneida* VII 670; XI 640; HOR., *Odas* I 18, 2; II 6, 5).

[91] Hijo de Anfiareo, fue honrado después de su padre en el santuario de su propio nombre (cf. ESTRAB., XIV págs. 668 ss.; PAUS., I 34, 3; II 1, 1; 18, 4-5; 20, 5; III 15, 8; V 17, 7; X 10, 4).

[92] Alude principalmente a los Misterios de Eleusis, los más famosos de la Antigüedad. Mientras sobre los ritos órficos apenas conocemos nada, en cambio de éstos poseemos un documento único por su antigüedad: el *Himno hom. a Deméter*, que puede remontar al s. VII a. C. Si Clemente ataca tanto las religiones de misterios es porque, en esta época de decadencia y superstición, han cobrado mucha más importancia que las antiguas creencias en los dioses olímpicos. Más adelante, él mismo contará algunas de las ceremonias que tenían lugar en ellos (15, 1 ss.; 20, 1 ss.).

[93] Joven de la nobleza ateniense admirado por su belleza. Buscando ambiciones particulares, participó en la Guerra del Peloponeso, unas veces en el bando ateniense, otras en el persa o en el espartano. Fue acusado de ridiculizar los cultos mistéricos de Eleusis (cf. TUC., VI 28; PLUT., *Alcibíades* 19).

[94] Nunca Clemente utiliza de forma banal la palabra «logos». Toda verdad se refiere al Logos, Cristo.

[95] Sobre sus misterios habla Clemente más adelante: 17, 2; 18 y 22, 4. Entró en Grecia su culto en época clásica, pero, en realidad, permaneció como algo extraño hasta época helenística; en el s. II d. C. sus fiestas se multiplican enormemente. Nilsson piensa que, en realidad, se trata de «pseudo-misterios» (es decir,

no son ritos secretos, accesibles sólo a los iniciados) y que su carácter explica a la vez la popularidad y la menor influencia que otros más serios y más exigentes (cf. M. P. NILSSON, *The Dionysiac Mysteries of Hellenistic and Roman Age*, Lund, 1957).

96 En el mundo pagano la serpiente era símbolo de la fecundidad y de los cultos lascivos.

97 Alude al tema de Eva fecundada por la serpiente (tema ya judío), frente a la Virgen fecundada por la palabra de Dios; Eva creyó a la serpiente; María creyó al ángel. Justino es el primer escritor que completa la comparación que realizó san Pablo entre Adán y Cristo con la de Eva y María (cf. E. MOLINÉ, *Los Padres de la Iglesia*, Madrid, 1978, pág. 95).

98 Clemente ve el nombre semítico de Eva, *Éva*, en el grito de las bacantes, *Evá*, y asimismo iguala el término a la palabra que en los dialectos arameos significa «serpiente» (símbolo en el mundo judío de una divinidad pagana). La etimología es falsa, pero quiere servirse de ella con fines didácticos; en realidad, el grito de las bacantes es «evohé». En *Gn* 3, 20, se relaciona el nombre de Eva con la vida. El interés por las etimologías se observa asimismo en *Strom*. V 8, 45, 2; 46, 4; 49, 4 (cf. U. TREU, «Ethymologie und Allegorie bei Klemens von Alexandrien», *TU* 79 = *SP* 4 (1961), págs. 191-211). Cf. *infra*, 13, 1-2. También Filón gustaba de las falsas etimologías.

99 Se trata de Deméter y Perséfone, madre e hija respectivamente. Ésta fue raptada por Hades y llevada a los infiernos; su madre anduvo buscándola durante varios meses de noche y de día. Finalmente suplicó a Zeus que le fuera devuelta y éste le concede que una mitad del año la pase con su madre y la otra con su nuevo esposo. Al volver Perséfone a la tierra, comienza la vida (la primavera), vida que termina cuando regresa de nuevo a los infiernos en el otoño (cf. HESÍODO, *Teogonía* 453 ss.; 912-914; *Ilíada* XIV 326; *Odisea* V 125 ss.; XI 217; CALÍM., *Himno a Deméter* 1 ss.).

100 Cf. PAUS., I 38, 7.

101 Alude Clemente a la semejanza fonética entre los dos términos: *mystḗria-mysthḗria* (nuevo juego etimológico).

102 Hijo de Zeus y de la hija de Atlante, Electra. Construyó la ciudad de Troya y reinó en toda la región. Pasa por haber iniciado a los troyanos en los misterios de los dioses de Samotracia (los Cabiros) e introducido en Frigia el culto a Deméter.

103 Sobre Dárdano y su hermano Etión, cf. PAULY-WISSOWA, *Real Encycl*. IV 2 y V 2.

104 Cf. HERÓD., VIII 138; Ov., *Metamorfosis* XI 85 ss.

105 Según la tradición, fue el primer rey de Chipre y el introductor del culto a Afrodita en la isla. Se dice (Clemente es nuestra mejor fuente, en este sentido, cf. É. DES PLACES, *La Religion Grecque*..., pág. 103) que en los misterios los iniciados recibían un pastel en forma de falo y un grano de sal y que en ellos perdían las vírgenes su virginidad (cf. 14, 2). Pasó por poseer el don profético y ser un músico notable. Amado por la diosa, obtuvo de ella riquezas cuantiosas (cf. *Ilíada* XI 20 ss.).

106 Adivino y médico (cf. PAUS., IV 36, 3; HERÓD., IX 34).

107 Cf. HES., *Teog*. 190 ss.; H. HERTER, *Éléments orientaux dans la religion grecque*, París, 1960, págs. 61-76; G. DEVEREUX, «La naissance d'Afrodite», *Mél. Lévi-Strauss*, París, 1970, II, págs. 1229-1232.

108 Cf. HES., *Teog*. 126 ss.; 463 ss.; 886 ss.; 924 ss.; *Titanomaquia*, fr. 1 (Kinkel); cf. CIC., *De Nat. Deor*. III 17, 44; *Frag. orf*. 89, 1; DIOD. SÍC., III 57 ss.; PLATÓN, *Timeo* 40e.

109 Emblema de la generación que se llevaba en las fiestas de Dioniso.

110 Se trata de Deméter (cf. también en esta misma obra, 15; 16; 17, 1 y 20-21).

111 La proclamación del hierofanta era: «La augusta Brimó ha engendrado al sagrado Brimos, la fuerte ha engendrado al fuerte» (cf. É. DES PLACES, *La Religion Grecque*..., pág. 212).

112 Dios frigio compañero de Deméter (cf. PAUS., VII 17, 9-10). Fue amado de Agdistis, ser hermafrodito, y, enloquecido por él, se castró en una escena orgiástica, provocando asimismo la mutilación

de todos los que participaban en la ceremonia. El culto común de la Gran Madre y de Atis no es anterior a la época romana, siendo más celebrado en Roma que en la propia Atenas (cf. É. DES PLACES, *La Religion Grecque*..., pág. 81).

113 Nombre dado también a Perséfone (o Ferefata).

114 Porquerizo que se encontraba con su rebaño en el lugar en que Hades raptó a Perséfone; como una parte del rebaño fue tragada junto con las dos divinidades, se inmolaban a Eubuleo cierto número de lechones en una sala subterránea, al celebrarse la fiesta de las Tesmoforias. Por otra parte, el nombre de Eubuleo (el «buen consejero») es un sobrenombre del mismo Hades (cf. PAUS., I 14, 2; IX 8, 1).

115 Desliz de Clemente, pues el mito habla sólo de la hija de Deméter. Wilamowitz, por eso, conjetura el dual y Rohde el singular femenino.

116 Fiestas que se celebraban en honor de Deméter, que recibía este mismo nombre, es decir, «la legisladora». Son las más extendidas de todas las fiestas griegas; duraban tres días en Esparta y diez en Siracusa; en Atenas significaba la gran fiesta de las Diosas (cf. É. DES PLACES, *La Religion Grecque*..., págs. 98-99).

117 Clemente asocia las tres fiestas al rapto de Perséfone; sin embargo, las Arretoforias se celebraban en honor de Atenea, mientras que las otras dos sí estaban consagradas a Deméter (cf. É. DES PLACES, *La Religion Grecque*..., págs. 97-98). En las tres los participantes ofrendaban regalos a las divinidades, como se deduce de la última parte del compuesto (*phérō*, «llevar»); en las Arretoforias se llevarían objetos misteriosos, ocultos, como indica la palabra *árrēta*, seguramente muy parecidos a los que contenía la cesta de los Misterios Eleusinos (símbolos de fecundidad).

118 Cf. PAUS., IX 8, 1; ARISTÓF., *Acarnienses* V 747, 764.

119 Curetes y coribantes terminan identificándose en un solo grupo muy similar al de los sátiros (se ve muy bien en el coro de *Helena* de Eurípides, cf. W. K. C. GUTHRIE, *The Greeks and their Gods*, Londres, 1950, pág. 156).

120 *Orphic.*, fr. 34 (Kern).

121 Significa, en realidad, «la que blande la lanza», derivado del verbo *paleín* (agitar), aunque para É. DES PLACES (*La Religion Grecque*..., pág. 45) es un sinónimo de «joven». Seguramente recibió el nombre por nacer totalmente armada de la cabeza de Zeus, blandiendo la lanza y con el escudo levantado. Nuevo juego etimológico de Clemente.

122 Eran hijos del Cielo y la Tierra, hermanos de Crono, el padre de Zeus.

123 *Ilíada* II 426.

124 *Ilíada* IV 49.

125 Participantes en el culto de Cibeles. Un coro de *Bacantes* (v. 126 ss.) asocia a bacantes y coribantes; las mismas expresiones encontramos en el *Banquete* de Platón cuando Alcibíades, borracho, compara los transportes coribánticos con el estado en que deja la influencia socrática. Tienen en común la «manía», el delirio de Dioniso.

126 El nombre deriva de «anáctora», los santuarios antiguos; también a los dioses en otro tiempo se les llamaba *ánactes*, soberanos (cf. PAUS., X 38, 7).

127 Etruria.

128 Deméter, la diosa Madre de los griegos que acabó por identificarse con la Tierra. Más tarde, junto a Hades e Íaco (identificado a veces con Dioniso, cf. É. DES PLACES, *La Religion Grecque*..., pág. 34), formará la tríada eleusina. Con Perséfone domina los Misterios de Eleusis, siendo llamadas, sin más, «las diosas» (cf. ARISTÓF., *Lisístrata* 112 y *Tesmoforias* 83-297).

129 Hijo de Posidón y de Quíone. Varias tradiciones le atribuyen la institución de los Misterios de Eleusis. La familia sacerdotal de los Eumólpidas se consideraba descendiente de él (cf. Escol. a Sóf., *Edipo en Colono* 1053; PAUS., I 38, 3; II 14, 3).

130 Los sacerdotes que iniciaban las ceremonias en las fiestas de Eleusis.

131 Bebida típica que tomaban los iniciados en estas ceremonias sagradas. En el *Himno a Deméter*, v. 208 ss., la bebida pedida es una mezcla de harina, agua y una especie de menta. Sin embargo, en la literatura griega se dan varias fórmulas: *Ilíada* XI 624 y 641; PLATÓN, *Rep*. III 406a y 408b.

132 Sacerdote encargado de iniciar en los misterios.

133 Dios que preside místicamente la procesión de los iniciados en los Misterios de Eleusis. Su nombre parece que no es otra cosa más que una clase de onomatopeya sacada del grito ritual *Iacche* proferido por los fieles (cf. É. DES PLACES, *La Religion Grecque*..., págs. 34-35). Se le consideraba mediador entre las diosas eleusinas y Dioniso. A veces se le tiene por hijo de Deméter, que la habría acompañado en la búsqueda de Perséfone y que, con su risa ante los gestos de Baubo, habría animado a la diosa (cf. DIOD. SÍC., III 64, 1 ss.; LUCR., *De rer. nat*. IV 116; PAUS., VIII 37, 5; *Himno a Deméter*). A partir del s. III d. C. se le identifica con Dioniso. Para este fragmento cf. *Orphic. fragm*., fr. 52 (Kern).

134 Los Misterios se componían de tres elementos: lo que se hacía, lo que se decía y lo que se mostraba (cf. M. J. LAGRANGE, *Introduction à l'étude du N. T.*; *Critique historique* I. *Les Mystères*: *orphisme*, París, 1937, pág. 193). El *mystes* pronunciaba la palabra de paso que nos transmite Clemente: «yo ayuné...». La fórmula son los *legómena*. La indignación de los apologistas deja poco lugar a la duda sobre el carácter de los objetos contenidos en los cestos y sus manipulaciones (cf. M. J. LAGRANGE, en *Revue Biblique* (1919), 206); así pues, creemos que es preferible mantener *ergasámenos*, «después de haber manejado», de los manuscritos (que Lobeck corrige en *eggeusámenos*, «después de haber probado»). Seguramente en uno de los cestos se encontraba un falo y en el otro el símbolo del órgano sexual femenino. En favor de esta opinión contamos con la *Lisístrata* de Aristófanes, v. 1184, y datos arqueológicos (cf. É. DES PLACES, *La Religion Grecque*..., pág. 210, en donde el autor remite a la obra de P. PRÜMM, *Religionsgeschliches Handbuch*, Friburgo, 1943, que afirma lo mismo sobre los órganos sexuales de los Misterios).

135 *Ilíada* II 547.

136 Erecteo es el legendario rey ateniense. Su sepulcro se encontraba en la Acrópolis, en el templo de su nombre (cf. *Ilíada* II 547; HERÓD., VII 189; VIII 55; PAUS., I 5, 3; 27, 4; 38, 3; VII 1, 2 ss.).

137 Cf. HERÁCLITO, fr. 27.

138 HERÁCLITO, fr. 14.

139 El nombre le viene dado por la larga túnica lidia (*basara*) que vestían las ménades o bacantes.

140 Hija de Urano y de Gea. Enseñó el arte de la adivinación a Apolo y, con anterioridad al dios, poseía el santuario pítico en Delfos (cf. HESÍODO, *Teogonía* 135; 901 ss.; DIÓN. HALIC., I 31).

141 Cf. n. 133.

142 Recordamos que se trata de san Pablo.

143 *Ef* 2, 12. Es la única vez que se emplea la palabra «ateo» en el *N.T.*

144 Casaubon añade el nombre de Anacarsis.

145 Héroe de la costa asiática que interviene en la leyenda de los argonautas (cf. APOL. ROD., *Arg*. 1949 s.).

146 Cf. HERÓDOTO, IV 76, donde se hace de Anacarsis el culpable y la víctima.

147 JENÓFANES, *Test*. 13 (edic. Diels). Cf. PLUT., *Amatorius* 763 y *De Is. et Os*. 379 B.

148 Hijo de Zeus y de Mégara. Su nombre lo recibió de Apolo, «gloria de Hera», cuando la diosa le impuso los famosos doce trabajos (cf. P. GRIMAL, *Diccionario de Mitología griega y romana*, Madrid, 1965, pág. 239), gracias a los cuales llegó a ser el héroe más famoso de la mitología griega (cf. EUR., *Her. fur*., 16 ss.; 1079 ss.; 1258; 1266; PAUS., IX 25, 2); PÍND., *Nemea* X 10-17; I 33-40; 49-73; TEÓCRITO, *Idilio* XXIV.

[149] Descendiente de Perseo, rey de Tirinto y Micenas; fue el que encomendó a Heracles los trabajos, que le harían digno de la apoteosis (cf. *Ilíada* XV 639 ss.; XIX 95-133; *Odisea* XI 620; PAUS., I 35, 2 ss.; II 29, 4; PÍND., *Pítaca* IX 137; sobre la muerte y apoteosis: SÓF., *Traquinias* 756 ss.; 1191 ss.; SÉN., *Her. sobre el Eta* 485 ss.; 1483 ss.).

[150] *Toúpson*, «alimento», es una conjetura de Cobet al *toúton*, «esto», de los manuscritos.

[151] Cf. n. 57.

[152] *Dt* 23, 1-2.

[153] EUR., fr. 935 (edic. Nauck). Recoge Clemente esta misma cita en *Strom*. V 14, 114, 1.

[154] EUR., *Troyanas* 884 ss. Estas dos citas parecen tomadas de algún florilegio.

[155] Lo mismo que san Justino, Clemente se recrea en el pensamiento de que el hombre está hecho para el cielo, su naturaleza es celeste (cf. PLATÓN, *Timeo* 90a).

[156] *Theîn*, «correr»; su pronunciación le recuerda a Clemente a *theós*, «dios». Sobre esta idea cf. PLATÓN, *Crátilo* 397d.

[157] Tres diosas encargadas de vengar los delitos de sangre cometidos entre los miembros de una misma familia. Son análogas a las Parcas, ante las que Zeus mismo se encuentra sometido. En Atenas, para procurarse su protección, se las llamó lisonjeramente Euménides, «benévolas» (cf. HESÍODO, *Teogonía* 156-190; *Ilíada* IX 571; XIX 87, etc.).

[158] Cf. CIC., *De leg*. II 11, 28; PAUS., I 28, 5.

[159] La Justicia.

[160] Las tres Parcas, diosas del destino de los hombres; una preside los nacimientos, otra los matrimonios y la tercera la muerte.

[161] Cf. PAUS., IX 35, 2.

[162] Himármene es la personificación de la fatalidad; para Auxó y Taló, cf. PAUS., IX 35, 2.

[163] Hijos de Zeus. Se llamaban Cástor y Pólux y, tras realizar grandes hazañas entre los griegos, fueron catasterizados por su padre en la constelación de los Gemelos (cf. *Odisea* XI 298 ss.; *Ilíada* III 236 ss.).

[164] Hijo de Apolo e instruido por el centauro Quirón en el arte de la medicina (cf. *Himno hom. a Asclepio*; PÍND., *Pítica* III; Ov., *Metamorfosis* II 535 ss.; CIC., *De nat. deorum* II 59 ss.).

[165] Continuamente Clemente retoma la misma idea a lo largo de la obra: el hombre está hecho para el cielo.

[166] Mientras a la apostasía diabólica iba a corresponder la maldición (cf. A. ORBE, *Antropología de San Ireneo*, 1969, págs. 317-321), a la transgresión de Adán sólo corresponderá la imprecación (*Gn* 1, 28; cf. J. J. AYÁN, *Antropología*..., pág. 219).

[167] *Ef* 2, 3-5.

[168] *Hb* 4, 12.

[169] Cf. *Rm* 6, 4; *Col* 2, 12.

[170] EMPÉDOCLES, fr. 145 (Diels).

[171] *Sibyll. Orac.*, fr. 1, 23-25 y 27.

[172] Para este pasaje, cf. CIC., *De nat. deorum* III 53-59.

[173] Cf. HERÓD., II 59.

[174] Cf. PAUS., IV 36, 2.

[175] Gigante que, según algunos autores, engendró a la diosa Atenea (CIC., *De nat. deorum* III 23).

[176] Se le consideraba hijo de Pan y de una ninfa. Fue el educador de Dioniso; poseía una gran sabiduría, pero no la revelaba a los hombres, sino por la fuerza. Capturado en cierta ocasión por el rey

Midas, le dio sabios consejos.

177 Cf. ARISTÓT., fr. 283 (MÜLLER, II, pág. 190).

178 Héroe tesalio.

179 Cf. É. DES PLACES, *La Religion Grecque…*, págs. 108-109.

180 Venerado principalmente en Arcadia, su culto fue muy popular; en su persona se realiza un sincretismo muy complejo (cf. P. CHANTRAINE, en *Mélanges O. Navarre*, Toulouse, 1935, págs. 78-79).

181 De origen pelasgo; su culto en Atenas arranca de la ocupación de la ciudad por este pueblo (cf. A. B. COOK, *Zeus*, I-III, Cambridge, 1911, 1925, 1940, págs. 226-227). Homero lo hizo griego al convertirlo en dios del fuego.

182 Dios tracio poco estimado en el mundo griego; Heródoto describe el culto salvaje que se le tributaba entre los escitas (IV 62).

183 *Ilíada* V 31 y 455.

184 Cf. SÓF., *Antígona* 970.

185 *Ilíada* V 385-387.

186 CALÍM., fr. 187-188 (Schneider).

187 *Ilíada* I 591.

188 *Ilíada* XVIII 411.

189 PÍND., *Pítica* III 97 y 100-105.

190 EUR., *Alcestis* 3-4.

191 Cf. CIC., *De nat. deorum* III 59.

192 *Ilíada* III 243 ss.

193 *Kypria*, fr. 5 (Kinkel).

194 *Odisea* XI 26.

195 Deyanira, engañada por el centauro Neso, regala a su esposo Heracles una túnica empapada en la sangre del centauro, persuadida de que tenía propiedades especiales para devolverle el amor conyugal perdido. Sin embargo, al ponérsela el héroe, es abrasado por ella y termina su vida arrojándose a una pira en el monte Eta, para concluir más rápidamente el tormento.

196 Eran, según la tradición, las cantoras de los dioses y protectoras de las artes; nueve en total: Calíope de la poesía heroica, Clío de la historia, Melpómene de la tragedia, Talía de la comedia, Euterpe de la música, Tersícore de la danza, Erato de la lírica, Polimnia del canto y Urania de la astronomía (cf. *Ilíada* I 406; HESÍODO, *Teogonía* 35 ss.).

197 Cf. *Ilíada* XXIV 544 (donde aparece como rey de Lesbos); cf. también ESTRAB., VIII 356; XIII 586; PAUS., X 38, 4; DIÓN. HAL., I 18.

198 Cf. *F.H.G.*, IV, pág. 457, y F. MAYENCE, *Antiquité classique* VIII 1 (1939), 202.

199 La divinidad protectora de Atenas, junto con Atenea; se decía que había regalado a la ciudad el caballo (cf. SÓF., *Edipo en Colono* 1070-1073).

200 Raptada por Posidón, la convirtió en reina del mar (cf. *Odisea* III 91; XII 60).

201 Una de las cincuenta hijas de Dánao. Tuvo de Posidón al héroe Nauplio (cf. HIG., *Fáb.* 169).

202 Hija del rey de Eleusis; tuvo un hijo de Posidón, por lo que fue ejecutada por su padre (cf. HIG., *Fáb.* 187, 238; 252).

203 Según la tradición, tuvo dos hijos del dios (cf. HIG., *Fáb.* 157; 186; 252).

204 Hija del rey de los vientos, Eolo.

205 Posidón la raptó llevándola a las islas Equínades, donde le dio un hijo (cf. APOLOD., *Bibl.* II 4, 5).

206 Hija de Posidón y de Alcíone.

207 Nieta de Ares, raptada por Apolo (cf. APOLOD., *Bibl.* I 7, 7 ss.).

208 Ninfa amada por Apolo; perseguida por éste, suplicó a su padre, el río Peneo, que la transformase; éste la convirtió en laurel, la planta preferida del dios desde entonces (cf. Ov., *Metamorfosis* I 452 ss.; HIG., *Fáb.* 203).

209 *Ilíada* I 544.

210 Cf. HERÓD., II 46; PLUT., *Moralia* 989 A.

211 *Ilíada* I 528-530.

212 Esposa de Anfitrión, rey de Tebas. Enamorado Zeus de ella, se hizo pasar por el rey y se unió a ella en una noche que prolongó durante veinticuatro horas, impidiendo que el sol saliera al día siguiente. De esta unión nacerá Heracles (cf. APOLOD., *Bibl.* II 4, 5; 8, 1 ss.; PÍND., *Nemea* X 15; *Ístmica* VII 5; *Pítica* IX 149).

213 Parece que Clemente se confunde con las relaciones que mantuvo Zeus con Mnemosine, pues éstas sí duraron nueve noches, según afirma HESÍODO, *Teogonía* 56.

214 Cf. nn. 148 y 149.

215 *Ilíada* V 403.

216 Heracles fue el que se enamoró de él (cf. APOL. ROD., *Arg.* I 1027 ss.).

217 Apolo; al morir el joven, el dios lo transformó en la flor que lleva su nombre.

218 Era hijo de Tántalo; su amante fue el dios Posidón (cf. PÍND., *Olímpica* I 25).

219 Hijo de Pélope; la versión que tenemos es que fue raptado por el rey tebano Layo (cf. APOLOD., *Bibl.* III 5, 5).

220 Zeus amó a los dos últimos; a Ganimedes se lo llevó al Olimpo (cf. *Ilíada* V 265 ss.; XX 232 ss.) para que sirviera de copero a los dioses (era hijo del rey troyano Tros, que dio nombre a la ciudad).

221 *Odisea* VIII 324.

222 Personificación de la Aurora; pertenece a la primera generación divina (cf. HESÍODO, *Teogonía* 371 ss.; 378 ss.; 986 ss.).

223 Hija de Nereo (cf. HESÍODO, *Teogonía* V 1004).

224 Hijo de Zeus y de la ninfa Egina. El más piadoso de todos los griegos, según la tradición.

225 La más famosa de las relaciones de diosas con mortales es la de Tetis con Peleo de la que nacerá Aquiles, el héroe más importante de la guerra de Troya.

226 Su culto entra en Grecia junto con el de Deméter, un poco antes de la época clásica (aunque nunca de modo oficial). Fue amante de Afrodita y de Ferefata. Teócrito, en su *Idilio XV*, describe las lamentaciones y las ofrendas del dios. Se sabe que en Lesbos se celebraba su culto al menos desde el s. VI (cf. PAUS., IX 29, 8), pues Safo conocía ya su rito fúnebre (fr. 62, Bergk).

227 Cf. 13, 4 y 14, 2. (n. 105).

228 Epíteto dado a Hera por Homero, cf. *Ilíada* I 551, etc.

229 El pastor que actúa como juez es Paris, príncipe de la casa de Troya e hijo de Príamo. En realidad, fueron tres las diosas que se disputaron el premio a la belleza: Hera, que ofreció riquezas al joven si se lo otorgaba; Atenea, que le prometió victorias en las guerras, y Afrodita, que le concedería la mujer más hermosa, Helena. Paris se inclina por la última, provocando con su decisión, según la tradición, la guerra de Troya.

230 Juegos y espectáculos públicos consagrados a alguna divinidad. Los más importantes son los que menciona aquí Clemente: los ístmicos, que lloran la muerte de Helicerte (su madre, Ino, presa de locura, se arrojó con él al mar); los nemeos rinden honor al príncipe de Nemea, Arquemoro (ahogado por una

serpiente); los píticos, donde se celebra la victoria de Apolo sobre la serpiente Pitón, y los olímpicos, que rinden honor a Pélope, hijo de Tántalo (su padre le dio muerte por ofrecer un banquete a los dioses y conocer, de este modo, si adivinaban las cosas ocultas).

231 Cuando Apolo decidió fundar un santuario al pie del Parnaso cerca de Delfos, encontró que habitaba el lugar un dragón (pasaba por ser hijo de la Tierra, como la mayor parte de los monstruos y, como tal, pronunciaba oráculos); exterminaba tanto a los animales como a los seres humanos, por lo que el dios le dio muerte con sus flechas (cf. *Himn. hom. a Apolo*, 286 ss.; CALÍM., *Himn. a Apolo* 100 ss.).

232 Cf. APOLOD., *Bibl.* I 9, 1 ss.; III 4, 3.

233 En realidad se llamaba Ofeltes, hijo del rey de Nemea. Fue ahogado por una serpiente por descuido de la criada que le cuidaba.

234 Este pasaje lo cita EUSEBIO, *Prepar. evang*. II 6, 10.

235 HERÁCLITO, fr. 15 (Diels).

236 Al yugo de la esclavitud opone Clemente el de la «libertad» del evangelio (cf. *Strom*. II 22, 5).

237 Rey de Feres, en Tesalia; al morir su padre, tuvo a Apolo por boyero. Se enamoró de Alcestis, hija de Pelias, rey de Yolco, y pudo lograr el matrimonio gracias a la ayuda del dios (cf. APOLOD., *Bibl.* I 8, 2; 9, 16; EUR., *Alcestis*).

238 Reina de Lydia, en cuya corte fue esclavo Heracles (cf. APOLOD., *Bibl.* II 6, 3; 7, 8).

239 Uno de los primeros reyes de Troya. Apolo y Posidón construyeron sus murallas (cf. APOLOD., *Bibl.* II 6, 4; III 12, 3 y 8).

240 Varias veces nos hablan los escritores antiguos de los castigos que imponía Zeus a los mismos dioses, reduciéndoles en ocasiones a la categoría de simples esclavos de los mortales.

241 *Odisea* XIX 34.

242 Cf. *Ilíada* III 424.

243 PANIASIS, *Heracleia*, fr. 16 (Kinkel).

244 *Ilíada* XXI 568.

245 *Ilíada* V 343.

246 *Ilíada* V 855 ss.

247 Cf. POLEMÓN, fr. 24, *Frag. hist. Graec*. III, pág. 122.

248 Cf. *Ilíada* V 395-397.

249 Nombre también de Hades. La etimología de la palabra, a la que se inclina Frisk (*Griechisches etymologisches Wörterbuch* I, Heidelberg, 1960, pág. 34), como «el invisible», concuerda con la doctrina platónica de *Gorgias* 493b4-5, *Fedón* 81c8 y *Crátilo* 403a5-8: «Para Hades la mayoría me parece que admite que este nombre expresa al invisible y es por miedo por lo que le llaman Plutón».

250 Su matrimonio con Zeus está bellamente descrito en el fr. 44 de Esquilo (Nauck). Su culto fue esencialmente griego y se dio en las ciudades más antiguas, como Argos, Micenas y Esparta principalmente (cf. *Ilíada* IV 52).

251 Cf. PANIASIS, *Heracleia*, fr. 6, 20 (Kinkel).

252 Cf. SOSIBIO, fr. 15, *Frag. hist. Graec*. II, pág. 628.

253 Los poetas llamaban *icor* a la sangre de los dioses (cf. *Ilíada* V 340).

254 Cf. *Ilíada* I 423-424.

255 Tirano de Arcadia, hijo de Pelasgo (HESÍODO, fr. 71), que se complacía en inmolar a los dioses víctimas humanas, dando muerte a todos los extranjeros que llegaban a su reino. Para castigarlo, participó Zeus en un banquete, en donde el tirano le ofrecía a su propio hijo. El dios le castigó transformándole en lobo.

[256] Cf. PAUS., VIII 2, 3.

[257] Nueva alusión al «desgaste» de la mitología pagana frente a la novedad del evangelio (cf. 37, 3).

[258] Alude a algunas de las metamorfosis de Zeus para conseguir engañar a sus amantes.

[259] Hija del rey de Etolia. Desde Eurípides, se admite que fue madre de los Dioscuros, Clitemestra y Helena.

[260] Hija de Cadmo y Harmonía, fue amada por Zeus, de quien concibió a Dioniso (cf. APOLOD., *Bibl.* III 4, 2 ss.; EUR., *Bacantes* 1 ss.; 242 ss.; 286 ss.).

[261] Ganimedes.

[262] CALÍM., *Himno a Zeus* 8 ss. Tema común en la literatura cristiana de la época (cf. ATENÁG., *Suppl.* XXX).

[263] *Odisea* XIX 163 y IV 63.

[264] Cf. fr. 10, *Frag. hist. Graec.* IV pág. 506. Cf. PAUS., VII 5, 11.

[265] Cf. FANOCLES, fr. 5 (Bach).

[266] Cf. CALÍMACO, fr. 3 (Schneider).

[267] Cf. SOSIBIO, fr. 14, *Frag. hist. Graec.* II, pág. 628.

[268] Cf. POLEMÓN, fr. 71, *Frag. hist. Graec.* III, pág. 135.

[269] Cf. PAUS., V 14, 1.

[270] «Con las piernas abiertas».

[271] Cf. NICANDRO, fr. 23 (Schneider).

[272] «El que hace vibrar el carro».

[273] Los egipcios divinizaron a los animales que les producían temor y a los que les rendían mayores beneficios (cf. P. DECHARME, *La critique des traditions religieuses*..., págs. 497-499). Plutarco había reconocido pocos años antes la superioridad de la religión griega frente a la egipcia precisamente apoyándose en la adoración que estos últimos rendían a los animales (cf. *Is. et Os.* 71). Clemente, en este pasaje, vemos que afirma lo contrario.

[274] Cf. ATENÁG., *Suppl.* I.

[275] Cf. HERÓD., II 46.

[276] Rey de los mirmidones, hijo de Zeus y de Eurimedusa.

[277] Cf. POLEMÓN, fr. 31, *Frag. hist. Graec.* III, pág. 124.

[278] «El destructor de ratas».

[279] HERÁCLIDES PÓNTICO, *Frag. hist. Graec.* II, pág. 197.

[280] Cf. EUFORIÓN, fr. 31, *Frag. hist. Graec.* III, pág. 73.

[281] Cf. JENOF., *Anábasis* I 4, 9.

[282] Cf. HERÓD., VI 69; PAUS., III 16, 9.

[283] Cf. HERÓD., VI 69.

[284] Cf. PAUS., I 1, 2-4.

[285] PLUT., *Aristides* XI.

[286] HESÍODO, *Trabajos* 252-253.

[287] Patria del poeta Hesíodo.

[288] KOCK, *Comic Attic. Frag.*, págs. 616-617, de autor desconocido.

[289] *Ilíada* IV 49.

CAPÍTULO III
SACRIFICIOS HUMANOS: LAS TUMBAS SE CONVIERTEN EN TEMPLOS

¡Venga! Añadamos también esto, que vuestros dioses **[42]** son demonios inhumanos y enemigos de los hombres. No sólo se alegran de su locura, sino que además disfrutan con sus homicidios. Unas veces se procuran a sí mismos ocasiones de placer en las disputas armadas de los estadios y otras en las numerosas ambiciones de las guerras, para que puedan saciarse sin medida, lo más posible, de muertes humanas. Y, después de caer sobre ciudades y pueblos como pestes, exigieron libaciones salvajes[290].

Aristomenes de Mesenia, en efecto, dio muerte a trescientos [2] hombres en honor de Zeus Itome. Pensaba que tantas hecatombes y, a la vez de tal clase, eran un sacrificio agradable. Entre los muertos se encontraba Teopompo, rey de los lacedemonios, una noble víctima.

El pueblo taurio (los que viven en el Quersoneso táurico) [3] coge a los extranjeros que encuentra entre ellos, por haber sido arrojados por el mar, y los sacrifica rápidamente a Ártemis táurica. Estos sacrificios tuyos Eurípides los presenta en escena en su tragedia[291].

[4] Mónimo[292] cuenta en su libro *Conjunto de maravillas* que en Pelas de Tesalia se sacrifica a un aqueo en honor de Peleo[293] y Quirón[294].

[5] Antíclides[295], en sus *Regresos*, nos muestra que los lictios (de un pueblo de Creta) asesinan a hombres en honor de Zeus; y Dósidas dice que los lesbios hacen el mismo sacrificio a Dioniso[296].

[6] Los focios (pues no me olvidaré de ellos) ofrecen en holocausto un hombre a Ártemis Taurópola, según cuenta Pitocles[297] en su tercer libro *Sobre la concordia*.

[7] El ateniense Erecteo y el romano Mario sacrificaron ambos a sus propias hijas. Uno a Ferefata, según dice Demarato[298] en el primer libro de sus *Sujetos de tragedias*. Y Mario a los dioses tutelares, según narra Doroteo en el cuarto libro de sus *Itálica*[299].

[8] ¡A partir de esto los demonios se muestran con claridad amantes de los hombres! ¿Cómo no van a ser santos en su comparación los supersticiosos? A unos

se les alaba como salvadores, otros imploran salvación a los que conspiran contra ella. Mientras piensan que ofrecen sacrificios agradables a los dioses, les pasa inadvertido que dan muerte a hombres.

Pues no por el lugar el asesinato se convierte en sagrado. [9] Ni si uno da muerte a un hombre en honor de Ártemis o Zeus, en un lugar sin duda sagrado, más que por cólera o avaricia —otros demonios semejantes—, en los altares más que en los caminos, tras pronunciar las palabras rituales; no, sino que tal sacrificio es un asesinato y un homicidio.

¡Y qué, hombres, más inteligentes que el resto de los **[43]** animales! Huimos de las fieras salvajes y esquivamos a un oso o a un león, si nos los encontramos en algún lugar:

como cuando uno, al ver una serpiente se da la vuelta rápidamente y se aleja
en los valles de la montaña y un temor se apodera de sus miembros
y retrocede de nuevo[300].

En cambio, vosotros que os dais cuenta y comprendéis que son demonios funestos y malvados, urdidores de trampas, enemigos del hombre y destructores, ¿no los evitáis y os dais la vuelta?

¿Qué verdad podrían deciros o qué utilidad prestaros los [2] malvados? En seguida puedo mostrarte que el hombre es mejor que estos dioses de vuestro país, los demonios; que Ciro y Solón son mejores que el adivino Apolo.

Vuestro Febo es amigo de los regalos, pero no del hombre. [3] Traicionó a su amigo Creso y, olvidándose de lo que le debía (tan amigo era de lo torcido), lo condujo a través del Halio a la hoguera. Amando de este modo, los demonios llevan siempre al fuego.

[4] Hombre, tú que eres más amigo del hombre y más sincero que Apolo, compadécete del que está atado en el fuego; tú, Solón, profetiza la verdad y tú, Ciro, ordena que se apague la pira. Sé prudente al final, Creso, puesto que has aprendido con el sufrimiento. Es un desagradecido ese que adoras, toma tu dinero y, después del oro, te engaña de nuevo. ¡Mira el fin! Te habla un hombre, no un demonio. Solón no da oráculos ambiguos. Solamente vas a encontrar, extranjero, este oráculo verdadero. Ponlo a prueba sobre el fuego[301].

[44] Aún me falta admirarme de las imaginaciones con las que se engañaron en un tiempo los primeros hombres equivocados, que proclamaron la superstición y mandaron venerar a los demonios criminales. Fue aquel Foroneo[302] o Merops o algún otro los que les erigieron templos y altares y, además, dicen que fueron los primeros en ofrecer sacrificios.

[2] Durante mucho tiempo después se modelaban dioses para adorarlos. Seguramente a este Eros, que se dice estaba entre los dioses más antiguos[303], no le honró nadie antes de que Carmos conquistara un muchacho y levantara en acción de gracias un altar en la Academia[304] porque se le cumplió su deseo. Se llama a Eros «el desenfreno de la enfermedad», tras divinizar la lujuria.

[3] Los atenienses no conocían quién era Pan[305] antes de que se lo dijera Filípides[306]. Con razón la superstición que tuvo un comienzo, llegó a ser fuente de un vicio sin sentido. Luego no se ha detenido, sino que ha llegado a incrementarse, brota con más fuerza y ha dado lugar, como un demiurgo, a muchos demonios, sacrificando hecatombes, celebrando panegíricos, erigiendo estatuas y construyendo templos.

A éstos, pues no los voy a pasar en silencio, sino que [4] además los voy a refutar también, se les llama templos por eufemismo, pero son tumbas (en realidad, se llama templos a las tumbas). ¡Venga, olvidad vosotros, aunque sea ahora, la superstición, avergonzaos de venerar las tumbas!

En el templo de Atenea, en la acrópolis de Larisa[307], está **[45]** la tumba de Acrisio[308] y la de Cecrops[309] en la acrópolis de Atenas, como afirma Antíoco en su noveno libro de las *Historias*[310]. ¿Y Erictonio[311]? ¿No recibió los honores fúnebres en el templo de Atenea Polias? ¿Y no está enterrado en el recinto del Eleusino Immarado, el hijo[312] de Eumolpo y Daíra, al pie de la Acrópolis? ¿No están enterradas en Eleusis las hijas de Celeo[313]?

[2] ¿Te enumero a las hijas de los hiperbóreos[314]? Se llaman Hiperoce y Laodice y están enterradas en Delos, en el Artemisio, el que se encuentra en el templo de Apolo Delio. Leandro asegura que Cleoco está enterrado en Mileto, en el Didimeo[315].

[3] Aquí no es digno que sigamos y pasemos de largo la tumba de Leucofrine, que, según Zenón el de Mindos, recibió honores fúnebres en el templo de Ártemis en Magnesia, ni el altar de Apolo en Telmeso. Cuentan que éste es el sepulcro del adivino Telmeso.

[4] Ptolomeo, el hijo de Agesarco, dice en el primer libro de su *Sobre Filopator*[316] que en Pafos, en el santuario de Afrodita, recibieron honras fúnebres Ciniras y sus descendientes.

[5] Pero si recorriera las tumbas que adoráis,

ni todo el tiempo me bastaría[317].

Y si no sentís vergüenza por estos atrevimientos, terminaréis cadáveres, porque habéis puesto vuestra confianza realmente en los muertos:

¡Desgraciados! ¿Qué mal sufrís? La noche
ha cubierto vuestras cabezas[318].

[290] En Grecia, así como en la mayor parte de las culturas primitivas, los primeros sacrificios que se ofrecieron fueron de víctimas humanas, creyendo que eran los más eficaces para conseguir del dios lo que se le pedía; pronto, sin embargo, fueron sustituidos por otros de animales.

[291] Cf. EUR., *Ifigenia en Táuride;* HERÓD., IV 103.

[292] Cf. MÓNIMO, fr. 1, *Frag. hist. Graec*. IV, pág. 454.

[293] Rey de Ptía, en Tesalia. Es célebre, sobre todo, por haber desposado a la diosa Tetis y haber sido el padre de Aquiles (cf. APOLOD., *Bibl*. III 12, 6 ss.; 13, 1 ss.; *Ilíada* XVIII 83 ss.; 432 ss.).

[294] El más célebre, juicioso y sabio de los centauros. Hijo del dios Cronos, nació inmortal y habitaba en el monte Pelión, de Tesalia, en una caverna. Protegió a Peleo y le aconsejó que tomara por esposa a Tetis. Fue el educador de su hijo Aquiles, así como de Jasón, Asclepio y algunos otros héroes griegos (cf. *Ilíada* XI 832; PÍND., *Pítaca* III 5, IX 64; APOLOD., *Bibl*. I 2, 4; III 13, 5).

[295] Cf. ANTÍCLIDES, fr. 9 (Müller, *Script. rerum Alex. Mag*., pág. 149).

[296] Cf. DÓSIDAS, fr. 5, *Frag. hist. Graec*. IV, pág. 400.

[297] Cf. PITOCLES, fr. 4, *Frag. hist. Graec*. IV, pág. 489.

[298] Cf. DEMARATO, fr. 4, *Frag. hist. Graec*. IV, pág. 379.

[299] Cf. DOROTEO, fr. 3 (MÜLLER, *Script. rerum Alex. Mag*., pág. 156).

[300] *Ilíada* III 33-35.

[301] Cf. HERÓD., I 30-33 y 85-88.

[302] Cf. PAUS., II 15, 5; CLEM. ALEJ., *Strom*. I 102.

[303] Cf. PLATÓN, *Banquete* 178a-c; HESÍODO, *Teogonía* 120.

[304] Cf. PAUS., I 30, 1.

[305] Dios de los pastores y los rebaños, al parecer originario de Arcadia, aunque su culto se propagó por toda Grecia. Se le presenta como un genio mitad hombre y mitad animal (cf. *Himn. hom. a Pan*; PAUS., VIII 36, 8; 38, 11).

[306] HERÓD., VI 105; PAUS., I 28, 4.

[307] Ciudadela de Argos.

[308] Rey de Argos y padre de Dánae.

[309] Fundador legendario de Atenas.

[310] ANTÍOCO, fr. 15, *Frag. hist. Graec*. I, pág. 184.

[311] Su origen es dudoso; la mayoría piensan que es un hijo de Hefesto y Atenea (cf. APOLOD., *Bibl*. III 14, 6 ss.; PAUS., I 2, 6; 14, 6; 18, 2; 24, 7).

[312] Cérix, a quien se le asignó un papel en los Misterios. Es el antecesor de los Cérices, los heraldos que presidían las ceremonias de iniciación (cf. P. FOUCART, *Les Mystères d'Eleusis*, París, 1914).

[313] Reinaba en el país cuando Deméter llegó a Eleusis en búsqueda de su hija Perséfone. Celeo y su esposa Metanira la recibieron cordialmente (cf. *Himn. a Deméter*, APOLOD., *Bibl*. I 5, 1; III 14, 7).

[314] Pueblo fabuloso de la paz eterna que vivía en las lejanías infinitas. Según el mito, Apolo pasaba el invierno con ellos y sólo en primavera volvía a Delos y Delfos.

[315] LEANDRO, fr. 5, *Frag. hist. Graec*. II, pág. 336.

[316] Cf. PTOLOMEO DE MEGALÓPOLIS, fr. 1, *Frag. hist. Graec*. III, página 66.

[317] Autor desconocido. Cf. *Jn* 21, 25.

[318] *Odisea* XX 351 ss.

CAPÍTULO IV

LOS ÍDOLOS TRAICIONAN LA ESTUPIDEZ, LA FALSEDAD Y EL DESCARO DE LOS DIOSES GRIEGOS

Y, si os mencionara a las estatuas mismas, además de **[46]** esas cosas (que he dicho), y os propusiera observarlas, descubriríais, al hacer la revisión, que es absurda, en verdad, la costumbre de suplicar a «obras de mano humana»[319], completamente insensibles.

Antiguamente los escitas adoraban la daga, los árabes la [2] piedra, los persas el río, y, entre los demás, los que eran incluso más antiguos colocaban en un sitio visible trozos de madera y fijaban columnas de piedra, que llamaban *xóana*[320] por haber raspado la madera.

Seguramente la estatua de Ártemis en Ícaro era un trozo [3] de madera sin tallar y la de Hera del Citerón, en Tespis, un tronco de árbol cortado. La Hera de Samos dice Aetlio[321] que era una talla en principio y más adelante tomó la forma de estatua, durante el arcontado de Procles.

Cuando se comenzó a dar forma humana a los *xóana* recibieron el nombre de *breté* a partir de la palabra *brotón*[322].

[4] El escritor Varrón cuenta que hace mucho tiempo, en Roma, el *xóanon* de Ares era una lanza[323]. Aún no se habían lanzado los artistas a este engañoso arte de apariencia inofensiva. Pero cuando floreció el arte, aumentó el error.

[47] De este modo, se realizaron estatuas con figura humana de piedras, de madera y, en una palabra, de la materia; en ellas se representaba a la piedad calumniando a la verdad, cosa que es ya evidente[324]; sin embargo, no hay que rehusar pedir pruebas de una demostración tan importante.

[2] A todos les es manifiesto que Fidias realizó el Zeus de Olimpia y la Polias de Atenas con oro y marfil. Olímpico nos cuenta en sus *Samiaces* que el *xóanon* de Hera en Samos lo hizo Esmilis, hijo de Euclides[325].

[3] No dudéis de que Escopas esculpió, en la piedra llamada licneo, dos de las diosas que en Atenas se llaman venerables, y que Calos talló la que se encuentra en el centro. Puedo mostrar que Polemón lo cuenta con detalle en su libro cuarto *A*

Timeo[326].

[4] Las estatuas de Zeus y Apolo en Patara de Licia las esculpió, a su vez, Fidias, así como los leones que yacen junto a ellas. Y si fue obra de Briaxis, como afirman algunos, no lo discuto, pues tienes también a un escultor. Atribúyeselas al que quieras de los dos.

[5] De Telesias de Atenas, según afirma Filócoro[327], son obra las estatuas de Posidón y de Anfítrite de nueve codos que se adoran en Tenos. Demetrio, en su segundo libro de las *Argólicas*[328], escribe del *xóanon* de Hera en Tirinto que era de madera de peral y que su autor era Argos.

Tal vez se extrañarían muchos si supieran que «el paladio»[329], [6] que se llamaba «caído del cielo», el que se dice que Diomedes y Ulises[330] robaron de Troya y entregaron a Demofonte[331], fue fabricado con los huesos de Pélope, lo mismo que el Olímpico con otros huesos de una fiera de la India. Presento como testigo a Dioniso, que lo cuenta en la quinta parte del *Ciclo*[332].

Apelas dice, en sus *Délficas*[333], que hubo dos «paladios», [7] pero que ambos fueron obra humana. Y, para que nadie suponga que admito esto por ignorancia, citaré la estatua de Dioniso Móricos, que estuvo en Atenas; era de la piedra que se llama felata y fue obra de Sicón, el hijo de Eupálamos, como dice Polemón en una carta[334].

Hubo también otros dos escultores, creo que eran cretenses [8] (de nombre Escilis y Dípoinos[335]). Éstos realizaron en Argos las estatuas de los dos Dioscuros, la de Heracles en Tirinto y el *xóanon* de Ártemis Municia en Sición.

¿Por qué gasto tiempo en esto, cuando os puedo mostrar **[48]** quién es el gran demonio? Oímos que es considerado digno por excelencia de la veneración de todos y se atrevieron a decir que no lo había fabricado la mano humana, la del egipcio Sarapis[336].

[2] Algunos cuentan que fue enviado en señal de agradecimiento por los sinopeos a Ptolomeo Filadelfo[337], rey de los egipcios; éste se los ganó cuando, afligidos aquéllos por el hambre, hicieron traer trigo de Egipto; y dicen que este *xóanon* era una estatua de Plutón.

Él, al recibir la estatua, la fijó sobre la Acrópolis, que ahora llaman Racotis, donde también se venera el santuario de Sarapis; el emplazamiento queda muy cerca de estos lugares. Ptolomeo enterró bajo el santuario que acabo de mostrar a su concubina Blistice, que murió en Canobos, después de trasladarla allí.

[3] Otros dicen, en cambio, que Sarapis era un ídolo del Ponto y que fue trasladado a Alejandría con gran honor. Solamente Isidoro dice que la estatua fue transportada desde los seléucidas a Antioquía, porque, cuando se encontraban en

carestía, los alimentó Ptolomeo.

[4] Atenodoro[338], hijo de Sandón, que quiso hacer más antiguo a Sarapis, no sé cómo se contradijo, dando la prueba de que se trataba de una imagen fabricada.

Según él, Sesostris, rey de Egipto, tras subyugar a la mayor parte de los pueblos griegos, al regresar a Egipto se trajo consigo grandes artistas.

[5] Él mismo les ordenó que trabajaran artística y suntuosamente la estatua de su abuelo Osiris[339]; la esculpió el artista Briaxis (no el ateniense, sino otro del mismo nombre que aquel Briaxis). Utilizó para su obra maderas mezcladas y variadas. Había algo de oro, plata, bronce, hierro, plomo e incluso estaño. No le faltaba ninguna de las piedras preciosas de Egipto: zafiro, hematita y esmeralda, además de topacio.

Después de triturarlo y mezclarlo todo, lo tiñó de azul, [6] por lo que el color de la estatua es más oscuro. A continuación disolvió todo con las tinturas que le quedaban de las honras fúnebres de Osiris y Apis y modeló a Sarapis. Por esto el nombre significa[340] la puesta en común de las honras fúnebres y de la obra del sepulcro, Osirapis es una síntesis de Osiris y de Apis[341].

En Egipto, el emperador romano[342] divinizó otro nuevo **[49]** dios con grandes honores (poco faltó para que lo hiciera también entre los griegos); se trata del que era su más encantador enamorado, Antínoo, al que consagró como hizo Zeus con Ganimedes. No se aparta con facilidad una pasión sin el temor. Ahora los hombres adoran estas noches sagradas de Antínoo, que el amante que las pasaba en vela conocía como vergonzosas.

[2] ¿Por qué me mencionas como dios al que es honrado por su lujuria? ¿Por qué me mandas llorarle, incluso como a un hijo? ¿Por qué me describes su belleza? La belleza que se marchita por el orgullo es vergonzosa. No seas un déspota, hombre, ni ultrajes la belleza en la flor de su juventud. Guárdala pura para que sea hermosa. Sé rey de la belleza, no su tirano; que permanezca libre. Conoceré tu belleza, cuando hayas conservado pura su imagen. Adoraré la belleza, cuando sea el verdadero arquetipo de lo bello.

[3] Pero ahora existe una tumba del amado, un templo y una ciudad de Antínoo. Y, según creo, se admiran los templos del mismo modo que las tumbas, las pirámides, los mausoleos y los laberintos, otros templos de los muertos como aquellas tumbas de los dioses.

[50] Os presentaré como maestro a la profetisa Sibila:

Profeta no del engañoso Febo, al que vanos
hombres llamaron dios, y engañaron como si se tratara de un adivino,
sino del gran Dios, el que no han modelado las manos humanas,
semejante a los ídolos silenciosos tallados en piedra[343].

[2] Ella calificó de ruinas a los templos, cuando anunció que el de Ártemis de Éfeso iba a ser destruido «por abismos y terremotos» de este modo:

De regreso se lamentará Éfeso, llorando en las riberas escarpadas
y buscando su templo, que ya no estará lleno de gente[344].

Dice que los de Isis y Sarapis, en Egipto, serán derribados [3] y quemados:

Isis[345]*, eres una diosa triplemente funesta. Permaneces junto a las orillas del Nilo*
sola, furiosa y muda, sobre las arenas del Aqueronte.

Luego sigue más adelante:

Y tú, Sarapis, cúbrete por muchas rocas brillantes,
yace como un inmenso cadáver en el tres veces desgraciado Egipto[346].

Pero, si no quieres oír a una profetisa, escucha, al menos, [4] a Heráclito de Éfeso, tu filósofo, cuando reprocha a las estatuas su insensibilidad: «Rezan a estas estatuas como si hablaran con las casas»[347].

¿Acaso no son extraños los que se dirigen a las piedras y [5] después las ponen ante sus puertas, como si fueran eficaces? Adoran a Hermes como si fuera un dios y lo colocan como «¡portero de las calles!»[348]. Si los injurian como seres insensibles, ¿por qué los adoran como a dioses? Y, si creen que poseen sentimientos, ¿por qué los colocan de porteros?

Los romanos, aunque atribuyen a la Fortuna las mayores **[51]** empresas y creen que es una gran divinidad, sin embargo la colocan en una cloaca, considerando que una letrina es un templo digno para la diosa[349].

[2] En efecto, a una piedra insensible, a un trozo de madera, o al oro precioso, no le importa nada, ni la grasa de las víctimas, ni la sangre, ni el humo con que reciben culto al ser honradas y atufadas. No les importa tampoco la honra ni el ultraje. Estas estatuas son menos dignas de honor que cualquier otro animal.

[3] No puedo comprender cómo se han divinizado objetos insensibles, ni compadecer a los que andan extraviados por su insensatez como malhechores. Pues incluso algunos animales no poseen todos los sentidos, como los gusanos, las orugas y cuantos aparecen defectuosos desde el primer momento de su nacimiento, como los topos y la musaraña, de la que Nicandro[350] afirma que es «ciega y espantosa».

[4] Pero al menos son mejores que esos *xóana* y estatuas tan inútiles por completo. Tienen por lo menos un sentido, por ejemplo del oído o del tacto, o algo que se parezca al olfato o al gusto. En cambio, las estatuas no tienen ni uno solo.

[5] Hay muchos animales que no tienen vista, ni oído, ni voz, como la especie de las ostras, pero, al menos, viven, crecen y sufren por la influencia de la luna. Las estatuas, sin embargo, son inútiles, sin provecho, insensibles. Se les suplica, se clavan, se sujetan, se funden, se pulen, se compran, se tallan, se esculpen.

[6] Los escultores desfiguran la insensible tierra[351]. Se apartan de su propia naturaleza, persuadiendo a adorar por medio de su arte. Pero los que fabrican a los dioses no adoran a los dioses ni a los demonios, según mis sentidos, sino la tierra y el arte, que es lo que son las estatuas.

Pues verdaderamente la estatua es un material muerto que recibe una forma gracias a la mano de un artista. Para nosotros, en cambio, la estatua[352] no es algo sensible, de un material sensible, sino espiritual[353]. Espiritual y no sensible es la estatua de Dios, el único Dios verdadero.

Por otra parte, en los mismos peligros, los supersticiosos, **[52]** los que adoran las piedras, han aprendido por experiencia a no venerar una materia insensible. Cuando les vence la propia necesidad, perecen por su superstición. Desprecian de igual modo las imágenes, aunque no quieren dar muestras de que las desprecian por completo; lo prueban los mismos dioses a los que se les atribuyen las estatuas.

El tirano Dioniso el Joven le quitó el manto de oro al [2] Zeus de Sicilia y ordenó que le pusieran otro de lana. Decía con ironía que era mejor que el de oro, más fino durante el verano y más caliente en invierno.

Y Antíoco de Cícica[354], cuando necesitó dinero, ordenó [3] fundir la estatua de oro de Zeus, que medía quince codos de altura, y, a cambio, consagró una parecida a aquélla, pero de otro material menos noble, cubierta sólo con láminas doradas.

Las golondrinas y la mayor parte de los pájaros volaban [4] hasta ellas y dejaban allí sus excrementos, sin pensar si era la estatua de Zeus Olímpico, Asclepio de Epidauro, Atenea Polias o el Sarapis de Egipto. Pero ni siquiera por estos animales comprendéis la insensibilidad de las mismas estatuas.

[5] Hay algunos malhechores o enemigos que las atacan; devastan los santuarios por avaricia, roban las ofrendas y funden incluso las propias estatuas.

[6] Y si Cambises[355], Darío o algún otro loco acometieron tales hechos y si alguno dio muerte al Apis de Egipto, me río de que matara a su dios, pero me indigno si lo hizo por provecho.

[53] Voluntariamente no insistiré en esta maldad. Considero que son hechos de codicia y no una prueba de la debilidad de los ídolos. El fuego y los seísmos no miran a su propio provecho, no temen ni se avergüenzan ante los demonios o estatuas más que las olas ante los guijarros que se amontonan junto a las costas.

[2] Sé que el fuego es muy apropiado para convencer y un remedio contra la superstición. Si quieres terminar con la insensatez, el fuego te traerá la luz. Este fuego

también quemó el templo de Argos con su sacerdotisa Crisis[356], en Éfeso el de Ártemis (era el segundo, después del de las Amazonas[357]) y en Roma consumió muchas veces el Capitolio. Tampoco perdonó el santuario de Sarapis en Alejandría[358].

[3] En Atenas destruyó también el templo de Dioniso Eleutereo[359], y un huracán devastó primero el de Apolo en Delfos y luego lo destruyó por completo el inteligente[360] fuego. Esto se te muestra como proemio de lo que promete el fuego[361].

¿Los escultores no os llenan de confusión a los más sensatos [4] de vosotros, para que despreciéis la materia? El ateniense Fidias, en el dedo de su Zeus Olímpico, escribió «Pantarces es hermoso»[362]. Para él no era hermoso Zeus, sino su amado.

Praxíteles, como dice claramente Posidipo[363] en su libro [5] *Sobre Cnido*, al esculpir la imagen de su Afrodita de Cnido la hizo semejante a su amada Cratina, para que los infelices tuvieran que venerar a la amante de Praxíteles.

Frina, la cortesana de Tespis, estaba en la flor de su belleza; [6] todos los pintores representaban su hermosura en las imágenes de Afrodita, como, a su vez, también los escultores en Atenas imaginan los Hermes conforme a Alcibíades. Falta añadir tu juicio, si es que quieres también adorar a las cortesanas.

Por esto, creo yo, los antiguos reyes se rebelaron y despreciaron **[54]** estos mitos. En su lugar se nombraron a sí mismos dioses[364], pues no había peligro de parte de los hombres; enseñaban, por eso, que aquéllos (los dioses) habían sido proclamados inmortales a causa de su fama. Ceyx, hijo de Eolo, fue llamado Zeus por su mujer Alcíone, y, a su vez, Alcíone[365] Hera por su marido.

[2] A Ptolomeo IV se le llamaba Dioniso, lo mismo que a Mitríades del Ponto. También Alejandro quiso pasar por hijo de Ammón y que le representaran en las esculturas con cuernos, esforzándose en ultrajar con un cuerno el hermoso rostro del hombre.

[3] Y no sólo los reyes, sino también algunos particulares se honraron a sí mismos con denominaciones divinas, como Menécrates, el médico, ese que fue llamado Zeus[366]. ¿Es preciso citar a Alexarco (éste era un gramático, que se representaba a sí mismo en el sol, según cuenta Aristos[367], el salamino)?

[4] ¿Es necesario recordar también a Nicágoras? (su estirpe era de Zelite y vivió en los tiempos de Alejandro. Se llamaba a sí mismo Hermes y usaba la vestimenta del dios, como él mismo testimonia[368]).

[5] ¿Es necesario citarlos, cuando pueblos enteros y ciudades con todos sus habitantes se someten a la adulación, desprecian los mitos de los dioses, se representan los hombres a sí mismos como iguales a los dioses y, poseídos por el afán de gloria, se atribuyen unos honores desmesurados?

Ahora ordenan que se adore en Cinosarga al macedonio Filipo, de la ciudad de Pelas, hijo de Aminto, el de «la clavícula rota y la pierna estropeada»[369], el que tiene un ojo hundido.

Llaman también dios al mismo Demetrio y hay un santuario [6] de Demetrio Catebates[370] en el lugar donde descendió del caballo al ir hacia Atenas, así como altares por todas partes.

Incluso le estaba preparada por los atenienses la boda con Atenea, pero despreció a la diosa, al no poder casarse con una estatua. Subió a la Acrópolis con la cortesana Lamia y se unieron en la cámara nupcial de Atenea, mostrando a la antigua virgen las posturas de la joven cortesana[371].

No es indignante, por lo tanto, que Hipón inmortalice su **[55]** propia muerte. Ordenó que se escribiera sobre su tumba este elegíaco:

Ésta es la tumba de Hipón, al que a los dioses inmortales
hizo semejante el Destino después de muerto[372].

¡Bien nos muestras, Hipón, el error humano! Pues si no te han creído cuando hablabas, ¡que surjan discípulos cuando has muerto! Éste es el oráculo de Hipón, reflexionemos sobre él.

[2] Los que adoráis vosotros, esos que fueron hombres en otro tiempo, murieron, sin embargo. El mito y el tiempo los honró. Se acostumbra a despreciar el presente por el trato continuo y, en cambio, lo que desaparece de la prueba del momento actual y se aleja del tiempo, se venera por una suposición infundada. Se duda de lo de ahora y se admira lo de antes.

[3] Por ejemplo, los muertos antiguos se han hecho dignos de estima por el largo tiempo de error y los sucesores les han considerado dioses. Una prueba la tenéis en vuestros propios misterios, panegíricos, ataduras, heridas y en los mismos dioses que lloran:

¡Ay de mí! A Sarpedón[373]*, el más querido para mí de los mortales,*
me lo mata el Destino por mano de Patroclo[374] *el hijo de Meneceo*[375].

[4] La voluntad de Zeus es dominada y vuestro Zeus, una vez vencido, se lamenta a causa de Sarpedón. Con razón vosotros mismos los llamáis ídolos o demonios, puesto que Homero, tributando un dudoso honor a la propia Atenea y a los demás dioses, los llamó también demonios:

Ella llegó al Olimpo, la casa de Zeus,
el portador de la égida, junto a los demás demonios[376].

¿Cómo van a ser dioses los ídolos y demonios, esos espíritus [5] infames e impuros, que todos consideran terrestres y llenos de fango, pues se inclinan siempre hacia abajo? «Rondan alrededor de las tumbas y los sepulcros funerarios». Junto a ellos aparecen también en la oscuridad «fantasmas parecidos a sombras»[377].

Éstos son vuestros dioses: los ídolos, las sombras y, además **[56]** de éstos, aquellas «cojas» y las «de ceño fruncido y de ojos bizcos», las Suplicantes[378], que más parecen hijas de Tersites[379] que de Zeus. Me parece que Bión habla con mucha ironía: ¿cómo van a suplicar con justicia los hombres a Zeus una hermosa descendencia, si ni siquiera pudo procurársela a sí mismo[380]?

¡Ay! ¡Qué impiedad! Enterráis, en la medida de vuestras [2] fuerzas, la sustancia pura, y lo que es santo y sin mancha lo ocultáis en las tumbas, después de despojar a la divinidad de la sustancia que le es realmente verdadera.

¿Por qué atribuisteis los privilegios de Dios a los que no [3] son dioses? ¿Por qué abandonasteis el cielo y honráis la tierra? ¿Qué otra cosa es el oro, la plata, el diamante, el hierro, el cobre, el marfil o las piedras preciosas? ¿No es tierra y sacado de la tierra? ¿No son descendientes todas estas cosas que ves de una única madre, la tierra?

[4] ¿Por qué, hombres vanos y superficiales (de nuevo volveré a tomar el tema), blasfemasteis del «lugar supraceleste»[381] y llevasteis por la fuerza la piedad al abismo? ¿Por qué os esculpisteis dioses terrestres, os llegasteis a esas criaturas en vez de al Dios increado y caísteis así en la más profunda oscuridad?

[5] Es hermoso el mármol de Paros, pero no es Posidón; hermoso el marfil, pero no es el Olímpico. La materia tiene siempre necesidad de arte y, en cambio, Dios carece de necesidades. Al llegar el arte, la materia tomó una forma. La riqueza de la sustancia puede llegar a ser provechosa, pero sólo por su forma se hace digna de veneración.

[6] Tu estatua es el oro, la madera, la piedra, la tierra. Si reflexionas desde el comienzo, la que recibió la forma del artista. Yo me he ocupado en recorrer la tierra, pero no en adorarla, pues no me es lícito confiar las esperanzas de mi alma a cosas inanimadas.

[57] Ve, pues, lo más cerca posible de las estatuas, para que de una sola mirada se revele el propio error. La forma de las estatuas revela con mucha claridad la forma de ser de los demonios.

[2] En efecto, si uno viera pinturas o esculturas, yendo de un lugar a otro, reconocería rápidamente a vuestros dioses por sus actitudes deshonestas; a Dioniso por su vestimenta, a Hefesto por su trabajo, a Deo por su sufrimiento, a Ino por su velo, a Posidón por su tridente, a Zeus por su cisne. La pira nos señala a Heracles y, si aparece pintada una mujer desnuda, se piensa en Afrodita «dorada»[382].

De este modo, Pigmalión, el chipriota, se enamoró de [3] una estatua de mármol; era la de Afrodita y estaba desnuda. Derrotado el chipriota por su figura, se unió a la estatua, según cuenta Filostéfanos[383]. Había otra Afrodita de mármol en Cnido, era también bella; otro hombre se enamoró de ésta y se unió a la piedra. Lo narra Posidipo[384], el primero en su libro *Sobre Chipre* y el segundo en su libro *Sobre Cnido*. ¡Tanto pudo engañar el arte que llegó a ser el seductor de los hombres pasionales hacia el abismo!

La actividad de los artistas no descansa, pero no es capaz [4] de engañar al hombre «lógico»[385] ni a los que han vivido según el Logos: pues los pichones volaron hasta los cuadros por la semejanza que había con la paloma pintada y los caballos relincharon a los caballos artísticamente pintados. Dicen que una mujer se enamoró de un cuadro y un hermoso joven de la estatua de Cnido, pero los ojos de los espectadores fueron engañados por el arte[386].

[5] Pues ningún hombre sensato se unió a una diosa, ni se enterró con una muerta, ni se enamoró de un demonio o de una piedra. En cambio, a vosotros os engaña el arte con otro encantamiento, conduciéndoos, aunque no sea a enamoraros, sí a honrar y a adorar las estatuas y pinturas.

[6] Semejante es la pintura; que se alabe al arte[387], pero que no engañe al hombre como si fuera verdadero. El caballo se detuvo tranquilamente; el pichón se quedó inmóvil, sin mover las alas; la vaca de Dédalo[388], hecha de madera, cautivó a un toro salvaje, y el arte, que engañó entonces a la fiera, la obligó a lanzarse sobre una mujer que la amaba[389].

[58] Tanta pasión provocaron las artes al obrar de mal modo en los seres irracionales. Sin embargo, los que alimentan y cuidan a los monos se admiran de que no se les engaña con imágenes y muñecas de cera o arcilla. En cambio, seréis vosotros peores que los monos, puesto que os acercáis a estatuas de piedra, madera, oro y marfil, y a las pinturas.

[2] Los que os fabrican tantos juguetes funestos son los escultores y los fabricantes de estatuas, los pintores, artesanos y poetas, al introducir una gran cantidad de cosas parecidas: Sátiros[390] y Panes en los campos, las ninfas[391] Oríadas y Hamadríadas en los bosques, otras junto a las aguas, en los ríos y las fuentes, las Náyades, y finalmente las Nereidas en el mar.

Ahora se glorían los magos de que los demonios son [3] servidores de su propia impiedad, los han inscrito como sus propios criados y, mediante conjuros, han logrado hacerlos esclavos a la fuerza.

Los matrimonios, las descendencias, los partos de los dioses que he recordado, los adulterios narrados, los banquetes representados en comedias, las risas durante la

bebida que han aparecido en la escena, me exhortan a gritar, aunque quisiera callar: ¡Ay, qué impiedad!

Habéis convertido el cielo en un escenario, lo divino lo [4] tenéis como un drama y de lo santo habéis hecho una comedia con máscaras de demonios. Ridiculizáis la verdadera piedad con la superstición.

«A continuación el tocador de la lira comenzó a cantar **[59]** bellamente»[392]. Cántanos, Homero, con tu melodiosa voz:

de Ares y Afrodita, de hermosa diadema,
cómo se unieron por primera vez en casa de Hefesto,
a escondidas. Le entregó mucho y deshonró el matrimonio y el lecho
del soberano Hefesto[393].

¡Cese tu canto, Homero! No es hermoso, nos presenta [2] un adulterio. Nosotros apartamos los oídos de la fornicación, pues somos nosotros los que llevamos la imagen de Dios en esta estatua viva y que se mueve, en el hombre. Una imagen que vive con nosotros, que es un consejero, un compañero, un íntimo, con nuestros mismos sentimientos, que sufre más que nosotros mismos. Somos una ofrenda para Dios por Cristo.

[3] «Nosotros somos la raza escogida, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido; los que en otro tiempo no éramos pueblo, pero ahora somos pueblo de Dios»[394]. Según san Juan, no somos «de abajo»[395] y hemos aprendido todo del que vino de lo alto[396]. Hemos meditado el gobierno de Dios, hemos procurado «caminar en una novedad de vida»[397].

[60] Pero la mayoría no piensa esto. Se han desprendido en casa de la vergüenza y el temor y representan los deseos impuros de los demonios. Adornan sus habitaciones con cuadros pintados que colocan bastante altos con insolencia y consideran el desenfreno un acto piadoso.

[2] Cuando están acostados en el lecho, en sus mismos abrazos incluso, miran aquella Afrodita desnuda, prisionera en su unión[398], y al pájaro enamorado que vuela alrededor de Leda. Lo aceptan como imagen de lo femenino y lo representan en las hondas, empleando un signo que se corresponde con el desenfreno de Zeus.

[61] Éstos son los modelos de vuestra vida regalada. Éstas las ciencias divinas de la insolencia, éstas las enseñanzas de los dioses, que se prostituyen con vosotros. Según el orador ateniense[399]: «lo que se quiere, eso es también lo que cree cada uno». Hay incluso otras imágenes vuestras parecidas: pequeños Panes, muchachas desnudas, sátiros borrachos, miembros viriles erectos, que aparecen desnudos en las pinturas y que prueban la falta de dominio.

Ahora no os avergonzáis de contemplar en público, [2] abiertamente, las pinturas que representan las posturas de todo desenfreno. Cuidáis de que estén, sobre todo, colocadas en alto, como, sin duda, las imágenes de vuestros dioses; consagráis en casa los monumentos de la desvergüenza, representando por igual las posturas de Filenis[400] que los trabajos de Heracles.

No sólo denunciamos su práctica, sino también a quien [3] se permite verlo u oírlo. Vuestros oídos se han prostituido, los ojos han fornicado[401] y lo más novedoso es que vuestra vista ha cometido adulterio ante el abrazo[402].

¡Ay de los que habéis obligado al hombre y le habéis [4] arrancado con oprobio la imagen divina que poseía desde su creación! Desconfiáis de todo, para dejaros llevar de vuestras pasiones. Creéis en los ídolos porque envidiáis su lujuria. No creéis, en cambio, en Dios, porque no soportáis la moderación. Odiáis lo mejor y honráis lo peor. Sois espectadores de la virtud, pero actores de la maldad.

Felices, pues, aquellos, por decirlo así, todos aquellos **[62]** que tienen una misma bondad, los que, según la Sibila,

rechazan todos los templos, al verlos,
y los altares, construcciones vulgares de vanas piedras,
los xóanas de piedra y las estatuas fabricadas por hombres.
Se han manchado con sangre viva y sacrificios
de cuadrúpedos, de bípedos, con muertes de aves[403].

[2] Nos prohíbe con claridad practicar un arte engañoso. Dice el profeta: «no harás una imagen de cuanto hay arriba en el cielo ni abajo en la tierra»[404].

[3] ¿Acaso vamos a tomar aún como dioses la Deméter de Praxíteles, la Core o el Yaco de los misterios[405], las obras de Lisipo o las de Apelas, que en su materia, en verdad, revisten la apariencia de la gloria divina? Pero vosotros perseveráis incansablemente para que se labre la estatua humana más conveniente y, en cambio, no os preocupa que terminéis siendo semejantes a las estatuas, por vuestra estupidez.

[4] Pero muy clara y concisamente la palabra del profeta delata esta costumbre: «Todos los dioses de los pueblos son ídolos de los demonios, sólo Dios hizo el cielo»[406] y lo que hay en el cielo.

[63] Por eso, algunos están equivocados; no sé cómo, adoran una obra divina en vez de a Dios: el sol, la luna, el coro restante de los astros, creyendo sin fundamento que éstos son dioses, los instrumentos del tiempo[407]. «Por su Logos fueron fortificados, por el aliento de su boca tienen todo el poder»[408].

[2] El arte humano fabrica casas, naves, ciudades y pinturas. Pero ¿cómo podría uno enumerar cuanto hace Dios? ¡Mira, el mundo entero es obra suya! El cielo, el

sol, los ángeles y hombres «son obras de sus dedos»[409]. ¡Qué grande es el poder de Dios!

Su sola voluntad creó el cosmos, pues sólo Dios lo hizo, [3] ya que también es el único Dios verdadero. Por el simple querer crea y al solo desear le sigue el llegar a existir[410].

Se equivoca el coro de los filósofos cuando, por una [4] parte, reconocen que el hombre ha nacido tan perfecto para la contemplación del cielo[411] y, por otra, en cambio, adoran los fenómenos celestes y lo que se descubre con la vista. Pues si las obras que hay en el cielo no son humanas, al menos se han creado para los hombres.

Que ninguno de vosotros adore el sol, sino que desee vivamente [5] al creador del sol; que no divinice el cosmos, sino que busque al demiurgo del cosmos. Sólo, creo, queda un refugio para el que ha de llegar a las puertas salvadoras, la sabiduría divina. Aquí, como desde un asilo sagrado, el hombre ya no se inclina a ninguno de los demonios y se apresura a la salvación.

[319] *Sal* 115, 4.

[320] Primitivas esculturas consagradas a los dioses; generalmente eran de madera poco trabajada.

[321] AETLIO DE SAMOS, fr. 1, *Frag. hist. Graec*. IV, pág. 287.

[322] «Mortales».

[323] VARRÓN, *Ant. re. div*. XVI, fr. 34.

[324] Cf. ATENÁG., *Suppl*. XVII.

[325] Cf. OLÍMPICO, fr. 1, *Frag. hist. Graec*. IV, pág. 466.

[326] Cf. POLEMÓN, fr. 41, *Frag. hist. Graec*. III, pág. 127.

[327] Cf. FILÓCORO, fr. 185, *Frag. hist. Graec*. I, págs. 414-415.

[328] DEMETRIO DE TRECÉN, fr. 5 (Diels).

[329] Estatua de Atenea armada, que se creía había sido un regalo de Zeus a Ilo, uno de los reyes de Troya.

[330] Dos de los héroes griegos más famosos de la guerra de Troya. Aprovechando un día la noche, entraron en la ciudad y robaron el paladio.

[331] Hijo de Teseo y Fedra; junto con su hermano Acamante participó en la guerra de Troya. Ulises, tras robar el Paladio (la estatua troyana de Palas Atenea), se lo entregó a Demofonte, que lo llevó hasta Atenas como objeto de veneración (cf. APOLOD., *Ep*. I 18; 23; V 22; VI 16).

[332] Cf. DIONISO, fr. 5, *Frag. hist. Graec*. II, págs. 9-10.

[333] Cf. APELAS, fr. 1, *Frag. hist. Graec*. IV, pág. 307.

[334] Cf. POLEMÓN, fr. 73, *Frag. hist. Graec*. III, pág. 136.

[335] Los cita muchas veces PAUSANIAS, II 15, 1; etc.

[336] Apis (hijo de Foroneo, según APOLOD., *Bibl*. I 7, 6; II 1, 1 ss., y rey del Peloponeso) fue divinizado y adorado con el nombre de Sarapis.

[337] PLUTARCO da una visión diferente de la historia en *Is. et Os*. XXVIII.

[338] Cf. ATENODORO, fr. 4, *Frag. hist. Graec*. III, págs. 487-488.

[339] Respecto a su nombre, cree PLUTARCO que se trataría de un compuesto formado a partir de las palabras «hosios», aplicada a las cosas de la muerte, junto a «hierós», aplicada a las del cielo; se trataría de la divinidad que reina en el cielo y en el infierno (cf. *Is. et Os*. 61 a). Según É. DES PLACES (cf. *La Religion Grecque*..., pág. 162) es el mismo Zeus. Su culto entra en el mundo griego a mediados del siglo IV a. C., cuando los egipcios obtuvieron permiso para construir un templo en su honor en el Pireo (cf. G. LAFAYE, *Histoire du culte des divinités d'Alexandrie hors de l'Égypte*, París, 1884, pág. 14). En Roma, a partir del s. II a. C. aproximadamente.

[340] Cf. n. 29.

[341] Cf. PLUT., *Is. et Os*. 28 ss.

[342] Cf. PAUS., VIII 9, 7-8.

[343] *Sibyll. Orac*. IV 4-7.

[344] *Sibyll. Orac*. V 294 y 296-297.

[345] Para PLUTARCO se trata del principio femenino de la naturaleza (cf. *Is. et Os*. 53). La Isis del

mundo helenístico queda prácticamente como divinidad única, recibiendo un culto casi universal. Los mejores testimonios nos los ofrece APULEYO, en sus *Metamorfosis* XI 5.

346 *Sibyll. Orac*. V 484-485 y 487-488.

347 Cf. HERÁCLITO, fr. 5 (Diels).

348 Sobrenombre de Hermes por colocarse su busto a la puerta de la casa como señal de la protección divina.

349 Excavaciones en Ostia confirman esta afirmación de Clemente.

350 Cf. NICANDRO, *Theriaca* 815.

351 Cf. *Ilíada* XXIV 54.

352 Con el sentido de «imagen», lo mismo que cuando se refiere a Dios.

353 Clemente indica habitualmente esta oposición entre lo sensible, que es materia solamente, y lo espiritual, que corresponde a Dios (*aisthētón-noētón*).

354 Antíoco IX, rey de Siria.

355 Cf. HERÓD., III 29.

356 Cf. TUCÍD., IV 133; PAUS., II 17, 7.

357 Mujeres guerreras que moraban en Asia Menor, cf. PAUS., VII 2, 7.

358 Cf. *Acta Sanct*., Oct IX, pág. 546.

359 Cf. PAUS., I 2, 5.

360 Los estoicos aplicaban el epíteto *phrónimos* al fuego con el sentido de «prudente»; aquí Clemente utiliza *sōphronoûn* (cf. *Strom*. VII 34, 4; *Ped*. 44, 2; *Eclog. Proph*. 25, 4).

361 Cf. HERÓD., II 180; PAUS., X 5, 13.

362 Se trata de una anécdota de invención tardía, cf. PAUS., V 11, 3.

363 Cf. POSIDIPO, fr. 2, *Frag. hist. Graec*. IV pág. 482.

364 El culto a los soberanos tiene un origen oscuro; seguramente se debió a una influencia oriental el gran arraigo que adquirió en todo el período helenístico. El primero que recoge la historia fue Lisandro, a fines del s. v a. C, cuando, tras vencer a Atenas, fue deificado en vida, siendo objeto de culto en Asia Menor, como lo serán más adelante los soberanos helenísticos, en especial Filipo II en Anfípolis y Éfeso y Alejandro en las ciudades griegas de Asia Menor, desde su paso en el 334 (como señala Clemente unas líneas más abajo). En Alejandría lo establecerá en el 305 Ptolomeo (cf. É. DES PLACES, *La Religion grecque*..., págs. 125-127).

365 La tradición nos cuenta que es Alcíone la que es hija de Eolo. Se casó con Ceyx. Formaban un matrimonio tan feliz que ellos mismos se comparaban a Zeus y Hera. Irritados ante este orgullo, los dioses los transformaron en aves (cf. Escol. a *Ilíada* IX 562; APOLOD., *Bibl*. I 7, 4).

366 Cf. PLUT., *Agesilao* 21; *Moralia* 191 A, 213 A.

367 Cf. ARISTOS, fr. 2 (MÜLLER, *Script. rer. Alex. Mag*., pág. 154).

368 Cf. ATENEO, 289 C.

369 DEMÓSTENES, *Corona* 67.

370 «El que desciende». Demetrio Poliorcetes entró solemnemente en Atenas en el 307., cf. PLUT., *Demetrio* 10. Los atenienses le cantaron en el 290 un himno itifálico que nos ha conservado ATENEO (VI 233 D-F). En él, tanto Demetrio como su esposa son asimilados a los dioses (cf. L. CERFAUX y J. TONDRIAU, *Un concurrent du christianisme. Le culte des souverains dans la civilisation gréco-romaine*, Lournai, 1957, págs. 182-185).

371 Cf. PLUT., *Demetrio* 26.

[372] *Hipón*, fr. 2 (ed. Diels).

[373] Pasa por ser hijo de Zeus y Laodamía (hija, a su vez, de Belerofonte). Desempeña un gran papel en la guerra de Troya, pero acaba muriendo a manos de Patroclo (cf. *Ilíada* II 876 ss.; V 471 ss.; 627 s.; VI 198 ss.; XII 101 ss.; 290 ss.; 392 ss.; XVI 419 ss.; 466 ss.; 569 ss.).

[374] Es en la *Ilíada* el amigo de Aquiles. Sus hazañas frente a Troya son numerosas. Apartado Aquiles de la guerra por su cólera, le autoriza a que se ponga su armadura y se lance al combate, ante la apurada situación en que se encuentra el ejército griego. Morirá a manos de Héctor, incidente que obligará a Aquiles a regresar al campo de batalla para vengar su muerte (cf. *Ilíada* I 337 ss.; IX 190 ss.; 558 ss.; etc., y, sobre todo, cantos XVI, XVII y XXIII).

[375] *Ilíada* XVI 433 ss.

[376] *Ilíada* I 221-222, cf. n. 13 sobre la demonología.

[377] Cf. PLATÓN, *Fedón* 81c-d.

[378] *Ilíada* IX 502-503.

[379] Héroe etolio. Según la *Ilíada*, es el más feo y cobarde de todos los griegos que participan en la expedición a Troya (cf. *Ilíada* II 211-277).

[380] Cf. BIÓN DE BORÍSTENES, fr. 44 (Mullac), *Frag. phil. Graec*. II, página 427.

[381] PLATÓN, *Fedro* 247c.

[382] *Odisea* IV 14. La «Afrodita dorada» de Homero aparece de nuevo en Safo como la «coronada de oro» (fr. 33, Lobel-Page).

[383] Cf. FILOSTÉFANOS, fr. 13, *Frag. hist. Graec*. III, pág. 31.

[384] Cf. POSIDIPO, fr. 1, *Frag. hist. Graec*. IV, pág. 482.

[385] Es decir, el que se deja guiar por la razón. El hombre nunca es «irracional», aunque a veces sí actúe de forma «irracional» (cf. J. J. AYÁN, *Antropología de san Justino*..., pág. 98). San Justino, en *Dial*. 93, 3, define al hombre como «animal racional» (algunos elementos ya los teníamos en Aristóteles, *Liber topicorum* V 4); es una definición, pues, que se hizo clásica, pero a los Padres de la Iglesia no les acaba de convencer. Taciano, por ejemplo, discípulo de Justino, la admite, pero insistiendo en que la especificidad del ser humano le viene de su creación a «imagen y semejanza de Dios», no de su aptitud para el conocimiento y la ciencia (*Oratio ad graecos* 15). El «a imagen y semejanza» de *Gn* 1, 26 constituyó una especie de melodía que de modo continuo resuena en la antropología de estos primeros escritores cristianos.

[386] Cf. FILÓSTRATO, *Apolonio de Tiana* VI 40.

[387] Clemente no reprueba el arte, sino su adoración.

[388] Prototipo de artista universal, a la vez arquitecto, escultor e inventor de recursos mecánicos (cf. APOLOD., *Bibl*. III 15, 8 ss.).

[389] Pasífae, hija del sol y esposa de Minos, rey de Creta. Su leyenda más famosa se refiere al enamoramiento de un toro; de estos amores nacerá el minotauro, monstruo mitad hombre, mitad toro. Cf. APOLODORO, III 1-3; PLUT., *Moralia* 139 B; FILÓN, *De spec. leg*. 8.

[390] Se les conocía también con el nombre de faunos. Les estaba encomendada la custodia del bosque y formaban la escolta de Dioniso.

[391] Jóvenes que viven en el bosque y las aguas; divinidades secundarias que pasan por hijas de Zeus.

[392] Cf. *Odisea* VII 266.

[393] *Odisea* VIII 267-270. Afrodita, esposa de Hefesto, mantuvo relaciones con el dios Ares.

[394] 1 *Pe* 2, 9-10 ss.

[395] *Jn* 8, 23.

[396] Cf. *Jn* 3, 31.

[397] *Rm* 6, 4.

[398] Cf. *Odisea* VIII 270-299.

[399] DEMÓSTENES, *Olintíacas* III 19.

[400] Una cortesana (cf. ATENEO, VIII 335 B).

[401] Cf. 2 *Pe* 2, 14.

[402] Cf. *Mt* 5, 28.

[403] *Sibyll. Orac*. IV 24 y 27-30.

[404] *Éx* 20, 4; *Dt* 5, 8. La teología de la imagen encontró gran oposición en los primeros años del cristianismo, sobre todo entre los que procedían del mundo judío, en donde desde antiguo existía una fuerte aversión hacia todo lo que se refiriera a las imágenes. Así pues, en tiempos de Clemente, en el cristianismo no existían todavía más que símbolos (cf. J. J. AYÁN, *Antropología de san Justino*..., págs. 106-118).

[405] Cf. PAUS., I 2, 4.

[406] *Sal* 95, 5.

[407] Cf. *Gn* 1, 14 y PLATÓN, *Timeo* 42d.

[408] *Sal* 32, 6.

[409] *Sal* 8, 4.

[410] *Sal* 32, 9.

[411] Cf. CIC., *De nat. deorum* II 140; Ov., *Metamorfosis* I 85-86.

CAPÍTULO V
OPINIONES DE LOS FILÓSOFOS SOBRE DIOS

[64] Recorramos también, si quieres, las opiniones de los filósofos, cuantas tienen con presunción sobre los dioses. Si descubrimos quizá que también la misma filosofía, por su amor a la vanagloria, hace ídolos de la materia y diviniza algunas cosas maravillosas, podemos presumir de pasada que veía en sueños la verdad[412].

[2] Así pues, los elementos constitutivos del mundo nos los dejaron Tales de Mileto, que cantó al agua; Anaxímenes, también él milesio, que cantó al aire, al que siguió más tarde Diógenes de Apolonia. Parménides de Elea propuso el fuego y la tierra como dioses, pero luego Hipaso, el metapontino, sólo consideraba dios a uno de ellos, el fuego, lo mismo que Heráclito de Éfeso. Empédocles de Acrigento, cayendo en la pluralidad, además de estos cuatro elementos, enumera la discordia y la amistad.

[3] Son éstos también ateos porque adoraron con una cierta sabiduría indocta la materia y, aunque no honraron las piedras o la madera, sin embargo divinizaron la tierra como madre de todo eso y, aunque no se fabricaron un Posidón, sin embargo se volvieron suplicantes al mismo agua.

¿Qué otra cosa es Posidón sino una sustancia húmeda, [4] que lleva el nombre de la acción de beber?[413]. Como, sin duda, el belicoso Ares se llama así por el hecho de matar y de destruir[414].

Por eso también me parece que muchos, después de haber [5] clavado en tierra solamente una espada, le ofrecen sacrificios como si se tratara de Ares. Tal hecho es propio de los escitas, como dice Eudoxio[415] en el segundo libro de su *Camino alrededor de la tierra*[416]. Los saurómatas escitas veneran una daga, según dice Hicesio en su libro *Sobre los misterios*[417].

Les pasa esto también a los que siguen a Heráclito y veneran [6] el fuego como principio generador. A este fuego lo llamaron otros Hefesto.

Los magos persas honraron también el fuego y muchos **[65]** de los habitantes de Asia y los macedonios, según afirma Diógenes en su primer libro de *Sobre lo persa*[418] ¿Por qué enumerar a los saurómatas, de los que dice Ninfodoro, en sus *Costumbres extranjeras*[419], que veneran el fuego, o a los persas, medas o magos?

Dice Dinón que éstos sacrifican al aire libre, porque únicamente consideran como imágenes de los dioses el fuego y el agua[420].

[2] Ni siquiera he disimulado su ignorancia. Pues, si creen que van a huir especialmente del error, caerán en otro engaño. No tomaron como imágenes de los dioses la madera o la piedra como los griegos, ni los ibis o icneumones como los egipcios, sino el fuego y el agua como los filósofos.

[3] Ciertamente, muchos períodos de años después, Beroso, en su tercer libro *Sobre lo caldeo*[421], los presenta venerando imágenes de figura humana, después de que Artajerjes, el hijo de Darío Ocos, introdujo esta costumbre. Él fue el primero en erigir una estatua a Afrodita Anaitis en Babilonia, Susa y Ecbátana y enseñó a venerarla a los persas, bactros, los habitantes de Damasco y de Sardes.

[4] Así pues, que los filósofos reconozcan que sus maestros fueron los persas, los saurómatas o los magos. De ellos aprendieron el ateísmo de esos principios que veneran. Desconocen al autor que lo gobierna todo y al creador de los mismos principios, el Dios que no tiene principio. En cambio, se vuelven con súplicas a esos elementos «pobres y débiles»[422], como afirma el Apóstol, «los elementos» que se crearon para servicio de los hombres.

[66] Del resto de los filósofos, cuantos pasaron por alto los elementos y se ocuparon de algo más elevado e importante, unos celebraron el infinito, como Anaximandro (de Mileto), Anaxágoras de Clazomene y el ateniense Arquelao. Estos dos últimos colocaron el entendimiento en el infinito, mientras que Leucipo el milesio y Metrodoro de Quíos dejaron dos principios, al parecer: lo lleno y lo vacío.

Demócrito de Abdera cogió estos dos y añadió las imágenes. [2] Alcmeón de Crotona creía que los astros eran dioses que tenían vida. No voy a callar su desvergüenza: Jenócrates (el calcedonio) decía de forma enigmática[423] que los siete planetas eran dioses y que el octavo era el cosmos, constituido por todas las estrellas fijas[424].

Ni pasaré tampoco por alto a los del Pórtico[425]. Dicen [3] que la divinidad se reparte a través de toda la materia, incluso de la menos noble[426]. Sencillamente éstos deshonran la filosofía.

Encontrándome ya aquí, creo que no es difícil tampoco [4] recordar a los peripatéticos[427]. El padre de esta escuela filosófica, por desconocer al Autor de todas las cosas, creía que lo que se llama «muy alto»[428] era el alma de todo. Consideraba, de este modo, dios al alma del mundo, y se contradecía a sí mismo.

Limitaba la providencia hasta la luna y, más adelante, se equivoca al considerar dios al mundo, sosteniendo que es dios lo que no tiene participación de la divinidad.

Aquel Teofrasto de Éreso, el discípulo de Aristóteles, [5] pensaba que Dios era

en alguna manera el cielo y en otra el aire[429]. Voluntariamente sólo omitiré a Epicuro, que, debido a su absoluta impiedad, piensa que a Dios no le importa nada[430]. ¿Y Heraclides del Ponto? No hay lugar donde no le arrastren las imágenes de Demócrito[431].

[412] Cf. PLUT., *De Is. et Os*. 382 F.

[413] Posidón es el dios de las aguas; Clemente alude a una posible relación etimológica entre el nombre del dios, *Poseidṓn*, y *pósis*, la acción de beber.

[414] Relaciona el nombre de Ares, *Arēs*, dios de la guerra, con *ársis*, «aniquilamiento», y con *anaíresis*, «destrucción». Esta etimología la atribuye PLUTARCO (cf. *Moralia* 757 B y *Amatorius* 757 B) a Crisipo. Los filósofos estoicos se basaron en este tipo de etimologías para sentar sus doctrinas de que los dioses mitológicos significaban la personificación de fuerzas de la naturaleza (cf. CIC., *De nat. deorum* II 63-72).

[415] Cf. EUDOXIO, fr. 16 (Brandes).

[416] En este capítulo se van a acumular las citas eruditas y la repetición de ideas ya dichas.

[417] Cf. HICESIO, fr. 1, *Frag. hist. Graec*. IV, pág. 429.

[418] DIÓGENES DE CÍCICO, fr. 4, *Frag. hist. Graec*. IV, pág. 392.

[419] Cf. NINFODORO, fr. 14, *Frag. hist. Graec*. II, pág. 379.

[420] Cf. DINÓN, fr. 9, *Frag. hist. Graec*. II, pág. 91.

[421] Cf. BEROSO, fr. 16, *Frag. hist. Graec*. II, pág. 508.

[422] *Gál* 4, 9.

[423] Cf. n. 29.

[424] Cf. JENÓCRATES, fr. 17 (Heinze).

[425] Se refiere Clemente a los filósofos estoicos, llamados así por llevar a cabo sus enseñanzas en la *stoá*, «pórtico».

[426] Cf. ZENÓN, fr. 47 (Pearson); CRISIPO, *Fr. phys*. 1039 (Arnim).

[427] Los que pertenecían a la escuela aristotélica recibían el nombre de peripatéticos por el hecho de que Aristóteles explicaba mientras paseaba con sus discípulos (*peripatéō*, «caminar».)

[428] Cf. ARISTÓT., *De mundo*, pág. 397 B 25; JENÓCRATES, fr. 18 (Heinze).

[429] Cf. TEOFRASTO, fr. 14 (Wimmer).

[430] Cf. EPICURO, fr. 368 (Usener).

[431] Cf. HERÁCLIDES DEL PONTO, fr. 64 (Voss).

CAPÍTULO VI

INSPIRADOS POR LA MISMA VERDAD, LOS FILÓSOFOS HAN DICHO LA VERDAD ALGUNA VEZ

Una gran multitud de tal especie[432] se me echa encima, **[67]** como si se tratara de un espantapájaros, que introduce a escondidas una ilusión extraña de demonios extranjeros, y relata cuentos con la locuacidad de una anciana. Les es muy necesario a los hombres volverse a escuchar tales relatos, con los que nosotros ni siquiera tenemos la costumbre de calmar a nuestros propios hijos, cuando lloran, contándolos de forma mítica, como se dice.

Tememos que crezca en ellos la impiedad, proclamada por la opinión de estos sabios, que en nada conocían lo verdadero más que los niños[433].

¡Por la verdad! ¿Por qué muestras[434] a los que han creído [2] en ti, encandilados con el fluir, la velocidad y los torbellinos desordenados? ¿Por qué llenas mi vida de ídolos, imaginando que son dioses el viento, el aire, el fuego, la tierra, las piedras, la madera, el hierro, este mundo, y dioses también los errantes astros?

Disertas sobre los fenómenos celestes y engañas a los hombres, que están realmente perdidos por esta astrología tan celebrada, no por la astronomía. Anhelo al señor de los vientos, al señor del fuego, al creador del mundo, el que da la luz al sol. Busco a Dios, no sus obras.

[68] ¿Qué colaborador encuentro en ti para esta búsqueda? Porque no desconfiamos de ti por completo, filosofía. Si quieres, a Platón. ¿Dónde hay que seguir las huellas de Dios, Platón?

> Es un gran mérito encontrar al padre y creador de todo y es imposible explicarlo a todos los hombres[435].
>
> ¿Por qué, en nombre de Dios? «Porque nunca se puede explicar»[436].

[2] Está bien rozar la verdad, Platón, pero no te canses. Emprende conmigo[437] la búsqueda del bien. Pues una emanación divina[438] inspira a todos los hombres en general y, sobre todo, a los que pasan el tiempo en investigaciones.

Gracias a ello, y contra su voluntad, reconocen que hay [3] un solo Dios, que es

imperecedero e increado, que está siempre en la bóveda del cielo, en su puesto privado y particular de observación[439].

Dime cómo debo imaginarme a Dios. El que todo lo ve sin ser visto,

dice Eurípides[440].

Me parece que Menandro se equivocó cuando dijo: [4]

Sol, es necesario adorarte como el primero de los dioses, gracias a ti nos es posible contemplar a los demás[441],

pues el sol nunca nos mostrará al dios verdadero. En cambio, el Logos salvador, que es el sol del alma, es el único que se eleva desde el interior, en la profundidad de la misma mente, y da luz a los ojos.

Con razón decía Demócrito que «algunos hombres sensatos [5] elevaban sus manos y llamaban Zeus entonces a lo que los griegos llamamos aire ahora. Este Zeus lo sabía todo, concedía y quitaba, era el rey de todo»[442]. También Platón, por este motivo, al pensar en Dios, le designa misteriosamente[443] así: «todo está en torno al rey universal y es la causa de todo lo bello»[444].

¿Quién es el rey de todas las cosas? Dios es la medida **[69]** de la verdad de lo que existe. Lo mismo que lo medido se puede saber por la medida, así también la verdad es medida y comprendida para conocer a Dios.

[2] Moisés, hombre verdaderamente consagrado, nos dice: «no habrá en vuestro saco un peso grande y otro pequeño, ni en vuestra casa una medida grande y otra pequeña. Tendréis un solo peso verdadero y justo»[445]. Consideraba a Dios como peso, medida y número de todo.

[3] Las imágenes injustas y desiguales están ocultas en casa, en el saco y en el alma manchada, por así decirlo. La única medida justa es el Dios verdadero, que es siempre igual a sí mismo y de la misma manera[446]. Mide y pesa todo, como manteniendo y conteniendo la naturaleza de todas las cosas inconmoviblemente, debido a su justa balanza.

[4] «Dios, según un antiguo dicho, tiene el comienzo, el fin y el medio de todo cuanto existe y avanza marchando según su recta naturaleza. Siempre le acompaña la justicia para castigar a los que abandonan la ley divina»[447].

[70] ¿De dónde insinúas misteriosamente[448] esta alusión a la verdad, Platón? ¿De dónde un aprovisionamiento tan grande de discursos predice la religión? Las razas de estos bárbaros, dice, son más sabias[449]. Conozco a tus maestros, aunque quieras ocultarlos. Aprendes la geometría de los egipcios, la astronomía de los

babilonios, recibes sabios conjuros de los tracios y mucho te enseñaron los asirios; pero para las leyes, las que son verdaderas, y tu opinión sobre Dios te ayudaron los mismos hebreos.

Éstos no honran con vanos engaños las obras humanas [2]
de oro, bronce, plata o marfil
ni los ídolos de madera o piedra de mortales que mueren,
lo que sí hacen los mortales de insensatos deseos.
Elevan, en cambio, las manos puras al cielo;
levantándose del lecho muy temprano, se purifican siempre el cuerpo
con agua y honran solamente al que siempre se preocupa de todo,
al Inmortal[450].

¡Oh Filosofía! No te ocupes sólo de uno, de este Platón, **[71]** sino apresúrate a presentarme a muchos otros que proclaman como Dios al único Dios verdadero bajo su inspiración, si se han aferrado de algún modo a la verdad.

Antístenes no pensó lo siguiente como seguidor de la [2] escuela cínica, sino como discípulo de Sócrates; dice:

Dios no se parece a nadie, porque nadie puede conocerlo a partir de una imagen[451].

[3] Jenofonte, el ateniense, habría escrito también él mismo con claridad sobre la verdad y habría dado testimonio, como Sócrates, si no hubiera temido su veneno. No es pequeña esta alusión al decir: «El que conmueve y tranquiliza todo, es evidente que es grande y poderoso. ¿Cómo es en su forma? Invisible. Ni siquiera se parece al sol, que es totalmente brillante y parece que no permite que nadie le vea, sino que, si uno lo contempla por atrevimiento, queda ciego»[452]. ¿Por qué habla tan sabiamente el hijo de Grilo? Seguramente se debe a la profetisa hebrea que vaticina:

[4] *¿Qué carne puede al celeste y verdadero*
Dios inmortal ver con los ojos, el que habita en el cielo?
Frente a los rayos del sol
no son capaces de ponerse los hombres, puesto que han nacido mortales[453].

[72] Cleante (el de Pedaso), filósofo estoico[454], no explica una teogonía poética, sino una verdadera teología. No ocultó lo que pensaba sobre Dios:

¿Me preguntas cómo es el bien? Escucha, pues: ordenado, justo, [2] santo, piadoso, se domina a sí mismo, útil, bello, necesario, sobrio, sencillo, siempre apropiado, sin miedo, sin sufrimiento, ventajoso, sin dolor, provechoso, agradable, seguro, amable, estimado, reconocido, glorioso, sin orgullo, solícito, dulce,

fuerte, que dura largo tiempo, irreprochable, que permanece siempre[455]. No es libre todo el que mira a la fama en la idea de que va a obtener algún bien de ella[456].

Aquí creo que enseña con claridad cómo es Dios y de [3] qué modo la opinión común y la costumbre esclavizan a los hombres que las siguen sin buscar a Dios.

No hay que ocultar a los discípulos de Pitágoras. Afirman: [4] «Dios es uno solo; no está, como creen algunos, fuera del orden del universo, sino en él mismo. Todo él en el círculo entero, como guardián que protege todo, inteligencia y aliento del universo entero, movimiento de todos los seres»[457].

Es suficiente esto que escribieron, bajo su inspiración, [5] para el conocimiento de Dios; nosotros lo hemos escogido para el que sea capaz de examinar, al menos un poco, también la verdad.

[432] Alude a los filósofos.

[433] El tono de Clemente vuelve a elevarse al comienzo de este capítulo.

[434] Habla con la filosofía.

[435] PLATÓN, *Timeo* 28c. De este pasaje nacen todas las alusiones al dios de Platón; un dios, por otra parte, que no es único y produjo una gran desorientación en los críticos helenísticos (cf. SOLMSEN, *Plato's Theology*, Ithaca, Nueva York, 1942).

[436] PLATÓN, *Carta VII* 341c. Todo este pasaje recuerda el estilo de Platón. Es la idea tan extendida en esta época por influencia platónica del aislamiento de la divinidad (cf. también *Strom*. IV 156: «Dios no puede ser demostrado»). Pocos textos han tenido tanto éxito como éste y el de *Timeo* 28c en el medioplatonismo, entre los Padres de la Iglesia y, más o menos directamente, en la mística medieval. Desde el platonismo del s. II d. C. —en especial desde Numenio—, la vía de la negación parecía la única válida para acercarse al Dios que no se podía conocer (cf. A. J. FESTUGIÈRE, *La Révélation d'Hermès Trismégiste*, París, IV, 1954, pág. 139).

[437] PLATÓN, *Fedro* 237.

[438] La *apórreia*, que en el medioplatonismo designaba el intelecto humano o el favor divino, indica en Clemente la acción del Espíritu Santo [cf. MARCO AURELIO, II 4, 2; MÁXIMO DE TIRO, *Or*. 38 tit.; *Strom*. V 13, 88, 1-4; 14, 98, 3 (donde cita expresamente a PLATÓN, *Rep*. III 415a); VI 16, 134, 2].

[439] Ideas de Platón sobre la divinidad, cf. *Fedro* 246d-249.

[440] Cf. EURÍP., fr. 1129 (Nauck).

[441] Cf. MENANDRO, fr. 609 (Kock), *Comic. Attic. Frag*. III, pág. 184.

[442] Cf. DEMÓCRITO, fr. 30 (Diels).

[443] Cf. n. 29.

[444] PLATÓN, *Carta II* 312e.

[445] *Dt* 25, 13-15.

[446] PLATÓN, *Fedón* 78d.

[447] PLATÓN, *Leyes* IV 715e y 716a. Texto citado por numerosos autores, cf. *Strom*. VI 5, 39, 1. Normalmente, los Padres al citar a Platón no presentan su pensamiento personal, sino el eco de una tradición antigua (es la misma tendencia de Plutarco, Máximo de Tiro o Numenio, por ejemplo). En realidad, no les interesa tanto el aspecto platónico de los textos cuanto el que les sirvan para introducir un contenido específicamente bíblico (cf. J. DANIÉLOU, *Message évangélique et culture hellénistique*, París, 1961, pág. 109). Clemente se apoya en este pasaje, en que Platón habla de un «dicho antiguo», para mostrar que el filósofo ateniense no era más que el eco de una tradición mucho más antigua que él deforma y de la que Moisés sería el verdadero autor. Para É. DES PLACES, la expresión «dicho antiguo» no designa por fuerza una reminiscencia órfica, como creían algunos neoplatónicos [*La Religion Grecque*..., pág. 205; cf. también A. J. FESTUGIÈRE, en *R. É. G*. (1936), 306].

[448] Cf. n. 29.

[449] Cf. PLATÓN, *Fedón* 78a. Se pensaba que la sabiduría venía de Oriente.

[450] *Sibyll. Orac*. III 586-588; 590-594.

[451] Cf. ANTÍSTENES, fr. 24 (Mullac), *Frag. hist. Graec*. II, pág. 277. Siguiendo a Platón, procura eliminar de Dios todo antropomorfismo; los que existen en el *A.T.* los explica con alegorías.

[452] Cf. JENOFONTE, *Memorables* IV 3, 13-14.

[453] *Sibyll. Orac.* I 10-13. Refleja el gran abismo que se daba en el mundo platónico entre Dios y el hombre (cf. la teoría que muestra aquí y la del pasaje de esta misma obra, 100, 3).

[454] Su Himno a Zeus es una de las cumbres de la oración en la Antigüedad, según É. DES PLACES (cf. *La Religion Grecque*..., págs. 263-267). Consta de 39 hexámetros y en él canta al Dios todopoderoso, todo justicia, el organizador del orden cósmico, al que los malvados no se pueden sustraer. Por su sentimiento religioso y poesía, anuncia la de EPICTETO en *Conversaciones* I 16, 20-21. Los críticos reconocen que en gran parte depende de Solón (cf. A. J. FESTUGIÈRE, *La Révélation d'Hermès Trismégiste*..., págs. 330-332 y 340).

[455] CLEANTE, fr. 75 (Pearson, pág. 299). Lo cita también en *Strom*. V 14, 110, 2; V 14, 111, 1.

[456] CLEANTE, fr. 101 (pág. 320).

[457] PITÁGORAS, *Sent*. 35 (Mullac, *Frag. Philos. Graec*. I, pág. 50).

CAPÍTULO VII
TAMBIÉN LOS POETAS RINDEN TESTIMONIO A LA VERDAD

[73] Venga a nosotros también la misma poesía (no es bastante sólo con la filosofía). Ocupa todo su tiempo en la ficción; con dificultad dará ahora testimonio de la verdad y reconocerá mejor ante Dios la digresión mítica. ¡Venga cualquier poeta que quiera el primero!

[2] Arato[458] piensa que el poder de Dios se extiende por todo:

> Para que se produzca todo sin cesar, a Él se dirige siempre lo primero y lo último. Salud, Padre, gran maravilla, gran ayuda para los hombres[459].

[3] También Hesíodo de Ascra se refiere misteriosamente[460] a Dios de este modo:

> Él es el rey y Señor de todo. Ningún mortal rivalizó con él en poder[461].

Incluso ya en la escena revelan la verdad. Eurípides, **[74]** después de mirar el éter y el cielo, dijo: «considera esto como Dios»[462].

Y Sófocles, el hijo de Sófilo: [2]

> Único en verdad, único es Dios, el que creó el cielo y la inmensa tierra, la brillante ola del mar y la violencia de los vientos. Muchos somos, en cambio, los mortales que estamos equivocados en el corazón; levantamos a los dioses estatuas de piedra, como una consolación a nuestros males, o imágenes de bronce, oro o marfil. Les concedemos sacrificios y vanos panegíricos, y así pensamos que somos piadosos[463].

Este mismo Sófocles llevó a la escena la verdad ante los espectadores de un modo temerario.

El tracio Orfeo[464], hijo de Eagro, era hierofanta y poeta [3] al mismo tiempo. Después de la hierofantía de los misterios y la teología de los ídolos, presentó una palinodia de la verdad y, aunque realmente era tarde entonces, sin embargo entonó un canto a la palabra santa:

> Hablaré a los que pueden escuchar. ¡Profanos, cerrad las [4] puertas todos por igual! Tú escucha, hija

de la luna brillante, Musa, pues diré la verdad; que no te prive de la vida feliz lo que antes se te mostró claro en el corazón. Habiendo mirado a la palabra divina, permanece junto a ella y dirige la inteligente envoltura de tu corazón[465]. Camina bien por el sendero y mira al único Señor inmortal del cosmos.

[5] Más adelante añade en términos precisos:

Él es único, se engendró a sí mismo. De él solo surgieron todos los seres. En ellos se mueve alrededor de todo; ninguno de los mortales le ve, pero él ve a todos[466].

De este modo, con el tiempo se dio cuenta Orfeo de que había estado equivocado.

[6] ¡Eh, mortal ingenioso, no vaciles ni te retrases, sino aplaca a Dios volviendo atrás![467].

[7] Si los griegos recibieron especialmente algunos destellos de la palabra de Dios y proclamaron unas cuantas cosas de la verdad, testimonian que su poder no está oculto y se acusan a sí mismos de débiles, por no ir al encuentro del fin.

[75] Creo que ya es evidente para todos que los que hacen o dicen algo sin la palabra de la verdad se parecen a los que son obligados a caminar sin pies. Que te avergüencen, con vistas a la salvación, las pruebas sobre vuestros dioses; esos dioses que los poetas ponen en escena en sus comedias, obligados por la verdad.

[2] El cómico Menandro, en efecto, en su obra *El auriga* dice:

no me gusta ningún dios que pasea fuera con una anciana y que entra en las casas en un cuadro[468],

como si fuera un sacerdote de Cibeles mendicante, pues así son éstos.

Por eso Antístenes, con razón, a los que le pedían les [3] decía: «No alimento a la madre de los dioses. ¡Que la alimenten ellos!»[469].

Y, de nuevo, el mismo comediógrafo se enoja por esta [4] costumbre e intenta refutar por completo el orgullo impío del error en su obra *La sacerdotisa*, declarando con sensatez:

Pues, si un hombre arrastra al dios con sus címbalos a hacer lo que él quiere, el que hace eso es más grande que el dios; éstos son los instrumentos de audacia y violencia, inventados por los hombres[470].

No es sólo Menandro, sino que también Homero, Eurípides **[76]** y muchos otros poetas refutan a vuestros dioses y no tienen miedo de ultrajarlos todo lo que pueden. Por ejemplo, a Atenea la llaman «mosca de perro»[471], a Hefesto «cojo de ambos pies»[472], y a Afrodita le dice Helena:

ojalá no puedas volver con tus propios pies al Olimpo[473].

Homero escribe de Dioniso con claridad: [2]

(Licurgo) *un día a las nodrizas de Dioniso, poseído de furor báquico,*
las perseguía en el sagrado Nisa; todas a la vez
arrojaron sus tirsos a tierra, por obra del homicida Licurgo[474].

[3] Eurípides es verdaderamente digno de la ocupación socrática, al mirar hacia la verdad y despreciar a los espectadores. Un día contradice a Apolo:

[4] *que mora en el templo del centro de la tierra,*
distribuyendo a los mortales las palabras más sabias.
Persuadido por aquél, maté yo a mi madre.
Consideradle criminal y matadle.
Aquél pecó, no yo,
porque es más ignorante del bien y de la justicia[475].

[5] En otra ocasión nos trae a Heracles furioso[476], y en otra, cuando se encontraba borracho e insaciable[477], ¡cómo no! Se obsequiaba con carne:

comía además higos verdes y
gritaba de modo grosero como si lo hubiera aprendido de un bárbaro[478].

[6] En su obra *Ión*, presenta en el teatro a los dioses con la cabeza desnuda[479]:

¿Cómo es justo que vosotros, que las leyes para los mortales
habéis dispuesto, seáis culpables de injusticia?

Y si,—utilizo este razonamiento, pero no sucederá—
sometierais a juicios humanos vuestros matrimonios forzados,
tú[480], *Posidón y Zeus, que gobiernas el cielo,*
y tuvierais que pagar las injusticias, vaciaríais los templos[481].

[458] Estoico, como Cleante. Ambos ofrecen la contribución más importante de la filosofía de estos años en relación con el parentesco del hombre con la divinidad. Debe mucho a los *Trabajos* de Hesíodo (quizá no en vano une Clemente su cita a una del poeta beocio).

[459] ARATO, *Fenómenos* 13-15.

[460] Cf. n. 29.

[461] Cf. HESÍODO, fr. 195 (Rzach).

[462] Cf. EUR., fr. 941 (Nauck).

[463] PSEUDO-SÓFOCLES, fr. 1025 (Nauck). Aparece la frase también en san Justino, Atenágoras, Eusebio y otros escritores cristianos.

[464] El problema de la existencia de Orfeo se une a la fe que los griegos tenían en su existencia (lo que quizá sea una prueba de que realmente sí existió). En el siglo v se consideraba ya el orfismo como una literatura muy antigua; los principales testimonios literarios los tenemos en Eurípides, Platón y Aristóteles. Desde el principio apareció como profeta de los dioses. Se creía que procedía de Tracia —varias generaciones antes de Homero (hijo de una musa y de Apolo o bien del río tracio Eagro)— que fue escritor, promotor de la civilización y el que estableció la religión de Dioniso (cf. É. DES PLACES, *La Religion Grecque*..., págs. 191-192).

[465] Cf. Platón, *Timeo* 44a (emplea la misma palabra, *kýtos*, «la envoltura del alma»). En Sóf., *Traquinias* 12, se utiliza ya claramente con el sentido de «cuerpo».

[466] ORFEO, fr. 5 (Abel).

[467] *Sibyll. Orac*. III 624-625.

[468] MENANDRO, fr. 102, *Comic. Attic. Frag.* (Kock), III, pág. 58. Ataque a la familiaridad que los griegos tenían con los dioses y a la idolatría. La cita aparece también en SAN JUSTINO, *De mon*. 5.

[469] Cf. ANTÍSTENES, fr. 70 (Mullac). Sátira mordaz de Clemente.

[470] MENANDRO, fr. 245, 2-6, *Comic Attic. Frag.* (Kock), III, pág. 70. Misma cita en SAN JUSTINO, *De mon*. 5.

[471] *Ilíada* XXI 394, 421.

[472] *Ilíada* I 607 ss.

[473] *Ilíada* III 407.

[474] *Ilíada* VI 132-134.

[475] EUR., *Orestes* 591-592; 594-596; 417.

[476] Alude Clemente a la obra de Eurípides de este mismo nombre.

[477] EUR., *Alcestis* 755-760.

[478] Cf. EUR., fr. 907 (Nauck).

[479] Cf. PLATÓN, *Fedro* 237a; 243b; CLEMENTE, *Ped*. II 10, 89, 1.

[480] Se dirige a Apolo.

[481] EUR., *Ión* 442-447; SAN JUSTINO, *De mon*. 5.

CAPÍTULO VIII
A LOS PROFETAS ES A LOS QUE ES PRECISO PREGUNTAR LA VERDAD SOBRE DIOS

[77] Una vez que hemos tratado en orden lo demás, es el momento ya de que acudamos a los textos proféticos, pues sus oráculos nos ofrecen claramente los puntos de partida hacia la piedad y nos asientan en la verdad. Los caminos cortos de la salvación[482] son las divinas Escrituras y un género de vida prudente. Carecen de adorno, lejos de un sonido agradable, de originalidad y de adulación. Pero levantan al hombre que se encuentra ahogado por la maldad, despreciando una vida que se le escapa; por una única y misma palabra ofrecen muchos servicios. Nos alejan del error fatal y nos empujan con claridad hacia la salvación que está ante nuestros ojos.

[2] Que la Sibila profética nos cante en seguida, la primera, el canto de salvación:

He aquí que aparece un astro fijo, totalmente visible.
Venid, no persigáis siempre las tinieblas y la oscuridad.
He aquí que la luz de dulce mirada del sol brilla extraordinariamente.
Empezad a conocer, una vez que tengáis puesta la sabiduría en vuestros corazones.
Es un único Dios el que envía las lluvias, los vientos, los seísmos,
los relámpagos, el hambre, las pestes, los tristes funerales, las nieves, las heladas,
¿por qué nombro cada cosa?
Dirige el cielo, gobierna la tierra, y existe por sí mismo[483].

Está muy inspirada por Dios cuando compara el error [3] con la tiniebla y el conocimiento de Dios con el sol y la luz. Expone ambas ideas con sensatez y nos enseña a elegir. Pues el engaño no se distingue de la verdad por la simple comparación. Se destierra sólo por la práctica de la verdad, arrancado por la fuerza[484].

Jeremías, ese profeta tan sabio, o mejor, el Espíritu Santo **[78]** por Jeremías, nos muestra a Dios. Dice:

Yo soy un Dios cercano, no un Dios lejano. Si un hombre hiciera algo en un escondrijo, ¿no lo veré Yo?

¿No lleno los cielos y la tierra? Dice el Señor[485].

Por otra parte, de nuevo nos dice por Isaías: «¿Quién [2] medirá el cielo con la palma y toda la tierra con el cuenco de su mano?»[486]. Mira la grandeza de Dios y conmuévete. Adoremos a este de quien afirma el profeta: «Ante tu faz se derretirán las montañas como la cera se derrite ante la faz del fuego»[487].

Éste es Dios, dice, «el que tiene como trono el cielo y la tierra como escabel»[488]. «Si abriera el cielo se apoderaría de ti el temor»[489].

[3] ¿Quieres también oír lo que dice este profeta sobre los ídolos? Se colocarán ante el sol y sus cadáveres servirán de alimento a las aves del cielo y las fieras de la tierra. Se corromperán bajo el sol y la luna los que les amaron y sirvieron. Y su ciudad será arrasada[490].

[4] Dice que los elementos y el cosmos perecerán con ellos también: «La tierra —afirma— envejecerá y el cielo pasará»[491], «pero la palabra del Señor permanece para siempre»[492].

[79] ¿Y cuando, en otra ocasión, Dios quiso manifestarse a sí mismo por medio de Moisés? «Ved, ved que soy Yo, y no hay otro Dios fuera de mí». «Yo daré la muerte y la vida. Heriré y sanaré. No hay nadie que se libre de mis manos»[493].

[2] Pero ¿quieres oír otro oráculo? Tienes todo el coro de profetas, los compañeros de Moisés. ¿Qué dice el Espíritu Santo por Oseas? No dudaré en decirlo: «Ved que Yo he dado fuerza a la tormenta y he creado el viento»[494]. Sus manos establecieron el ejército del cielo[495].

[3] Y también por Isaías (te recordaré esta palabra): «Yo soy, Yo soy, afirma, el Señor, que proclama la justicia y anuncia la verdad. Reuniros y venid. Deliberad a la vez los que estáis salvados de todas las naciones. No me han conocido los que erigen un trozo de madera como su ídolo y suplican a dioses que no les salvan».

A continuación prosigue: «Yo soy Dios y no hay otro [4] justo fuera de mí, y no hay otro salvador fuera de mí. Volveos a mí y seréis salvos los del confín de la tierra. Yo soy Dios y no hay otro. Lo juro por mi nombre»[496].

Rechaza a los idólatras diciéndoles: «¿Con quién compararéis [5] al Señor? ¿A qué imagen haréis que se asemeje?» «¿No fabricó el artesano una imagen y el orfebre fundió el oro y la doró?»[497]. Lo mismo ocurre en esto.

¿No sois vosotros aún idólatras? ¡Venga, tened miedo de [6] sus amenazas! No se quejan las esculturas y las obras hechas por hombres, sino más bien los que confiaban en ellas, pues la materia es insensible. Incluso afirma: «El Señor hará temblar las ciudades habitadas y tomará en su mano toda la tierra habitada como si fuera un nido»[498].

¿Por qué te anuncio los misterios de la sabiduría y las **[80]** sentencias de un niño hebreo, totalmente instruido? «El Señor me estableció al comienzo de sus caminos con vistas a su creación»[499]; y «el Señor otorga la sabiduría y de su boca brota ciencia e inteligencia»[500].

«Perezoso, ¿hasta cuándo estarás acostado? ¿Cuándo [2] despertarás de tu sueño? Si fueras diligente, te llegaría tu cosecha como una fuente»[501]. Es el Logos del Padre, la buena luz[502], el Señor que nos trae la luz, la fe y la salvación para todos.

[3] «El Señor que hizo la tierra con su poder, restableció la parte habitada con su sabiduría»[503], como dice Jeremías. Pues nosotros habíamos caído en los ídolos, pero la Sabiduría, que es su Logos, nos encamina hacia la verdad.

[4] Ésta es la primera resurrección[504] de la caída. Por eso el admirable Moisés, alejándonos de toda idolatría, grita con hermosas palabras: «Escucha, Israel, el Señor es tu Dios, el Señor es uno solo». «Adorarás al Señor tu Dios y a Él solo servirás»[505].

[5] Ahora, pues, hombres, comprended según aquel bienaventurado salmista David: «Aprended la lección, no sea que el Señor se irrite y perezcáis fuera del camino justo, pues su cólera se inflama de repente. ¡Venturosos los que a Él se acogen!»[506].

[81] El Señor se compadece de nosotros y nos entrega un canto salvador como un compás de guerra:

Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo tendréis un corazón endurecido? ¿Por qué amáis la vanidad y buscáis el engaño?[507].

¿Cuál es la vanidad y cuál el engaño?

[2] El santo apóstol del Señor, acusando a los griegos, te lo expondrá: «Porque conociendo a Dios no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que fueron insensatos en sus razonamientos y cambiaron la gloria de Dios por la semejanza de la imagen del hombre corruptible; sirvieron a la criatura en lugar de al Creador»[508].

Ciertamente Dios es este que «en el principio hizo el [3] cielo y la tierra»[509]. En cambio, tú no piensas en Dios y adoras el cielo, ¿cómo no vas a ser impío?

Escucha otra vez al profeta, cuando dice: «El sol se [4] eclipsará, el cielo se oscurecerá y brillará el Todopoderoso por toda la eternidad. Las potestades del cielo se agitarán y éste dará vueltas. Se extenderá y replegará, como si fuera un cuero» (éstas son las expresiones de los profetas). «Y la tierra huirá del rostro del Señor»[510].

482 La célebre definición de la escuela cínica era ésta: «camino corto hacia la virtud» (*sýntomos hodòs eis aretḗn*). La utiliza también Clemente en *Ped*. I 3, 9, 4.

483 *Sibyll. Orac*. I 28-35.

484 Cf. *Jn* 3, 21.

485 *Jr* 23, 23-24.

486 *Is* 40, 12.

487 *Is* 64, 1-3.

488 *Is* 66, 1.

489 *Is* 64, 1.

490 Cf. *Jr* 8, 2; 34, 20; 4, 26.

491 *Mt* 24, 35; cf. *Is* 40, 8; 51, 6.

492 *Is* 40, 8.

493 *Dt* 32, 39.

494 *Am* 4, 13. Clemente atribuye esta frase a Oseas, quizá por citar dememoria o de alguna antología.

495 *Os* 13, 4; *Sal* 8, 4.

496 *Is* 45, 19-20; 21-23.

497 *Is* 40, 18-19.

498 *Is* 10, 14.

499 *Pr* 8, 22.

500 *Pr* 2, 6.

501 *Pr* 6, 9 y 11a.

502 Cf. *Pr* 20, 27; *Sal* 119, 105.

503 *Jr* 10, 12.

504 Cf. *Ap. Jn* 20, 5.

505 *Dt* 6, 4 y 13; 10, 20; *Mt* 4, 10; *Lc* 4, 8.

506 *Sal* 2, 12.

507 *Sal* 4, 3.

508 *Rm* 1, 21 y 23-25.

509 *Gn* 1, 1.

510 Cf. *Is* 13, 10; *Ez* 32, 7; *Mt* 24, 29; *Is* 34, 4; *Sal* 103, 2 y *Jl* 2, 10.

CAPÍTULO IX
DIOS NOS LLAMA A ÉL POR SU LOGOS

[82] Podría citarte incontables textos de los que ni siquiera «un solo signo pasará»[511] sin que llegue a cumplirse. «La boca del Señor», el Espíritu Santo[512], «los pronunció»[513]. «Ya no desdeñes, hijo mío», nos dice, «las lecciones del Señor, y no te enfades si Él te corrige»[514].

[2] ¡Qué amor tan grande tiene a los hombres! No se comporta como un maestro con sus alumnos, ni como un señor con sus siervos, ni como un dios con los hombres, sino como «un bondadoso padre»[515] que amonesta a sus hijos.

[3] A pesar de ello, Moisés reconoce que «estaba asustado y temblaba»[516] al oír hablar sobre el Logos; en cambio, ¿tú no temes cuando escuchas la palabra de Dios? ¿No te acongojas? ¿No tomas precauciones y te apresuras a conocerlo, es decir, te apresuras hacia la salvación, temeroso de su cólera, deseoso de su gracia[517] y tratando de conseguir la esperanza, para evitar el juicio?

Venid, venid, mi grupo de jóvenes: «Pues si no volvéis a [4] ser como niños y nacéis de nuevo»[518], según dice la Escritura, no recibiréis al que es verdaderamente Padre, «ni entraréis en el reino de los cielos»[519]. ¿Cómo permite entrar al extranjero?

Pero creo que cuando se inscriba uno en el registro y sea [5] nombrado ciudadano y reciba un padre[520], entonces estará «en las cosas de su padre»[521]; entonces se le considerará digno de ser heredero y entonces participará con el hijo legítimo, «el amado»[522], del reino paterno.

Ésta es la iglesia de los primogénitos, formada por muchos [6] buenos hijos. Éstos son «los primogénitos, inscritos en los cielos» y los que celebran sus fiestas con tantos «millares de ángeles»[523].

[7] Nosotros somos los hijos primogénitos, los hijos fecundos de Dios, los amigos legítimos del «Primogénito»[524]. Hemos sido los primeros hombres que han conocido a Dios, los primeros en ser arrancados del pecado, los primeros apartados del diablo.

[83] Pero ahora hay algunos tanto más impíos cuanto Dios es más amigo de los

hombres. Pues Él quiere que de esclavos lleguemos a ser hijos[525], pero ellos desdeñan incluso llegar a ser hijos. ¡Oh, qué gran necedad! ¡Os avergonzáis ante el Señor!

[2] Él anuncia la libertad y, en cambio, vosotros corréis a la esclavitud. Os regala la salvación y descendéis a la muerte. Os regala la vida eterna y, en cambio, esperáis el castigo y preveis de antemano el fuego «que el Señor ha dispuesto para el diablo y sus ángeles»[526].

[3] Por esto dice el bienaventurado apóstol: «Os doy testimonio en el Señor, para que vosotros no os equivoquéis como también los pueblos paganos se equivocan en la vanidad de su inteligencia. Tienen la mente en tinieblas y se encuentran apartados de la vida de Dios por la ignorancia que habita en ellos y el endurecimiento de su corazón. Se han entregado a sí mismos, insensibles por el libertinaje, a la práctica de toda depravación y codicia»[527].

Al probar tal testimonio la insensatez de los hombres y **[84]** al llamar a Dios, ¿qué otra cosa queda para los incrédulos, qué juicio y qué condena? Pero el Señor no se cansa de advertir, de amedrentar, de persuadir, de estimular, de amonestar. Despierta y levanta de las mismas tinieblas a los que estaban perdidos.

«Despierta», dice, «tú que duermes, levántate de entre [2] los muertos y Cristo el Señor te iluminará»[528]. Es el sol de la resurrección, engendrado «antes del lucero de la mañana»[529], el que regaló la vida con sus propios rayos.

Así pues, que nadie desprecie al Logos, no sea que se [3] desprecie sin darse cuenta a sí mismo. Pues dice la Escritura en alguna parte: «Si oís hoy su voz, no endurezcáis vuestro corazón como en la cólera del día de la tentación en el desierto, donde vuestros padres fueron puestos a prueba»[530].

Si quieres saber cuál fue la prueba, el Espíritu Santo[531] [4] te lo explicará: «Vieron mis obras durante cuarenta años», dice. «Por eso me enojé contra esta raza y dije: Siempre están pecando en su corazón y no conocen mis caminos, de modo que he jurado en mi cólera: ¡No entrarán en mi descanso!»[532].

Ved la amenaza, ved la exhortación, ved el castigo. ¿Por [5] qué, pues, vamos a cambiar aún la gracia en cólera y no recibimos al Logos con los oídos bien abiertos y acogemos con hospitalidad a Dios en unas almas puras? Pues grande es la gracia de su promesa, si escuchamos hoy su voz. Y «el hoy» crece cada día, mientras se diga «hoy»[533].

[6] Hasta el fin permanece el hoy y la posibilidad de aprender. Entonces el hoy real, el día perpetuo de Dios, se extiende en la eternidad. Obedezcamos, por consiguiente, siempre a la palabra del Logos divino, pues «el día» es eterno. Es la imagen de la eternidad, «el día» es el símbolo de la luz y el Logos es la luz de los

hombres[534], por la que vemos claramente a Dios.

[85] Es natural que la gracia sobreabunde en los que han creído y han obedecido[535]. En cambio, con los que han desobedecido y han pecado en su corazón, los que no han conocido los caminos del Señor[536], esos que anunció Juan que se enderezaran y prepararan[537], con ésos, en verdad, se ha enojado Dios y les amenaza.

[2] Los antiguos hebreos errantes recibieron el cumplimiento de la amenaza en forma simbólica, pues por su incredulidad, se dice, no entraron en el lugar de reposo, antes de que obedecieran al sucesor de Moisés, y de que aprendieran tarde por experiencia que de otro modo no podían salvarse si no creían en Jesús[538].

[3] Pero el Señor, que ama a los hombres, invita a todos «al conocimiento de la verdad»[539] al enviar al Paráclito[540]. ¿Cuál es el conocimiento? La piedad[541]. «La piedad es una ayuda para todos», según Pablo, «porque tiene la promesa de la vida actual y de la futura»[542].

Hombres, poneos de acuerdo: si se vendiera la salvación [4] eterna, ¿en cuánto la compraríais? Ni siquiera si uno repartiera todo el Pactolo, el mítico río de oro, pagaría un precio equivalente a la salvación.

¡No os canséis! Si queréis, os es posible comprar la salvación **[86]** más cara con un tesoro propio, la caridad y la fe, que son un digno precio de la vida. Dios recibe con agrado este honor. «Pues hemos esperado en el Dios vivo, que es el salvador de todos los hombres, en especial de los creyentes»[543].

En cambio, los otros, que están abrazados al mundo como [2] las algas en las rocas del mar[544], estiman poco la inmortalidad y, como el anciano de Ítaca[545], no desean la verdad ni la patria del cielo y menos aún la única luz verdadera, sino el humo[546]. La piedad hace al hombre igual a Dios[547], en la medida en que esto es posible y le designa como maestro conveniente a Dios, el único que puede asemejar el hombre a Dios, según su dignidad.

[87] Conociendo realmente esta enseñanza divina, el Apóstol dice: «Tú, Timoteo, conoces desde que eras muy niño las Sagradas Escrituras, que pueden instruirte en orden a la salvación, por la fe en Jesucristo»[548].

[2] En verdad, son santos los textos que santifican y divinizan. Los escritos, las obras, están formados por letras y por sílabas santas. A continuación, el mismo Apóstol las llama «inspiradas»; «ayudan a la enseñanza, a la refutación, a la corrección, a la educación en la justicia, a fin de que el hombre de Dios se una, equilibrado, a toda obra buena»[549].

[3] Nadie se extrañaría tanto de las exhortaciones de los demás santos[550] como del mismo Señor en su amor hacia el hombre, pues no tiene otro trabajo que salvar al hombre. Animándonos a la salvación, nos grita: «El reino de los cielos está cerca»[551].

Él convierte a los hombres que se acercan por temor[552].

[4] Por eso también el apóstol del Señor, invitando a los macedonios, se convierte en intérprete de la divina voz: «El Señor está cerca», dice, «precaveos, no vaya a ser que nos sorprenda sin nada»[553]. ¡Pero vosotros tenéis tan poco miedo o, más bien, sois tan incrédulos que no creéis al mismo Señor, ni a Pablo cuando os suplica esto incluso en nombre de Cristo![554].

«Gustad y ved qué bueno es el Señor»[555]. La fe os conducirá, **[88]** la experiencia os enseñará, la Escritura os guiará como un pedagogo: «Aquí, hijos», os dice, «escuchadme, os enseñaré el temor del Señor»[556]. Más adelante dice brevemente a los que creen: «¿Quién es el hombre que ama la vida, el que desea ver días hermosos?»[557]. Somos nosotros, diremos, los que adoramos el bien, los que emulamos a los buenos.

Escuchad, pues, «los que estáis lejos», escuchad «los [2] que estáis cerca»[558]. El Logos no se oculta a nadie, es una luz común, brilla para todos los hombres[559]. No existe ningún cimerio[560] en el Logos. Apresurémonos hacia la salvación, hacia el nuevo nacimiento[561]. Apresurémonos la mayoría para reunirnos en un único amor, conforme a la unidad de la única sustancia. Persigamos la unión en correspondencia al bien que nos hace, buscando el único bien.

La unión de muchos, al recibir la divina armonía de un [3] gran número de voces y de los pueblos dispersos, resulta una única sinfonía, que sigue a un único corego[562] y maestro, el Logos, y descansa en la misma verdad diciendo: «*Abba*, Padre»[563]. Dios acoge con cariño esta voz sincera, como el primer fruto de sus hijos.

511 Cf. *Mt* 5, 18; *Lc* 16, 17.

512 El espíritu bautismal es el Espíritu Santo (cf. también 84, 4; 85, 3), que induce a invocar «abba Padre».

513 Cf. *Is* 1, 20.

514 *Pr* 3, 11.

515 *Odisea* II 47.

516 Cf. *Dt* 9, 19.

517 *Cháris*, «gracia», es el don gratuito de Dios. Se opone a la cólera que juzga y condena. Para Clemente significa, especialmente, la vida eterna.

518 Tema joánico del nuevo nacimiento a partir del agua y del Espíritu (cf. 85, 3). Para Clemente, el bautismo siempre es un renacimiento: «Él desea, pues, que nos convirtamos y seamos como niños, reconociéndole como nuestro verdadero Padre, habiendo sido regenerados por el agua» (*Strom*. III 12, 87). El tema ya lo había utilizado también SAN JUSTINO (*Dial*. 138; 1 *Apol*. 61, 3-5), IRENEO (fr. 33, Harvey, II, pág. 497) y será retomado por ORÍGENES (*Comm. in Mt*. 12 *GCS* XI, págs. 23, 26 ss.). El alejandrino llega a afirmar que por el bautismo se hace el hombre semejante a Dios (cf. *Ped*. I 6, 26 y n. 547).

519 *Mt* 18, 3; *Jn* 3, 5.

520 El autor se refiere a la adopción divina con los mismos términos que emplearía para referirse a la adopción de la ciudadanía ática.

521 *Lc* 2, 49. El tema de la filiación adoptiva lo encontramos de nuevo en *Protr*. 113, 5; *Ped*. I 6, 33, 4-34, 1; *Strom*. IV 7, 42, 4 - 43, 1; V 6, 40, 1; VII 11, 68, 1 y *QDS*, 9, 2.

522 *Mt* 3, 17; etc.

523 Cf. *Hb* 12, 22-23.

524 *Col* 1, 15-18; *Hb* 1, 6.

525 Temática paulina del paso de la esclavitud a la filiación adoptiva que ilumina el progreso del temor servil al filial, característica de la madurez cristiana (cf. *E.P.* 60, 1; *Protr.* 120, 1-4; *Strom*. II 22, 134, 2 y VII 12, 79, 1).

526 *Mt* 25, 41.

527 *Ef* 4, 17-19.

528 *Ef* 5, 14.

529 *Sal* 109, 3.

530 *Hb* 3, 7-9 (cf. *Sal* 95, 8-9).

531 Cf. 82, 1.

532 *Hb* 3, 9-11 (cf. *Sal* 95, 10-11)

533 Cf. *Hb* 3, 7-13.

534 Cf. *Jn* 1, 9.

535 Cf. 1 *Tm* 1, 14.

536 Cf. *Hb* 3, 10; *Sal* 94, 10. La imagen del «camino del Señor» no es griega, sino bíblica, y recorre el cristianismo subapostólico anterior a Clemente (*Did*. 1, 1 ss.; 4, 14; 5, 15; 6, 1). La hallamos también en

Ped. II 10, 112, 1; *Strom*. I 7, 38, 6; V 5, 31, 1; VII 12, 73, 5.

537 Cf. *Mt* 3, 3 (*Mc* 1, 3; *Lc* 3, 4). Continua es la acumulación que realiza Clemente, con gran habilidad, de las citas de la Sagrada Escritura.

538 Cf. *Nm* 14, 21-24.

539 1 *Tm* 2, 4.

540 Cf. *Jn* 15, 26; *Protr*. 82, 1. En griego se da un juego de palabras con el verbo *parakaleî*, «exhortar con insistencia», «consolar», y el sustantivo *paráklēton*, «el consolador» en el *N.T*. Es imposible reflejar en la traducción la riqueza del texto griego.

541 *Theosébeia* es la verdadera religión y su práctica.

542 1 *Tm* 4, 8.

543 1 *Tm* 4, 10.

544 Cf. PLATÓN, *Rep*. 61d.

545 Se refiere Clemente a Ulises (*Odisea* I 57-58), rey de la isla de Ítaca, uno de los héroes más brillantes de la guerra de Troya; parece que quiere aludir a los veinte años fuera de su casa: diez en la guerra y diez en el regreso.

546 Cf. *Odisea* I 57 ss.

547 Cf. PLATÓN, *Teeteto* 176b. Idea obsesiva que Clemente repite una y otra vez: el destino del hombre es llegar a ser igual a Dios: «En el bautismo somos iluminados, venimos a ser hijos; por ser hijos, nos hacemos perfectos; siendo perfectos, nos hacemos inmortales. 'Yo dije: Sois dioses, sois hijos del Altísimo' (*Sal* 81, 6). Esta obra recibe distintos nombres: gracia, iluminación...» (*Ped*. I 6, 26).

548 2 *Tm* 3, 15.

549 2 *Tm* 3, 16-17.

550 Con este nombre se alude en los *Hechos* siempre a los primeros cristianos (cf. *Hch* 9, 13; 9, 32, 41 etc.). Son santos los que están consagrados al servicio del Santo (*Lv* 17); en realidad, es un título del pueblo de Israel (*Éx* 19, 6; *Dt* 7, 18) que pasa a los cristianos, 1 *Pe* 2, 5-9; etc., llegando a ser una de las denominaciones ordinarias en el *N.T.* (cf. *Rm* 1, 7; 1 *Co* 1, 2; 16, 1; etc.).

551 *Mt* 4, 17.

552 Cf. 84, 1; 95, 1; etc.

553 Cf. *Flp* 4, 5.

554 Cf. 2 *Co* 5, 20.

555 *Sal* 33, 8.

556 *Sal* 33, 11.

557 *Sal* 33, 12.

558 *Is* 57, 19; *Ef* 2, 17.

559 Cf. *Jn* 1, 9.

560 Cf. *Odisea* XI 13-16 (según la tradición, el pueblo mítico de los cimerios habitaba en un país donde nunca salía el sol, viviendo en una noche perpetua). Quizá Plutarco piense en este pasaje de la *Odisea* cuando, en *Superst*. 10, afirma que los cimerios negaban incluso la existencia del sol.

561 Cf. 82, 4.

562 Se refería únicamente en un principio a la persona encargada de dirigir el coro de una tragedia; más adelante llegó a tener un significado mucho más amplio y podía aplicarse a todo el que estuviera a la «cabeza» de otros (la raíz de ambas palabras seguramente es *kâra*).

563 Cf. *Mc* 14, 36; *Rm* 8, 15; *Gál* 4, 6; en CLEMENTE, *Protr*. 82, 1; *Strom*. III 11, 78, 5 (sobre esta

invocación, cf. M. L. AMERIO, «Il nesso *abbâ ho patḗr* in Clemente Alessandrino», *Aug*. 16 (1976), 291-316).

Capítulo X

NADIE DEBE DEJAR DE ESCUCHAR LA VOZ DE LA VERDAD Y DE ACEPTAR LA SALVACIÓN QUE NOS OFRECE

Decís que no es razonable cambiar una costumbre que **[89]** hemos recibido de nuestros padres. ¿Y por qué no utilizamos ya el primer alimento que nos dieron, la leche? A ella nos acostumbraron las nodrizas desde que nacimos. ¿Por qué aumentamos o disminuimos la herencia paterna y no la conservamos igual que la recibimos?[564]. ¿Por qué no babeamos ya en el regazo de nuestros padres, o hacemos todas las demás cosas que, mientras éramos niños y nos alimentaban nuestras madres, nos provocaban la risa? En cambio, ¿por qué nos hemos corregido a nosotros mismos, aunque no hemos hallado buenos pedagogos?

Por eso, aunque las escalas en la navegación son perjudiciales [2] y peligrosas, llegan a ser, sin embargo, agradables; y durante la vida, tras abandonar la costumbre malvada, cruel e impía, aunque se disgusten nuestros padres, ¿no nos desviaremos hacia la verdad y buscaremos al que es Padre de verdad, despreciando la costumbre como el veneno más peligroso?

Esto es lo más hermoso de lo que pretendemos mostraros: [3] cómo esta locura y este hábito enemigo han odiado la religión. No sería odiada ni se renunciaría a tan gran bien, que ninguno mayor de parte de Dios se ha concedido como regalo[565] a la raza humana, si no estuvierais atrapados por la costumbre funesta. Obstruisteis los oídos ante nosotros como los caballos rebeldes se resisten y muerden los frenos[566]. Huís de nuestras palabras, deseando derribarnos, a nosotros que somos los jinetes de vuestra vida, y, llevados a los barrancos de la perdición por vuestra locura, creéis que es maldito el Santo Logos de Dios.

[90] A continuación, por consiguiente, tenéis la recompensa de vuestra elección, según dice Sófocles:

una mente que divaga, oídos inútiles, vanos pensamientos[567].

No sabéis lo más cierto de todo, que los buenos y religiosos, por haber honrado el bien, obtendrán este bien como recompensa; en cambio, los malvados lo contrario,

el castigo correspondiente; y la pena se encuentra suspendida sobre el príncipe del mal.

[2] El profeta Zacarías le amenaza: «Que te castigue el que eligió a Jerusalén. Mira, ¿no es esto un tizón arrancado del fuego?»[568]. ¿Qué deseo tienen aún los hombres de una muerte voluntaria? ¿Por qué se precipitan en este tizón mortal, con el que se consumirán? Podrían vivir bien según Dios, no según la costumbre.

Dios concede generosamente la vida; en cambio, la costumbre [3] malvada[569], tras la partida de aquí abajo, ofrece un inútil arrepentimiento junto con un castigo. «Un niño sabe por experiencia»[570] que la superstición pierde y la piedad salva.

Mirad uno de vosotros a los que adoran a los ídolos. **[91]** Tienen manchada la cabeza, destrozan sus vestidos sucios y rotos. Desconocen por completo los baños y parecen animales salvajes por sus afiladas uñas. Muchos también se han castrado y muestran, de hecho, que los lugares consagrados a los ídolos son ciertas tumbas o prisiones. Me parece que éstos, en vez de adorar a los dioses, los lloran, soportando hechos más dignos de compasión que de piedad.

Al ver esto, ¿aún estáis ciegos y no os vais a mirar al [2] dueño de todo y señor de todas las cosas? ¿No vais a refugiaros, escapándoos de estas cárceles de aquí abajo, en la piedad del cielo?

Dios, por su gran amor al hombre, se consagró a él, como [3] la madre del pajarito[571] recién nacido vuela presurosa cuando éste se cae del nido. Y, si una serpiente abre la boca para comérselo, «la madre revolotea alrededor, quejándose por sus queridas crías»[572].

Dios Padre busca también a su criatura, sana su error, persigue a la fiera y recoge de nuevo al recién nacido, animándole a volar hasta el nido.

Los perros, cuando se pierden, olfatean y por el olor siguen **[92]** las huellas de su amo. Los caballos, tras derribar a su jinete, obedecen a un único silbido de su señor. Dice Dios: «Conoció el buey a su señor y el asno el pesebre de su amo; Israel, en cambio, no me conoció»[573]. ¿Qué hace entonces el Señor? No guarda rencor, todavía se apiada y pide el arrepentimiento.

[2] Quiero preguntaros si no os parece extraño que vosotros los hombres, criaturas de Dios, que habéis recibido de Él el alma y que sois totalmente suyos, sirváis, en cambio, a otro señor. Servís, además, al tirano en vez de al rey, al malvado en vez de al bueno.

[3] ¡En nombre de la verdad! ¿Qué hombre sensato, dejando el bien, se une al mal? ¿Quién es el que huyendo de Dios convive con los demonios? ¿Quién, teniendo la posibilidad de ser hijo de Dios, se complace en ser esclavo? ¿O quién que pueda ser ciudadano del cielo persigue las tinieblas[574]? Nos es posible cultivar el paraíso,

recorrer el cielo, participar de la fuente vivificante y pura, siguiendo por el aire[575] la huella de la nube resplandeciente, como Elías, mientras que contemplamos la lluvia salvadora.

[4] Algunos hombres, sin embargo, se alimentan a manera de gusanos en el barro y el lodo, las olas del placer, ocupados en libertinajes inútiles e insensatos. Son ciertamente hombres cerdos. Pues a los cerdos «les gusta el fango»[576] más que el agua limpia y «se enfurecen entre las inmundicias», según Démocrito[577].

Ya no, ya no nos dejemos esclavizar ni seamos como [5] cerdos, sino «como hijos de la luz»[578] legítimos. Examinemos y miremos a la luz, no vaya a ser que nos pruebe el Señor como a bastardos, como hace el sol con las águilas[579].

Arrepintámonos, pues, y pasemos de la ignorancia a la **[93]** sabiduría, de la insensatez a la cordura, de la incontinencia al dominio de nuestras pasiones, de la injusticia a la justicia, de la impiedad a Dios.

Es hermosa la aventura de ir voluntariamente hacia [2] Dios[580]. Muchos bienes pueden disfrutar los que aman la justicia, los que perseguimos la salvación eterna, y además ésos a los que se refiere enigmáticamente[581] Dios mismo cuando dice por Isaías: «Ésta es la heredad para los que sirven al Señor»[582].

Hermosa y deseada es la herencia; no se trata de oro, [3] plata o vestidos, cosas de la tierra, donde se introduce la polilla y el ladrón[583], que mira con envidia la riqueza de la tierra. Es, en cambio, aquel tesoro de salvación hacia el que es preciso apresurarse, una vez convertidos en amigos del Logos. Marchen con nosotros las buenas acciones de aquí abajo y vuelen con nosotros sobre el ala[584] de la verdad.

[94] La alianza eterna de Dios nos pone en las manos esta herencia, que nos proporciona el regalo eterno. Este Padre nuestro que tanto nos ama, verdaderamente Padre nuestro, no cesa de exhortarnos, de amonestarnos, de educarnos, de amarnos, pues no deja de salvarnos y nos aconseja lo mejor: «Sed justos, dice el Señor, los que tenéis sed acudid a las aguas, y los que no tenéis dinero venid, comprad y bebed sin dinero»[585].

[2] Nos exhorta al baño[586], a la salvación, a la iluminación casi con gritos, cuando dice: Te entrego, hijo, la tierra, el mar, el cielo y te regalo todos los animales que habitan en ellos. Ten sed de tu padre, muchacho, y Dios se te mostrará gratuitamente. No se comercia con la verdad. Te concede las aves, los peces y los animales de la tierra[587]. Esto lo creó el Padre para tu agradable deleite.

[3] El hijo ilegítimo lo comprará con dinero, es hijo de la perdición. Prefirió «ser esclavo del diablo»[588]. En cambio, a ti te confía tus bienes, me refiero al legítimo, al que ama al Padre, por el que aún trabaja[589], al único que promete: «No se venderá la

tierra para siempre»[590], pues no pertenece a la ruina[591], «porque toda la tierra es mía», y tuya también si acoges a Dios.

Por eso la Escritura anuncia con razón la buena noticia a [4] los que creen en Él: «Los santos del Señor heredarán la gloria de Dios y su poder». Dime qué gloria, amigo. «La que ni ojo vio, ni oído oyó, ni llegó al corazón del hombre. Se alegrarán en el reino de su Señor para siempre, amén»[592].

Tenéis, hombres, la divina promesa de la gracia. Habéis **[95]** oído también la otra amenaza del castigo; por ellas salva el Señor. Conduce como un pedagogo al hombre, por el temor y la gracia. ¿Por qué nos demoramos? ¿Por qué no evitamos el castigo? ¿Por qué no recibimos el regalo? ¿Por qué no escogemos lo mejor, a Dios, en vez de al malvado, y elegimos preferentemente la sabiduría en vez de la idolatría, recibiendo en vez de la muerte la vida?

Nos dice: «He aquí que Yo pongo delante de vosotros la [2] muerte y la vida»[593]. El Señor procura que escojas la vida[594]. Te aconseja, como un Padre, que obedezcas a Dios. Dice: «Si me escucháis y lo queréis, comeréis los frutos de la tierra». Es la gracia de la obediencia. «Pero, si no me escucháis ni lo queréis, la espada y el fuego os consumirán»; es el juicio de la desobediencia. «La boca del Señor lo ha dicho»[595]. Es ley de la verdad la palabra del Señor.

¿Queréis que os sea un buen consejero? ¡Venga, escuchad! [3] Os lo explicaré, si puedo. Era preciso, hombres, que vosotros, al pensar en el bien mismo, hubierais introducido la fe natural, testigo digno de crédito, que viene de vosotros mismos y que escoge con claridad lo mejor, sin examinar si había que seguirla, sino llevar a cabo [el bien].

Es necesario, por ejemplo, preguntarse si uno debe emborracharse. [4] En cambio, vosotros os emborracháis antes de pensarlo. Tampoco os detenéis mucho en reflexionar si hay que encolerizarse, sino que lo hacéis rápidamente. Sólo os preguntáis una cosa, si se debe ser piadoso con Dios, y si hay que seguir a este Dios sabio y a Cristo. Creéis que es digno de la deliberación y del examen, sin reflexionar en lo que le conviene a Dios, lo que es suyo propio.

[96] Creednos, aunque sea como a la borrachera, para que lleguéis a ser sensatos. Creednos, aunque sea como a la violencia, para que seáis salvos. Y, si queréis incluso dejaros convencer, después de contemplar la garantía manifiesta de los misterios[596], os presentaré con abundancia la elocuencia persuasiva sobre el Logos.

[2] Puesto que las costumbres paternas heredadas, que vosotros habéis hecho superiores, no se ocupan ya de la verdad, podríais escuchar ahora lo que hay tras esto y cómo es. ¡Que no os sorprenda una cierta vergüenza por el nombre de Cristo! «Daña sin cesar a los hombres»[597], desviándolos de la salvación[598].

[3] En efecto, tras despojarnos claramente de todo, combatiremos con nobleza en el estadio de la verdad. El Logos santo juzga como árbitro y el Señor del universo es el que preside los certámenes. No es pequeña la recompensa que se nos propone, ¡la inmortalidad!

[4] No penséis ya, ni siquiera un poco, en lo que os dicen algunos hombres vulgares del pueblo. Son coreutas impíos de la superstición; su insensatez y locura los empujan al propio abismo; son fabricantes de ídolos y adoradores de piedras. Se atrevieron a divinizar hombres, inscribiendo en el decimotercer lugar como dios a Alejandro de Macedonia, «del que Babilonia nos mostró su cadáver»[599].

Admiro a ese sofista de Quíos llamado Teócrito. Al morir **[97]** Alejandro, observó las vanas opiniones de los hombres sobre los dioses y dijo a sus conciudadanos: «Señores, estad tranquilos mientras veáis que los dioses mueren antes que los hombres»[600].

El que adora a esos dioses que se ven y la multitud reunida [2] de esas criaturas y el que procura hacerse su amigo, es mucho más desgraciado que aquellos demonios. Pues «Dios no es de ningún modo injusto», como los demonios, «sino el más justo y nadie se le parece, a no ser el que de entre nosotros llegue a ser lo más justo posible»[601].

Venid al camino todo el pueblo de artistas, [3]
los que a la diosa laboriosa de mirada terrible, la hija de Zeus,
suplicáis con cestas preparadas[602],

artesanos insensatos de las piedras y sus adoradores.

Que venga Fidias, Policleto, Praxíteles, Apeles y cuantos **[98]** continúan trabajos artesanos, empleados terrestres de la tierra. Dice una profecía que los negocios de aquí abajo fracasarán cuando se crea en las estatuas[603].

[2] Que vengan, a su vez, los artesanos mediocres, pues no dejaré de llamarlos. Ninguno de éstos realizó una imagen que respirara, ni modeló un trozo de delicada carne con tierra. ¿Quién consolidó la médula, quién ajustó los huesos? ¿Quién estiró los nervios o dilató las venas? ¿Quién las llenó de sangre y extendió alrededor la piel?[604]. ¿Dónde hay uno que haya hecho unos ojos que vean? ¿Quién engendró un alma?[605]. ¿Quién regaló la justicia? ¿Quién nos ha prometido la inmortalidad?

[3] Solamente el que creó todas las cosas, «el Padre que posee el mejor arte»[606], modeló una estatua viva de tal clase, a nosotros, el hombre. Vuestro Olímpico, en cambio, es imagen de una imagen, desentona mucho con la verdad y es la obra más estúpida de las manos áticas.

[4] «Imagen de Dios»[607] es su Logos (Hijo legítimo del «Nous»[608], el Logos

divino, la luz modelo de la luz); imagen del Logos es el hombre verdadero[609], el «nous» que hay en él; se dice que por esto fue hecho «según la imagen» de Dios y «conforme a su semejanza»[610]. Se parece al Logos divino por la inteligencia de su corazón y por ella es razonable. Pero la imagen terrestre del hombre nacido de la tierra, según se ve, parece una estatua con figura de hombre, copia pasajera y alejada de la verdad.

Me parece que ninguna otra cosa sino la locura llena la **[99]** vida que con tanto empeño se dedica a la materia. La costumbre de la esclavitud os consume por una necia opinión y os da a gustar actividades irracionales.

La ignorancia es causa de leyes ilegítimas y de representaciones [2] engañosas. Ella introdujo para la raza humana los preparativos de divinidades funestas y de aborrecibles ídolos, imaginó una gran variedad de formas de demonios e imprimió en los que la siguen el castigo de una larga muerte.

Aceptad, pues, el agua de la razón[611], lavaos los que estáis [3] manchados. Purificaos a vosotros mismos de la costumbre con gotas de verdad. Es necesario subir puros al cielo. Hombre, eres lo más universal, busca al que te creó. Eres hijo, lo más personal, reconoce a tu Padre.

¿Aún permaneces en los pecados, adherido a los placeres [4] de la vida? ¿A quién va a decir el Señor «vuestro es el reino de los cielos»?[612]. Es vuestro, si queréis; de todos los que hayan hecho la elección por Dios. Vuestro, si queréis creer únicamente y seguir, en resumen, su doctrina. Los ninivitas la escucharon y, en vez de la conquista que esperaban, recibieron la hermosa salvación, por su sincero arrepentimiento[613].

[100] ¿Cómo subir al cielo?, dicen: «El camino» es el Señor, es «estrecho», pero es «de los cielos»; es «estrecho», pero nos lleva al cielo[614]; estrecho y despreciado en la tierra, ancho y adorado en los cielos[615].

[2] El que no conoce al Logos por su ignorancia, obtiene indulgencia de su equivocación; pero el que se tapa los oídos y [no ha escuchado] en su alma, lleva en su conciencia la desobediencia. Cuanto más consciente parezca ser, más conocimiento tendrá del mal porque, al no elegir lo mejor, se servirá de un razonamiento condenatorio, ya que, como hombre, ha nacido para estar familiarmente junto a Dios[616].

[3] Como no obligamos al caballo a arar ni al toro a cazar y utilizamos cada animal para lo que ha nacido, de la misma manera, sin duda, también al hombre, que ha nacido para la contemplación del cielo[617], en verdad es una «planta celeste»[618], le invitamos al conocimiento de Dios[619]; comprendemos lo que le es propio, especial, y lo que le caracteriza del resto de los animales. Le aconsejamos que se provea de un

viático[620] suficiente para la eternidad, la religiosidad.

Trabaja la tierra, te decimos, si es que eres campesino, [4] pero conoce a Dios al trabajar. Navega, si te gusta la navegación, pero invocando al piloto celeste. A ti, que el conocimiento de Dios te sobrevino mientras luchabas, escucha al general que te señala la justicia.

En efecto, como si estuvierais entorpecidos por el sueño **[101]** o por la borrachera, volved a la razón y, tras observar fijamente, reflexionad un poco qué significan para vosotros las piedras que adoráis y lo que gastáis inútilmente en la materia. Estáis consumiendo las riquezas en la ignorancia, la vida y vuestra subsistencia en la muerte, hallando este único fin de vuestra inútil esperanza.

Ni siquiera sois capaces de sentir compasión de vosotros mismos, sino que no estáis dispuestos a obedecer a los que se han apiadado de vuestro error. Estáis esclavizados por una costumbre malvada y atados voluntariamente hasta el último aliento, os dejáis llevar a la perdición.

«Vino la luz al mundo y los hombres prefirieron mejor [2] las tinieblas que la luz»[621], a pesar de que podían suprimir los impedimentos que hay para la salvación, el orgullo, la riqueza, el miedo. A ellos se les dice este texto del poeta:

¿A dónde llevo estas riquezas numerosas? ¿A dónde yo mismo
voy errante?[622].

No queréis desterrar estas vanas fantasías y abandonar [3] de una vez esta costumbre diciendo con la vana opinión: «adiós, sueños engañosos, no sois nada»[623].

[102] ¿Pues qué pensáis que es Hermes Tichón[624] el de Andócides y el de Amietos? Es evidente para todos que se trata de piedras, como el mismo Hermes. Como no es un dios el halo y como no es un dios el arco iris, sino que son estados del aire y de las nubes. Del mismo modo, no es un dios el día, ni el mes, ni el año, ni el tiempo que se compone de todos éstos; ni el sol ni la luna lo son, gracias a los cuales se define cada uno de los mencionados.

[2] ¿Quién, pues, en su sano juicio consideraría dioses a la corrección, el castigo, la pena o la venganza? Ni las Erinias ni las Moiras[625] ni las Suertes lo son, puesto que tampoco son dioses la constitución, ni la fama, ni la riqueza, esa que los pintores representan ciega.

[3] Si divinizáis el pudor, el amor y el placer, unidles la vergüenza, el deseo, la belleza y las relaciones sexuales. Así pues, no serían considerados con razón entre vosotros dioses gemelos el sueño y la muerte, estos sucesos naturales que le acontecen a todo ser vivo. Ni siquiera llamaréis con razón diosas a la muerte violenta, ni a la suerte, ni a los destinos.

[4] Si la disputa y el combate no son dioses, tampoco Ares ni Enio[626] lo son. Si no lo son los relámpagos, los rayos, ni las lluvias, ¿cómo lo van a ser el fuego y el agua? ¿Cómo lo serían las estrellas errantes y los cometas, surgidos por una transformación del aire? El que llama dios a la fortuna, que se lo llame también a la actividad.

Así pues, si se considera que ni una sola cosa de ésas es **[103]** dios ni ninguna de las figuras insensibles hechas por los hombres, y, en cambio, se nos ha manifestado una providencia del poder divino, no nos queda nada más que reconocer que existe y subsiste realmente sólo el único que, en realidad, es Dios. Ciertamente, los insensatos os parecéis a hombres que han bebido mandrágora[627] o algún otro veneno.

Que Dios os conceda volver de este sueño a la sensatez [2] un día; que le conozcáis y no consideréis dioses al oro, la piedra, la madera, la actividad, el sufrimiento o el miedo. «Hay» —en verdad— «treinta mil demonios en la fecunda tierra, que no son inmortales»[628], ni mortales (pues carecen de sentimiento, para que puedan morir). Son de piedra y madera los dueños de los hombres, se conducen con orgullo y traicionan la vida por esta costumbre.

Dice (la Sagrada Escritura): «La tierra pertenece al Señor [3] y todo lo que hay en ella»[629]. ¿Cómo te atreves a alimentarte de los bienes del Señor y a desconocer al Dueño? Abandona mi tierra, te dirá el Señor, no toques el agua que hago brotar, ni participes de los frutos que cultivo. Paga, hombre, tu alimento a Dios. Reconoce a tu Señor; eres obra singular de Dios. Lo que le es propio ¿cómo podría ser con justicia de otro? Cuando se priva de lo que le es más propio a lo ajeno, se le priva de la verdad.

¿Acaso no habéis vuelto de algún modo a la insensibilidad [4] como Níobe[630], y, sobre todo, para que os hable más el lenguaje de los misterios, como la mujer hebrea de aquel que los antiguos llamaban Lot? Hemos oído que fue transformada en piedra por amar a Sodoma[631]. Los sodomitas son los ateos de corazón endurecido, los insensatos que se vuelven a la impiedad.

[104] Piensa que esta voz de Dios te dice: «No creas que las piedras, la madera, los pájaros o las serpientes son sagrados y que, en cambio, los hombres no lo son»[632]. Cree más bien lo contrario, que los hombres son realmente sagrados y considera a los animales y piedras como lo que son.

[2] Los hombres miserables y desgraciados creen que Dios grita por medio del cuervo y del grajo y que, en cambio, calla en el hombre. Veneran al cuervo como mensajero de Dios y, en cambio, persiguen al hombre de Dios que no grita ni chilla, pero que sí habla. Creo que intentan matarlo inhumanamente, cuando instruye con razón y por amor al hombre, llamando a la justicia. De este modo no aceptan la gracia de lo alto, ni evitan el castigo.

[3] No creen en Dios ni conocen su poder. Es indecible el amor que tiene al hombre y su inmenso odio a la maldad. Su cólera alimenta el castigo[633] por el pecado, pero su amor al hombre obra beneficios en el que se arrepiente. Lo peor es estar privado del socorro de Dios.

[4] De este modo, la falta de los ojos y la sordera del oído son más dolorosas que el resto de ventajas del malvado. Aquélla les priva de la visión del cielo y, en cambio, la segunda les deja sin el conocimiento de la divinidad.

Vosotros estáis lisiados respecto a la verdad, ciegos de **[105]** espíritu y sordos de inteligencia. No sufrís, no os indignáis, no deseáis ver el cielo ni a su Autor. No procurasteis escuchar ni conocer «al creador y padre de todas las cosas»[634] uniendo vuestra voluntad a la salvación.

No existe ningún obstáculo para el que se apresura al [2] conocimiento de Dios; ni la falta de instrucción, ni la pobreza, ni la infamia, ni la indigencia. Nadie se jacta de haber cambiado la sabiduría que es realmente verdadera, «tras herir con el bronce»[635], o con el hierro, pues más que ninguna otra cosa está bien dicho esto: «El hombre noble en todas partes es un salvador»[636].

El hombre celoso de lo justo, puesto que ama al que no [3] carece de nada, carece de muy poco. No atesora su felicidad en ningún otro más que en el mismo Dios; en Él no hay polilla, ni ladrón, ni pirata, sino sólo el dador de bienes eternos[637].

Con razón, pues, se os comparó a aquellas serpientes [4] que cierran sus oídos ante los encantadores. Dice la Escritura: «Tienen un corazón semejante a la serpiente; lo mismo que el áspid sordo cierra también sus oídos y no oye la voz de sus encantadores»[638].

Dejaos encantar el carácter salvaje y acoged a nuestro **[106]** dulce Logos. Vomitad el funesto veneno para que, sobre todo, se os conceda despojaros de la muerte, como a aquellas (serpientes) de la vejez. Escuchadme y no os tapéis los oídos, ni impidáis oír, sino echad en vuestra mente lo que se os dice.

[2] Es hermoso el remedio de la inmortalidad. ¡Detened a los que se arrastran como serpientes! «Los enemigos del Señor lamerán la tierra»[639], dice la Escritura. Volved la cabeza desde la tierra al firmamento, mirad al cielo, admiraos, dejad de espiar atentamente el talón de los justos[640], y no impidáis «el camino de la verdad»[641]. Sed prudentes e inocentes.

[3] En seguida el Señor os concederá el ala de la sencillez (prefiere que sus hijos tengan alas[642]), para que habitéis el cielo, cuando hayáis dejado vuestras guaridas. Arrepintámonos únicamente de todo corazón, para que con todo el corazón podamos hacer un sitio a Dios.

[4] «Confiad en Él, dice, toda la asamblea del pueblo, arrojad en su presencia

todos vuestros corazones»[643]. Habla a los que carecen de maldad. Se compadece y está lleno de justicia. Hombre, cree en el Hombre-Dios; cree, hombre, en el que sufrió y ahora es adorado; creed, esclavos, en el Dios muerto que vive.

[5] Creed todos los hombres en el único Dios de todos los hombres. Creed y recibiréis como recompensa la salvación. «Buscad a Dios y vivirá vuestra alma»[644]. El que busca a Dios trabaja por su propia salvación. Encontraste a Dios, posees la vida.

Busquemos, pues, para que poseamos también la vida. **[107]** La recompensa del hallazgo es la vida junto a Dios. «Que se regocijen y alegren en ti todos los que te buscan y que digan por siempre: gloria a Dios»[645]. El hombre inmortal es un hermoso himno a Dios; está edificado en la justicia; en Él están grabadas las sentencias de la verdad. ¿Dónde hay que inscribir la justicia más que en un alma sensata? ¿Dónde la caridad? ¿Dónde el pudor? ¿Dónde la bondad?

Es necesario, creo, que estos caracteres divinos que están [2] impresos en el alma consideren la sabiduría como una hermosa salida para el alma durante cualquier etapa en las rutas de la vida, y crean que la misma sabiduría es un puerto tranquilo de salvación.

Por esto, los mejores padres con sus hijos son los que [3] han corrido hacia al Padre y los mejores hijos con sus padres los que han conocido al Hijo. Son buenos maridos con sus mujeres los que se acuerdan del Esposo y buenos amos con sus criados los que saben que han sido rescatados de la peor esclavitud.

¡Oh, las bestias salvajes son más felices que los hombres **[108]** que están en el error! Se alimentan de la ignorancia como vosotros, pero no distinguen la verdad. Entre ellas no hay una raza de aduladores, los peces no son supersticiosos, ni los pájaros adoran ídolos; una única cosa les asusta: el cielo, pues no pueden conocer a Dios porque carecen de razón[646].

[2] ¿No os avergonzáis de haberos convertido vosotros mismos en más irracionales que los seres que no tienen razón, vosotros que habéis pasado tantos años en la impiedad? Fuisteis niños, luego muchachos, efebos y hombres, pero nunca virtuosos.

[3] Respetad la vejez, sed prudentes cuando os encontráis en el ocaso de la vida. Aunque sea al final, conoced a Dios, para que el fin de vuestra vida se gane el comienzo de la salvación. Envejeced para la superstición[647], llegad jóvenes a la religión[648]. Dios elegirá a los niños inocentes[649].

[4] Que el ateniense siga las leyes de Solón, el argivo las de Foroneo y el espartiata las de Licurgo; pero si tú te inscribes a ti mismo como de Dios, tu patria es el cielo y Dios tu legislador.

[5] ¿Qué leyes hay? «No matarás, no cometerás adulterio, no corromperás a los

niños, no robarás, no dirás testimonios falsos[650], amarás al Señor tu Dios»[651]. Están también sus complementos, leyes comprensibles[652] y santas, grabadas en el mismo corazón: «amarás a tu prójimo como a ti mismo»[653], «al que te hiere en una mejilla, ofrécele también la otra»[654] y «no desearás, pues sólo con el deseo has cometido adulterio»[655].

¡Cuánto mejor es para los hombres antes que alcanzar **[109]** los deseos ni siquiera querer el principio de lo que no conviene desear! Pero vosotros no soportáis asumir lo que hay de austero en la salvación; nos complacemos en los alimentos dulces y los preferimos por la sensación agradable de placer y, en cambio, los amargos, que son desagradables al sentido, son los que nos curan y nos hacen santos. Los remedios austeros fortifican a los que tienen un estómago débil.

De este modo, la «costumbre» nos agrada y nos hace placentera la vida, pero nos precipita en el abismo; en cambio, la verdad nos guía al cielo, «amarga» al principio, pero es «una buena nutricia para los jóvenes»[656].

Éste es un gineceo santo, un consejo de ancianos sensato[657]. [2] No es difícil acceder a él, ni es imposible aceptarlo, sino que está muy cerca y habita en nosotros, como afirma el sapientísimo Moisés, al insinuar[658] que vive en tres partes de nosotros, «en las manos, la boca y el corazón»[659].

Esto es un auténtico símbolo, pues la verdad se lleva a [3] cabo en tres estadios, en la voluntad, en la acción y en la palabra[660]. No te asustes por esto. No te privarán de la sabiduría muchas y agradables imaginaciones. Tú mismo dejarás de lado voluntariamente la mera charla de la «costumbre», como también los niños, cuando llegan a hombres, desprecian los juguetes[661].

[110] Con rapidez insuperable y bondad inmensa, el poder divino iluminó la tierra y lo llenó todo con su semilla de salvación. El Señor no terminó de esta manera en tan poco tiempo una obra tan grande sin una providencia divina; fue despreciado por su apariencia[662], pero adorado por su obra. Es el purificador, el salvador, el pacificador[663], el Logos divino, el que ha aparecido como Dios verdadero. Fue igualado al Dueño del universo porque era su Hijo y «el Logos estaba en Dios»[664].

[2] Se le creyó cuando anunció su primer mensaje y se le conoció cuando tomó rostro humano y se revistió de carne para cumplir el drama de la salvación humana.

[3] Era, en efecto, verdadero «agonistés»[665] y compañero de lucha del hombre. Se nos entregó rápidamente a todos saliendo, más deprisa que el sol, de la misma voluntad del Padre. Con facilidad nos iluminó, puso a nuestra disposición a Dios, de donde procedía Él mismo y el que era Él mismo. A través de ello nos lo dio a conocer y nos lo mostró; es el que nos trae la paz, el mediador, nuestro salvador, el Logos, la fuente que trae la vida, fuente pacificadora que la reparte por toda la superficie de la

tierra. Es, por así decir, por el que todo ha llegado a ser un mar de bienes[666].

[564] Cf. PLATÓN, *Rep*. I 330a.

[565] Misma expresión en PLATÓN, *Timeo* 47b.

[566] Cf. PLATÓN, *Fedro* 245d.

[567] SÓFOCLES, fr. 863 (Nauck).

[568] *Zac* 3, 2.

[569] Clemente juega con las palabras *theós*, «dios», y *êthos*, «costumbre».

[570] HESÍODO, *Trabajos* 218.

[571] Imágenes tomadas de las aves encontramos también en *Ped*. I 5, 14, 3 ss.

[572] *Ilíada* II 315.

[573] *Is* 1, 3.

[574] Continuamente aprovecha Clemente los textos para hacer referencia a la grandeza del hombre cristiano; el que es ciudadano del cielo ¿cómo va a preferir las tinieblas? San Justino, al responder al prefecto Rústico, que está juzgándole para condenarle a muerte, afirma también: «Nadie que esté en su cabal juicio se pasa de la piedad a la impiedad» (D. RUIZ BUENO (ed.), *Actas de los mártires*, Madrid, 1951, n.° 75). Cf. E. MOLINÉ, *Los Padres de la Iglesia*, Madrid, 1982, pág. 133.

[575] Se puede reconocer el tema platónico del viaje del alma por el aire contemplando realidades inteligibles y divinas (*Fedro* 246c). Cf. ARISTÓFANES, *Nubes* 225, en donde aparece la misma palabra que emplea aquí Clemente, *aerobatoûnta*; 1 Re 18, 44 (la lluvia de Elías) y *Mt* 17, 5.

[576] Cf. HERÁCLITO, fr. 13 (Diels); 2 *Pe*, 2, 23; *Strom*. I 1, 2, 2; II 15, 68, 3.

[577] Cf. DEMÓCRITO, fr. 147 (Diels).

[578] Cf. *Ef* 5, 8.

[579] La leyenda dice que el águila comprueba la legitimidad de sus hijos obligándoles a mirar de frente al sol (cf. ELIANO, *Nat. an*. II 26; IX 3).

[580] Cf. PLATÓN, *Fedón* 114d; HORACIO, *Oda* III 25, 18-19.

[581] Cf. n. 29.

[582] *Is* 54, 17.

[583] Cf. *Mt* 6, 19-20.

[584] Cf. PLATÓN, *Fedro* 246c.

[585] *Is* 54, 17 y 55, 1.

[586] Se refiere al agua bautismal.

[587] Cf. *Gn* 1, 28

[588] Cf. *Mt* 6, 24 y *Lc* 16, 13.

[589] Cf. *Jn* 5, 17.

[590] *Lv* 25, 23.

[591] Cf. 1 *Pe* 1, 4.

[592] Cf. para la cita anterior 1 *Co* 2, 7, y, para ésta, 1 *Co* 2, 9.

[593] *Dt* 30, 15.

594 *Dt* 30, 19.

595 *Is* 1, 19-20.

596 Los cristianos no temen denominar con el mismo nombre pagano sus cultos. Como el «misterio» cristiano ofrecía algún parecido con los misterios paganos, había que prevenir las confusiones viendo claramente las diferencias (lo que ya ha realizado Clemente en el capítulo II); cf. O. GIGON, *La cultura antigua y el cristianismo*, Madrid, 1970, págs. 120-121.

597 *Ilíada* XXIV 45; HESÍODO, *Trabajos* 318.

598 Se reconoce en estas líneas el lenguaje de los misterios.

599 *Sibyll. Orac*. V 6; *Protr*. 54, 2.

600 Cf. TEÓCRITO DE QUÍOS, *Frag. hist. Graec*. II, pág. 86.

601 PLATÓN, *Teeteto* 176b-c. Cf. también *Timeo* 89d y *Fedón* 64a-70b (textos sobre la semejanza del hombre con Dios).

602 SÓFOCLES, fr. 760 (Nauck). Alude a Atenea, la diosa laboriosa por excelencia, cf. PLUT., *De fortuna* 99 A.

603 Cita desconocida.

604 *Jb* 10, 11.

605 Cf. *Gn* 2, 7.

606 Cf. PÍND., fr. 57 (Schroeder).

607 Cf. 2 *Co* 4, 4; FILÓN, *Quis rer. div. her*. 231.

608 El Espíritu. Clemente une en esta palabra dos sentidos: el procedente de la tradición griega, que evoca una idea de soplo, de materia sutil, llegando a designar lo inmaterial, y el semita, que indica más bien el soplo de irresistible poder, el espíritu creador (cf. J. DANIÉLOU, *Mitos paganos y misterio cristiano*, Andorra, 1967, pág. 87).

609 El hombre como «imagen divina» es un motivo recurrente en la literatura de estos años: CICERÓN, *De leg*. 22, 59; FILÓN, *De opif. m*. 46; DIÓGENES LAERCIO, II 6; MINUCIO FÉLIX, 32; *Strom*. VII 3, 16, 5; 5, 29, 8.

610 Cf. *Gn* 1, 26; 5, 4; 97, 2.

611 Se trata del agua del bautismo. Clemente trata de orientar a los paganos hacia la idea de paternidad divina.

612 *Mt* 5, 3-10; *Lc* 6, 20.

613 Cf. *Jon* 3, 5. El «corazón arrepentido y humillado» del *Sal* 50, 19, es un tema frecuente en nuestro autor. Muchas veces, incluso, lo pone en labios de Adán o haciendo referencia a él (*Ped*. III 12, 90, 4; *Strom*. II 18; 79, 1; IV 5; 19, 2). Cf. J. DANIÉLOU, *Les origines du christianisme latin*, París, 1978.

614 *Jn* 14, 6.

615 *Mt* 7, 13-14; *Jn* 3, 13.31.

616 Cf. J. J. AYÁN, *Antropología*..., págs. 121-127. Sobre el fin apropiado del hombre, cf. PLATÓN, *Rep*. I 353b-c; ARIST., fr. 6; y L. ALFONSI, «Motivi tradizionali dil gióvane Aristotele in Clemente Alessandrino ed in Atenagora», en *VC* 7 (1953), 129-152.

617 Cf. *Protr*. 63, 4.

618 PLATÓN, *Timeo* 90a; cf. *Protr*. 25, 4.

619 Para Clemente, el conocimiento le viene al hombre por Cristo; se distingue, así, de esa aspiración general por ver a Dios, típica del final de la Antigüedad, en la que el hombre se apoya en sus propias fuerzas (cf. J. A. FESTUGIÈRE, «Mystique païenne et charité», en *L'enfant d'Agrigente*, París, 1950, pág. 127).

[620] El motivo del «viático» parece de origen griego: Biante en DIÓGENES LAERCIO, I 88; *Ped.* I 1, 7, 3; III 7, 39, 1; *Strom.* I 1, 4, 3 (cf. C. NARDI, *Clem. Aless. Estratti Profetici*, Florencia, 1985, pág. 109).

[621] *Jn* 3, 19.

[622] *Odisea* XIII 203-204.

[623] EUR., *Ifigenia en Táuride* 569.

[624] Divinidad agreste del Ática (cf. DIODORO, IV 6; *Anth. Pal.* IX 334; ESTRABÓN, XII 588).

[625] Personificación del destino de cada hombre. Según Homero, eran tres e hijas de Zeus (cf. n. 160).

[626] Ambos eran considerados dioses de la guerra. Enio en Roma se identificó con Belona. En realidad, como divinidades de la guerra quedan Enio, Enialio (en principio, era sólo uno de los epítetos de Ares), Ares y Atenea (cf. É. DES PLACES, *La Religion Grecque...*, pág. 64).

[627] Planta narcótica. Imagen tomada de DEMÓSTENES, *Filípica* IV 6.

[628] HESÍODO, *Trabajos* 252-253.

[629] *Sal* 23, 1; 1 *Co* 10, 25.

[630] Madre de una gran descendencia (varía el número según los autores: doce, catorce y hasta veinte). Declaró un día ser superior a Leto, que sólo había engendrado a Ártemis y a Apolo. Indignados éstos por la ofensa hecha a su madre, mataron a todos sus hijos y a ella los dioses la transformaron en roca (cf. *Ilíada* XXIV 614 ss.).

[631] *Gn* 19, 26.

[632] PLATÓN, *Minos* 319a.

[633] La obediencia a los preceptos de Dios va unida al temor, a la fe, al servicio y a la salvación (cf. *Ped.* I 2, 5, 3; *Strom.* VI 9, 77, 5 y 12, 98, 3).

[634] PLATÓN, *Timeo* 28c.

[635] Cf. *Ilíada* VIII 534.

[636] MENANDRO, fr. 786 (Kock), *Comic. Attic. Frag.* III, pág. 217.

[637] Cf. *Mt* 6, 19-20.

[638] *Sal* 57, 5 ss.

[639] *Sal* 71, 9.

[640] Cf. *Gn* 3, 15; *Sal* 55, 3.

[641] 2 *Pe* 2, 2.

[642] Se ven reminiscencias bíblicas en este párrafo, así como del *Fedro* platónico, 248c, 249d. A la imagen de la serpiente, el evangelio opone la de la paloma, «el ala de la sencillez» que el Señor concede a sus hijos. El tema antropológico del alma alada va a tener una gran fortuna en los primeros escritores cristianos. Lo encontramos en Taciano: «El espíritu perfecto es el que da alas al alma...» (*Disc.* 20), aludiendo también a *Fedro* 246e y 248c. La imagen está ya totalmente cristianizada, refiriéndose a la gracia del Espíritu Santo (las alas son el símbolo de la gracia).

[643] *Sal* 61, 9.

[644] *Sal* 68, 33.

[645] *Sal* 69, 5.

[646] Una vez más Clemente hace una llamada al hombre «lógico», pues sólo por la razón se puede llegar al conocimiento de Dios.

[647] Retoma el primer tema de la obra: ya han envejecido los antiguos mitos, es hora de abandonarlos.

[648] Clemente es uno de los autores de los primeros siglos que mejor comprendieron y cantaron la novedad del cristianismo y el rejuvenecimiento que comunica al hombre.

[649] Tema del nuevo nacimiento para entrar en el reino.

[650] Cf. *Éx* 20, 13-16. El precepto de la no corrupción de los niños está tomado de la *Ep. Bernabé* 19, 4.

[651] *Dt* 5, 17 y 6, 5; *Mt* 32, 37.

[652] Conformes a la razón, innatas de algún modo en el hombre.

[653] *Lv* 19, 18; *Mt* 14, 19.

[654] *Lc* 6, 29.

[655] Cf. *Mt* 5, 28.

[656] Cf. *Odisea* IX 27.

[657] Alusión a la castidad de Penélope y a la prudencia de Ulises. Muchas veces habla Clemente de Ulises como de la imagen del cristiano prudente, conocedor de las ciencias humanas y la sabiduría divina (cf. *Strom*. I, 44, 2; *Protr*. 118, 1-4. H. Rahner ha mostrado la importancia del tema en la literatura cristiana antigua, *Griechische Mythen in Christlicher Deutung*, págs. 365-487.

[658] Cf. n. 29.

[659] Cf. *Dt* 30, 14.

[660] Cf. FILÓN, *De post. Cain*. 85; *De mutat. nom*. 237; *De somn*. II 180; *De virtut*. 183.

[661] Nueva comparación con el mundo de los niños; también es necesario el espíritu de infancia para acceder al cristianismo, pero nunca un espíritu infantil que caiga en la puerilidad (cf. 118, 3).

[662] *Is* 53, 3. En los primeros siglos del cristianismo se atribuía a Cristo una apariencia exterior sin belleza; cf. SAN JUSTINO, *Diál*. 88, 100; 36, 85; TERTULIANO, *De carne Christi* 9; ORÍGENES, *Contra Celso* VI, 75.

[663] Títulos dados en la Antigüedad a Zeus.

[664] *Jn* 1, 1.

[665] Cf. *Protr*. 2, 3.

[666] Puede inspirarse quizá en PLATÓN, *Banquete* 210d.

CAPÍTULO XI

LOS MAYORES BIENES DE LA VENIDA DEL LOGOS EN CARNE[667]

[111] Piensa un poco, si quieres, en los favores divinos desde el comienzo. El primer hombre jugaba libre en el paraíso, porque era un hijito de Dios. Pero, cuando cayó en el placer (la serpiente simboliza[668] el placer que se arrastra sobre el vientre, el vicio terrestre[669], vuelta siempre hacia la materia[670]), se dejó arrastrar por sus deseos y el hijo se convirtió en hombre[671] por su desobediencia. Se avergonzó ante Dios porque no quiso escuchar al Padre. ¡Tanto poder tuvo el placer! Y el hombre, antes libre por su sencillez, se encontró esclavizado por sus pecados.

[2] Pero el Señor quiso liberarle de nuevo de sus ataduras[672] y, tras ligarse él mismo a la carne (¡misterio divino![673]), sometió a la serpiente y esclavizó al tirano, a la muerte[674]. Y lo que aún es más admirable, a aquel hombre extraviado por el placer y atado por la corrupción, lo mostró libre por sus brazos extendidos[675].

¡Qué admirable misterio! El Señor se abaja y el hombre [3] sube. El que cayó del paraíso recibe una recompensa mayor que la misma obediencia, el cielo.

Creo que, puesto que el mismo Logos ha venido del cielo **[112]** a nosotros, no nos es necesario ya ir a una escuela humana, ni ocuparnos de Atenas o de alguna otra ciudad griega más que de Jonia. Si nuestro maestro es el que ha llenado todo con su santo poder, con la creación, la salvación y las buenas obras, con su ley profética y su enseñanza, ahora el maestro nos lo ofrece todo y todo ha llegado ya a ser por el Logos una Atenas y una Grecia.

Creéis en el mito de los poetas que describe que Minos[676] [2] el cretense vivía en familiaridad con Zeus, y, en cambio, no creéis que nosotros hemos llegado a ser discípulos de Dios; que hemos recibido la sabiduría que es realmente verdadera, la que sólo intuyeron los más perspicaces de la filosofía, y que, en cambio, los discípulos de Cristo la han recibido y proclamado.

El Cristo entero, por así decirlo, no está dividido; no es [3] bárbaro, ni judío, ni griego, no es varón, ni mujer; es el hombre nuevo, transformado por obra del Espíritu Santo de Dios[677].

[113] Los demás consejos y principios son pobres y acerca de algunos aspectos: si hay que casarse, si hay que ocuparse en la política, si hay que tener hijos.

Sólo la religión es una exhortación universal, sin duda para toda la vida; en cualquier circunstancia, en toda situación nos dirige con fuerza hacia el fin supremo, la vida. Conforme a ése, sólo es necesaria la vida para poder vivir siempre. La filosofía, como dicen los antiguos, es un consejo prolongado, que desea el amor eterno de la sabiduría. «El mandato del Señor brilla de lejos, iluminando los ojos»[678].

[2] Recibe a Cristo, recibe el poder ver, recibe tu luz: «Para que conozcas bien a Dios y al hombre»[679]. «Encantador» es el Logos que nos iluminó, «más que un trozo de oro y una piedra preciosa, más deseable que la miel y que el panal»[680]. Pues ¿cómo no sería deseable el que ha dado luz al espíritu hundido en las tinieblas y el que ha abierto «los ojos que dan la luz» al alma?[681].

[3] Lo mismo que, «si no existiera el sol, los demás astros provocarían la noche en todo lo demás»[682], así, si no hubiéramos conocido al Logos y no nos hubiera iluminado, no nos diferenciaríamos en nada de las aves que se ceban[683]; seríamos engordados en la oscuridad y alimentados por la muerte[684].

Recibamos la luz para recibir a Dios. Recibamos la luz y [4] seamos discípulos del Señor. Esto lo anunció también a su Padre: «Referiré tu nombre a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré»[685]. Alábale y muéstrame a tu Padre, a Dios. Tus relatos me salvarán, tu canto me instruirá.

Hasta ahora me encontraba errante buscando a Dios, pero, [5] puesto que me iluminas, Señor, encuentro no sólo a Dios a través de ti, sino que por ti recibo también al Padre[686] y me convierto en tu coheredero[687], pues no te has avergonzado de tu hermano[688].

Pongamos fin, pues, pongamos fin al olvido de la verdad, **[114]** rechazando la ignorancia y la tiniebla, que traen el impedimento a modo de una sombra de la vista, contemplemos al que es verdadero Dios. Ascienda hasta Él, en primer lugar, esta aclamación: «Te saludo, oh luz»[689]. Brilló desde el cielo la luz para nosotros, que estábamos enterrados en las tinieblas y prisioneros de las sombras de la muerte[690]. Es una luz más pura que el sol, más dulce que esta vida.

Aquella luz que es la vida eterna y cuanto participa de [2] ella tiene vida. La noche rehúye la luz, se esconde por miedo y cede el puesto al día del Señor. Todo se convirtió en una luz continua y la puesta del sol se estableció en oriente.

Esto quiere «la criatura nueva»[691], pues «el sol de justicia»[692], [3] que lo recorre todo, vigila por igual a toda la humanidad. Imita a su Padre, que «sobre todos los hombres hizo salir su sol»[693] y gotea el rocío de la verdad.

[4] Cambió la puesta de sol al oriente y por su crucifixión la muerte en vida.

Arrancó al hombre de su perdición y lo suspendió en el cielo. Plantó la corrupción en la incorrupción y transformó la tierra en cielo.

Es el trabajador de Dios, «que muestra signos favorables y despierta a los pueblos para la obra» buena, «recordando el modo de vida verdadero»[694], concediéndonos como don gratuito la herencia del Padre, que es realmente grande, divina e inalcanzable. Diviniza al hombre por una enseñanza celeste «dando leyes a su inteligencia e inscribiéndolas en su corazón»[695].

[5] ¿Qué leyes escribe? «Que todos conozcan a Dios, desde el más pequeño al mayor, y les seré propicio», dice el Señor, «no recordaré sus pecados»[696].

[115] Acojamos las leyes de la vida. Obedezcamos a Dios que nos exhorta. Conozcámosle, para que sea clemente. Devolvámosle como recompensa agradecida, aunque no tenga necesidad, la obediencia, como alquiler debido a Dios por nuestro alojamiento aquí abajo.

«Oro a cambio de bronce, y una hecatombe por nueve bueyes»[697], por un poco de fe te concede una tierra enorme para cultivar, agua para beber y otra para navegar, aire para respirar, fuego para trabajar y el mundo para que lo habites. Desde aquí te permite enviar una colonia al cielo. ¡Con tan grandes obras y favores pagó tu poca fe!

Los que ponen su confianza en los charlatanes, aceptan [2] ahora los amuletos y los encantamientos como salvadores[698]; en cambio, vosotros ¿no queréis adquirir el mismo Logos celeste, salvador, y, confiando en el canto de Dios, libraros de las pasiones, que son en verdad las enfermedades del alma, y ser arrancados del pecado? Pues el pecado es la muerte eterna.

Finalmente, estáis embotados y ciegos como los topos, [3] vivís sin hacer otra cosa que comer en la oscuridad, cayendo en la corrupción. Pero existe, existe la verdad y ha gritado: «Brillará la luz del seno de las tinieblas»[699].

Brille, pues, la luz en lo más oculto del hombre, en el [4] corazón, y que se eleven los rayos del conocimiento, que se manifiesten e iluminen al hombre escondido en el interior, al discípulo de la luz, amigo y coheredero de Cristo. Especialmente cuando el hijo piadoso y bueno ha llegado al conocimiento del nombre digno de toda veneración y honra de su buen Padre. Él encomienda y prescribe cariñosamente a su hijo los medios que favorecen la salvación.

El que le obedece tiene ventaja en todo. Sigue a Dios y [5] obedece al Padre. Le conoció el que estaba extraviado, amó a Dios, amó al cercano[700], cumplió su mandato, busca el premio, pide la promesa.

Desde siempre estaba designado por Dios salvar al género **[116]** humano[701]. Por esto también el buen Dios envió al buen Pastor[702]. Al exponer el Logos la verdad, mostró a los hombres la cima de la salvación, para que o se salvaran, una vez

arrepentidos[703], o, si no le obedecían, para que se sometieran a juicio. Este anuncio de la justicia es buena noticia para los que obedecen, pero juicio para los rebeldes[704].

[2] Resonó la estridente trompeta, convocó a los soldados y les anunció la guerra. Y Cristo, que lanzó un grito de paz hasta los límites de la tierra, ¿no va a reunir a sus soldados de paz? Convocó en efecto, hombre, por su sangre[705] y su palabra un ejército que no derrama sangre y le confió el reino de los cielos.

[3] La trompeta de Cristo es su evangelio. Él lo ha hecho resonar y nosotros lo escuchamos. Vamos a armarnos de un modo pacífico, «vistiéndonos la coraza de la justicia», tomando el escudo de la fe y colocándonos el casco de la salvación, afilemos «la espada del espíritu que es la palabra de Dios»[706]. Así nos prepara el Apóstol pacíficamente.

[4] Estas armas nuestras son invulnerables. Equipados con ellas, nos enfrentaremos al malvado. Apagaremos sus dardos inflamados con las húmedas puntas, bañadas en el agua por el Logos[707]. Responderemos a sus beneficios con alabanzas de reconocimiento, honrando a Dios por el divino Logos. «Mientras que tú aún estés hablando, te dirá: he aquí que estoy junto a ti»[708].

¡Oh santo y bienaventurado poder por el que Dios se hace **[117]** conciudadano de los hombres! Así pues, es preferible y mejor llegar a ser, al mismo tiempo, imitador y servidor de la mejor esencia de los seres. Nadie podrá imitar a Dios más que el que le sirva santamente, ni servirle y honrarle más que imitándole.

El amor que es en verdad celeste y divino[709] se une de [2] este modo a los hombres, cuando la verdadera belleza puede brillar en su misma alma, una vez que esa belleza está purificada por el Logos divino. Lo más importante es que junto al auténtico querer camina la salvación, estando unidas en el mismo yugo, por así decir, la libre elección y la vida.

Por tanto, esta única exhortación de la verdad se compara [3] a los más fieles amigos, porque permanece hasta el último suspiro. Es una buena compañera para los que van al cielo en el último y definitivo aliento del alma. ¿Por qué te animo? Estoy ansioso de que te salves. Esto quiere Cristo. Te regala la vida con una única palabra.

¿Cuál? Apréndela brevemente. El Logos de la verdad, de [4] la incorruptibilidad, el que regenera al hombre, elevándolo a la verdad; el aguijón de la salvación, el que expulsa la corrupción y destierra la muerte; el que ha construido un templo[710] en cada hombre para establecer a Dios entre los hombres.

[5] Purifica tu templo y abandona al viento y al fuego los placeres y las negligencias, como la flor efímera. Cultiva, en cambio, los frutos de la sensatez, con prudencia; y ofrécete a ti mismo a Dios como primicia, para que no seas sólo su obra, sino también don gratuito de Dios. Al amigo de Cristo le convienen dos cosas:

mostrarse digno del reino y ser considerado tal.

667 Clemente retoma el tema de la redención de Cristo como liberación de las ataduras del demonio (cf. *Protr.* 7, 4-6 y 114, 1-3).

668 Cf. n. 29.

669 Cf. *Gn* 3, 14.

670 Cf. FILÓN, *De opif*. 177; *Leg. alleg*. II 72; *De agr*. 97.

671 Pierde el espíritu de infancia necesario para ir al cielo.

672 «Dios no retirará del hombre su primera bendición (cf. *Gn* 1, 28), sino que usará de paciencia con él» (J. J. AYÁN, *Antropología*..., pág. 219).

673 Siempre Clemente manifiesta la misma admiración ante el misterio de la encarnación.

674 Cf. SAN JUSTINO, *Diál*. 45, 4.

675 Cf. SAN JUSTINO, 1 *Apol*. 35; IRENEO, V 17, 4.

676 En la tradición mítica pasa por ser hijo del propio Zeus y Europa (cf. *Ilíada* XIII 488 ss., XIV 362 ss.; *Odisea* XI 568 ss.). Clemente, en *Strom*., da un paso más: el mito de Minos es una transposición de la historia de Moisés. Se habla de Minos como familiar de Zeus porque han oído que Dios hablaba con Moisés como un amigo con su amigo. Paralela a la asimilación de Minos con Moisés es la que se da al comienzo de la obra entre Orfeo y David (cf. J. DANIÉLOU, *Message évangélique*..., pág. 90).

677 Cf. 1 *Co* 1, 13; *Gál* 3, 28; 6, 15; *Ef* 4, 24; *Col* 3, 9-11.

678 *Sal* 18, 9.

679 *Ilíada* V 128.

680 *Sal* 18, 11.

681 Cf. PLATÓN, *Timeo* 45b.

682 Heráclito, fr. 99 (Diels).

683 Cf. FILÓSTRATO, *Vit. Apoll*. IV, 3; SÉNECA, *Epist*. 122, 4.

684 Cf. PLUT., *Moralia* 98 C.

685 *Sal* 21, 23.

686 Tema de la filiación adoptiva al que vuelve con frecuencia: la grandeza del cristianismo está en que Dios se revela como padre (cf. *Protr*. 82, 5; *Ped*. I 6, 33, 4-34, 1; *Strom*. IV 7, 42, 4-43, 1; V 6, 40, 1; VII 11, 68, 1; *QDS* 9, 2).

687 Cf. *Rm* 8, 17 (*Protr*. 82, 5).

688 Cf. *Hb* 2, 11.

689 ESQ., *Agamenón* 22 y 508.

690 Cf. *Is* 9, 1 (*Mt* 4, 16; *Lc* 1, 79).

691 *Gál* 6, 15.

692 *Mal* 4, 2.

693 Cf. *Mt* 5, 45.

694 ARATO, *Fenómenos* 6-7

695 *Jr* 31, 33; cf. *Hb* 8, 10.

696 *Jr* 31, 34; cf. *Hb* 8, 11-12.

697 *Ilíada* VI 236.

698 Cf. PLATÓN, *Cármides* 157a.

699 2 *Co* 4, 6.

700 Clemente insiste en que el Dios cristiano es un Dios cercano (cf. *Protr*. 116, 4; 117, 1) frente al platónico (cf. *Timeo* 28c; *Carta VII* 341c).

701 Cf. *Jn* 10, 11; PLATÓN, *Político* 266c, 268c.

702 Cf. *Jn* 10, 1-16.

703 La referencia clementina al corazón arrepentido del *Salmo* 50, 19, es muy frecuente (cf. *Ped*. III 12; 90, 4; *Strom*. II 18; 79, 1; IV 5; 19, 2). Cf. n. 613.

704 En Clemente, la obediencia va unida al temor; es fe para y al servicio de la salvación (cf. *Ped*. I 2, 5, 3; *Strom*. VI 9, 77, 5; 12, 98, 3).

705 Se consideraba que la sangre era la raíz de todos los males, la que mantenía cautiva a la carne y de la cual sólo se liberaba el hombre por medio del martirio (así aparece también en los textos del Qumran). Sin embargo, Clemente distingue entre la sangre del pecado, principio del mal en el mundo, y la de Cristo, que permite triunfar de la primera (cf. *Strom*. 17, 107-108).

706 Cf. *Ef* 6, 14-17; 1 *Ts* 5, 8; *Is* 59, 17. La comparación de la Iglesia con la milicia es paulina; veía en ella el símbolo de la lucha contra «las potestades del aire». En la literatura latina posterior se trata de la lucha concreta con el mundo pagano (cf. TERTULIANO, *Ad martyres*).

707 Alusión al bautismo.

708 *Is* 58, 9.

709 Cf. PLATÓN, *Banquete* 187d; *Leyes* IV 711d.

710 Cf. 1 *Co* 6, 15 y 19; 12, 27; *Gál* 2, 20.

Capítulo XII

ES PRECISO CORRER A LA LLAMADA DE CRISTO Y PONERSE CON CONFIANZA BAJO LA GUÍA DE ESTE LOGOS SALVADOR

Huyamos, pues, de esta costumbre, huyamos, como de **[118]** una cumbre difícil, de la amenaza de Caribdis[711] o de las sirenas[712] míticas[713]. Ahoga al hombre, desvía de la verdad y aparta de la vida; es una trampa, un precipicio, un hoyo; es un mal que nos consume:

encierra, lejos de este humo y de estas olas,
la nave[714].

[2] Huyamos, compañeros de navegación[715], huyamos de estas olas que vomitan fuego. Existe una isla malvada, que acumula huesos y cadáveres[716]; una graciosa cortesana canta en ella, el placer, que se complace con una música vulgar:

ven aquí, ilustre Ulises, el gran orgullo de los aqueos,
detén tu nave, para que escuches una voz más divina[717].

[3] Te alaba marinero, te llama famoso y la prostituta encandila el orgullo de los griegos. Deja que ella devore a los muertos, a ti te ayuda el espíritu celeste. Pasa de lado junto al placer, que engaña,

que ninguna mujer emperifollada confunda tu mente con una charlatanería
aduladora, buscando tu habitación[718].

[4] Navega junto al canto que trama la muerte. Sólo con quererlo has vencido a la perdición y, si te atas a la madera[719], estarás libre de toda corrupción. El Logos de Dios será tu piloto y el Espíritu Santo te hará arribar a los puertos del cielo. Entonces contemplarás a mi Dios y serás iniciado en aquellos santos misterios. Gozarás de lo que hay oculto en el cielo, lo que yo espero: «Lo que ni oído oyó, ni llegó al corazón de nadie»[720].

Me parece ver dos soles [5]
y dos Tebas[721],

decía uno en su delirio báquico por los ídolos, borracho por la pura ignorancia. Tendría compasión de él en su borrachera, y al enloquecido de este modo le exhortaría a la salvación que engendra sensatez, porque también el Señor busca con cariño el arrepentimiento del pecador y no su muerte[722].

Ven, loco, no te apoyes en el tirso, no te corones con yedra. **[119]** Arroja ese turbante, arroja tu piel de cervatillo, sé sensato[723]. Voy a mostrarte al Logos y sus misterios, para hablar conforme a tu imagen.

Éste es el monte amado por Dios; no sirve de base a las tragedias como el Citerón, sino que está consagrado a los dramas de la verdad; es un monte sobrio y sombreado por bosques puros. En él no celebran las fiestas de Baco las hermanas de Sémele, «la herida por el rayo»[724], esas ménades que se inician en el reparto impuro de la carne, sino las hijas de Dios, las hermosas corderillas[725], que profetizan los solemnes ritos religiosos del Logos y forman un coro lleno de sabiduría.

[2] El coro lo integran los justos y el canto es un himno del rey de todas las cosas. Las doncellas hacen vibrar un instrumento, los ángeles cantan su gloria, los profetas hablan, se extiende el ruido de la música, persiguen el tíaso[726] a la carrera, y los elegidos se apresuran, deseando recibir al Padre.

[3] Llégate a mí, anciano, y tú deja Tebas[727] y la adivinación. Abandona el culto báquico y déjate llevar de la mano hacia la verdad. Mira, te entrego el madero[728] para que te apoyes[729]. Apresúrate, Tiresias[730], cree: ¡verás! Cristo brilla más luminoso que el sol. Gracias a Él los ojos de los ciegos vuelven a ver. La noche huirá de ti, el fuego te temerá, la muerte se irá. Verás el cielo, anciano, tú que no ves Tebas.

[120] ¡Oh misterios santos en verdad! ¡Oh luz sin mancha! Las antorchas me iluminan el cielo y a Dios y llego a ser santo con la iniciación. El Señor es el hierofanta, marca al iniciado con una señal dándole luz, y al que ha creído lo confía a su Padre para que quede custodiado para siempre[731].

Éstas son las fiestas báquicas de mis misterios. Si quieres, [2] iníciate tú también y participarás en el coro con los ángeles, en torno al único Dios verdadero, «el que no tuvo comienzo, el imperecedero»[732]. Con nosotros canta también el Logos de Dios.

Éste es el eterno Jesús, el único gran sacerdote del Dios único y Padre suyo. Suplica en favor de los hombres y les ordena: «Escuchad, tribus innumerables»[733], y, aún más, cuantos hombres sois sensatos, bárbaros o griegos. Llamo a toda la raza humana, de la que Yo soy el creador por designio del Padre.

Llegaos a mí para que el único Dios y el único Logos de [3] Dios os designe un

puesto. No sólo seréis superiores a los animales irracionales por vuestra razón, sino que a vosotros solamente, de entre todos los mortales, os concedo gozar de la inmortalidad. Pues quiero, quiero también haceros partícipes de esta gracia, concediéndoos el beneficio completo, la incorruptibilidad. Os regalo al Logos, el conocimiento de Dios, me regalo a mí mismo por completo.

Esto soy yo, esto quiere Dios, esto es la sinfonía, esto la [4] armonía del Padre, esto el Hijo, esto Cristo, esto el Logos de Dios, el brazo del Señor, fuerza de todas las cosas, la voluntad del Padre. De ello surgieron hace tiempo las imágenes, pero no todas parecidas; quiero corregiros conforme al modelo, para que lleguéis también a ser semejantes a mí[734].

Os ungiré con el ungüento de la fe por el que expulsáis [5] la corrupción y os mostraré sin velos la forma de la justicia, por la que subís hasta Dios. «Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, que Yo os aliviaré. Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas, pues mi yugo es suave y mi carga ligera»[735].

[121] Apresurémonos, corramos, nosotros que somos imágenes del Logos, que amamos a Dios y nos parecemos a Él. Apresurémonos, corramos, cojamos su yugo; lancémonos a la incorruptibilidad, amemos a Cristo, el hermoso conductor del carro de los hombres[736]. Condujo en el mismo yugo al potro y al caballo viejo y, tras uncir del mismo modo la pareja de los hombres, dirige el carro hacia la inmortalidad[737].

Se apresura por llegar hasta Dios, para cumplir, del modo más brillante posible, lo que anunció en secreto[738]. Primero llegó a Jerusalén[739], pero ahora se lanza ya hacia el cielo y el Hijo eterno ofrece al Padre su victoria como el espectáculo más hermoso.

[2] Ambicionemos, pues, lo más hermoso y seamos hombres que aman a Dios. Adquiramos los mayores bienes, Dios y la vida. El Logos es nuestra ayuda. Confiemos en Él y no nos invada tanto el deseo de plata, oro o gloria cuanto del mismo Logos de la verdad.

[3] No, puesto que tampoco a Dios mismo le agrada si estimamos más lo que menos valor tiene y preferimos los excesos manifiestos y la impiedad extrema que resultan de la insensatez, la ignorancia, la imprudencia y la idolatría.

[122] Los hijos de los filósofos consideran, con razón, que todo cuanto hacen los insensatos es obrar impíamente y cometer sacrilegios. Señalan que la ignorancia misma no es nada más que una forma de locura y reconocen que la mayoría de los hombres están locos[740].

Así pues, la razón prueba que no hay que dudar[741] sobre [2] lo que es mejor para ellos, si ser sensatos o estar locos. Es necesario que los que poseen con firmeza la verdad sigan con todas sus fuerzas a Dios, siendo prudentes, y que crean que todo es suyo, como lo es en verdad. Y en cuanto a nosotros, que conocemos lo mejor de

sus bienes, es preciso que nos volvamos a Dios, amándole como Señor y pensando que esto es obra de toda la vida.

Si «son comunes los bienes de los amigos»[742] y el hombre [3] es amigo de Dios (pues Dios lo tiene también como amigo por la mediación del Logos), todo, en efecto, le pertenece al hombre, porque todo es de Dios[743] y todo es común para ambos amigos, Dios y el hombre.

Es hora, pues, de decir que sólo el cristiano es piadoso, [4] rico, sensato, noble, y, por esto mismo, imagen semejante a Dios[744]. Y es también hora de decir y creer que ha llegado a ser por Cristo Jesús «justo y santo con inteligencia»[745], y, en cierto sentido, también semejante ya a Dios.

[123] El profeta no oculta este favor cuando dice: «Os he dicho que sois dioses y todos hijos del Altísimo»[746]. Pues a nosotros, a nosotros nos adoptó y quiso que sólo nosotros le llamáramos Padre, no los que desobedecen. Así es lo propio de los que seguimos a Cristo[747]: según son los deseos, así son las palabras; según son las palabras también, así las obras, y según son las obras, así la vida. Toda la vida de los que conocen a Cristo es buena.

[2] Me parece que ya basta de palabras. Si por amor al hombre he llegado demasiado lejos, al exponer la participación que tenía de Dios, era con la idea de animarle a ir hacia el mayor bien, la salvación. Ni siquiera las palabras quieren dejar de ser hierofantas acerca de la vida que nunca tendrá fin.

A vosotros os queda aún esto: escoger el fin más útil, el juicio o la gracia. Al menos yo no considero digno dudar sobre cuál de ellos es mejor. ¡Ni siquiera es lícito comparar la vida y la perdición!

[711] Monstruo de gran voracidad que vivía en la roca que bordea el estrecho cerca de la actual Mesina. Era hija de la Tierra y de Posidón. Cuando Ulises cruzó el estrecho, el monstruo absorbió parte de su embarcación, pero él logró ponerse a salvo (cf. *Odisea* XII 73 ss.; 104 ss.; 234 ss.; 430 ss.).

[712] Monstruos marinos, mitad mujeres, mitad peces. Con sus cantos atraían a los navegantes hacia las costas de las islas donde habitaban; allí las rocas destrozaban sus barcos y las sirenas devoraban a los imprudentes.

[713] Nueva alusión a Ulises, propuesto como modelo del hombre cristiano al huir de las sirenas halagadoras. La imagen de la huida se encuentra también en *Teeteto* 176a-b y PLOTINO, I 6, 8.

[714] *Odisea* XII 219-220.

[715] La metáfora de la vida como si fuera una navegación es muy antigua; Arquíloco nos habla ya de la nave del Estado. La nave de la Iglesia la tenemos desde el principio del cristianismo con sus primeros escritores (en CLEMENTE, cf. *Ped.* I 7, 54, 2; II 2, 22, 3 ss.; III 1, 1, 2; 7, 37, 1; 12, 102, 1; *QDS* 8, 5).

[716] Cf. *Odisea* XII 45-46.

[717] *Odisea* XII 184-185.

[718] HESÍODO, *Trabajos* 373-374.

[719] Clemente alude al mismo tiempo a Ulises (*Odisea* XII 178), que se hizo atar por sus compañeros al mástil de la nave, mientras bordeaban la isla de las sirenas, para no ser seducido por ellas, y a Cristo «atado» en la cruz para la salvación de los hombres.

[720] 1 *Co* 2, 9. La visión de Dios y sus misterios es el fin de todas las filosofías religiosas de esta época tan relacionada con los cultos orientales que ahora penetran en el mundo griego y romano (cf. G. SOURRY, *La Démonologie de Plutarque*, París, 1972, pág. 580).

[721] EUR., *Bacantes* 918-919.

[722] Cf. *Lc* 5, 30-32; 19, 10; *Ez* 18, 23 y 32; 33, 11.

[723] Clemente se refiere directamente a los atributos que llevaban en las celebraciones las bacantes, enloquecidas en el seguimiento de Dioniso (cf. *Bacantes* 833-835), pero en ellas alude a todos los que se dejan esclavizar por engaños semejantes.

[724] Cf. EUR., *Bacantes* 6, 26. Fue una de las amantes de Zeus, de cuyas relaciones nacerá Dioniso. Engañada por Hera, pidió al dios que se le apareciese en toda su majestad. El dios tuvo que acceder por haberlo jurado con anterioridad por la laguna Estigia y Sémele murió carbonizada por los rayos del Olímpico.

[725] Nuevo juego fonético por la similitud de las palabras: *mainádes*, «ménades», y *amnádes*, «corderillas».

[726] Cf. EUR., *Bacantes* 56.

[727] Ciudad en donde se celebraban los ritos báquicos a que alude Clemente.

[728] El madero de la cruz de Cristo.

[729] Cf. EUR., *Bacantes* 363-364.

[730] El adivino ciego de *Bacantes*.

[731] Vuelve al tema del tránsito de la esclavitud a la filiación adoptiva (cf. 83, 1).

[732] PLATÓN, *Timeo* 52a.

[733] *Ilíada* XVII 220.

[734] Cf. 5, 4. Clemente retoma el tema platónico de la semejanza con Dios; en este caso es el mismo Logos quien manifiesta su deseo de que el hombre llegue a ser semejante a Él.

[735] *Mt* 11, 28-30 (cf. *Protr.* 3, 2).

[736] Cf. PLATÓN, *Fedro* (tema del cochero del alma).

[737] En Clemente, la inmortalidad sólo le puede venir al hombre por Cristo (es un tema que va siempre unido al conocimiento).

[738] Cf. n. 29.

[739] Cf. *Mt* 21, 1-7.

[740] Cf. CIC *Parad.* 4; *Tusc. disp.* III 5, 10; ESTOBEO, *Ecl.* II 7.

[741] Pocas líneas más adelante, antes de concluir la obra, Clemente da la solución.

[742] Cf. PLATÓN, *Fedro* 279c y *Leyes* V 739c. Se trata, en realidad, de un proverbio griego.

[743] Idea muy estimada por Clemente (las más de las veces está solamente implícita en el texto).

[744] En este pensamiento confluyen a la vez ideas bíblicas y platónicas, cf. *Gn* 1, 26 (cf. PLATÓN, *Teeteto* 176a-b; *Timeo* 89d-90d; *Fedón* 64a-70b; CLEMENTE, *Protr.* 5, 4).

[745] PLATÓN, *Teeteto* 176b.

[746] *Sal* 81, 6-7.

[747] Alusión a PLATÓN, *Fedro* 252c (referido a Zeus en este pasaje).

ÍNDICE GENERAL

Índice